
blanca como la nieve
roja como la sangre
Alessandro D'Avenia

ALESSANDRO D'AVENIA

BLANCA COMO LA NIEVE ROJA COMO LA SANGRE

A mis padres,
que me enseñaron a mirar
el cielo con los pies en la tierra.

A mis alumnos, que cada día
me enseñan a renacer.

Un hijo de Rey estaba comiendo. Al cortar un queso, se cortó un dedo y una gota de sangre cayó en el queso. Dijo a su madre:

—Mamá, quiero una mujer blanca como la nieve y roja como la sangre.

—¡Cómo!, hijo mío, si es blanca no es roja y si es roja no es blanca. Pero busca a ver si la encuentras.

«El amor de las tres granadas»,
Cuento popular italiano

RESUMEN

Italia, 2009. La conmovedora historia de un adolescente de 16 años, enfrentado a una difícil experiencia que le lleva a redefinir sus sentimientos en cuanto a amistad y amor, vida y muerte, y a aprender la importancia de cumplir sus sueños.

Una gran novela de formación, auténtica y vibrante sobre la fragilidad y la fuerza de la adolescencia.

Cada cosa tiene un color. Cada emoción tiene un color. El silencio es blanco. De hecho, el blanco es un color que no soporto: no tiene límites. Pasar una noche en blanco, quedarse en blanco, levantar bandera blanca, dejar el papel en blanco, tener el pelo blanco... Es más, el blanco ni siquiera es un color, como el silencio. No es nada. Una nada sin palabras o sin música. En silencio: en blanco. No sé quedarme en silencio o solo, que viene a ser lo mismo. Me da un dolor un poco por encima de la barriga o dentro de la barriga, nunca lo he sabido, que me obliga a montar en mi bativespino, hecho polvo y sin frenos (¿cuándo me decidiré a repararlo?), y a ponerme a dar vueltas sin rumbo mirando a los ojos de las chicas con las que me cruzo para saber que no estoy solo. Si alguna me mira, luego existo.

Pero ¿por qué seré así? Pierdo el control. No sé estar solo. Necesito... ni yo mismo sé qué necesito. ¡Qué rabia! Menos mal que tengo un iPod. Y es que si resulta que sabes que te espera un día con sabor a asfalto polvoriento en el instituto y luego un túnel de aburrimiento entre deberes, padres y perro y vuelta a empezar, hasta que la muerte os separe, lo único que puede salvarte es la oportuna columna sonora. Te encasquetas unos cascos en las orejas y entras en otra dimensión. Entras en la emoción del color oportuno. Si necesito enamorarme: rock melódico. Si necesito cargarme las pilas: metal duro y puro. Si necesito ponerme marchoso: rap y otras crudezas, sobre todo tacos. Así no me quedo solo: blanco. Alguien me hace compañía y le da calor al día.

No es que esté aburrido. Porque tengo mil proyectos, diez mil deseos, un millón de sueños que cumplir, mil millones de cosas que empezar. Pero luego no puedo empezar ni una sola, porque a nadie le interesa. Entonces me digo: Leo, ¿quién cono te manda hacer nada? Déjalo, disfruta de lo que tienes.

No hay más que una vida y cuando se vuelve blanca lo mejor para darle color es mi ordenador: siempre encuentro a alguien con quien chatear (mi nick es «el Pirata», como Johnny Depp). Porque eso sé hacerlo bien: escuchar a los demás. Me reconforta. O si no cojo el bativespino sin frenos y me pongo a dar vueltas sin meta. Si tengo una meta es que voy a ver a Niko y tocamos dos canciones, él con el bajo y yo con la guitarra eléctrica. Algún día seremos famosos, tendremos nuestra banda, la llamaremos La Chusma. Niko dice que yo debería también cantar porque tengo buena voz, pero a mí me da vergüenza. Con la guitarra cantan los dedos y los dedos nunca se ruborizan. Nadie silba a un guitarrista, pero a un cantante...

Si Niko no puede tocar quedamos con los demás en la parada. La parada es la del autobús que pasa por el insti, en la cual cada chico enamorado ha declarado al mundo su amor. Siempre encuentras a alguien y a veces a una chica. A veces también estamos Beatrice y yo en la parada, enfrente del insti, voy por ella.

Resulta raro: por la mañana no quieres estar en el instituto y en cambio por la tarde encuentras a todo el mundo. Pero con la diferencia de que no están los vampiros, o sea, los profes: chupasangres que al volver a casa se meten en sus sepulcros, esperando a sus próximas víctimas. Aunque, a diferencia de los vampiros, los profes actúan de día.

Pero si enfrente del insti está Beatrice, todo cambia. Ojos verdes que cuando los abre abarcan toda su cara. Pelo rojo que cuando se lo suelta el alba te cae encima. Pocas palabras, pero las justas. Si fuese cine: género aún por inventar. Si fuese perfume: la arena a primera hora de la mañana, cuando la playa está sola con el mar. ¿Color? Beatrice es rojo. Como el amor es rojo. Tempestad. Huracán que arrastra. Terremoto que te deja el cuerpo hecho trizas. Así me siento cada vez que la veo. Ella aún no lo sabe, pero un día de estos se lo diré.

Sí, un día de estos le diré que ella es la persona hecha expresamente para mí y yo para ella. Así son las cosas, no hay escapatoria: cuando lo comprenda todo será perfecto, como en las películas. Lo único que necesito es encontrar el momento oportuno y el peinado adecuado. Porque creo que todo es un problema de pelo. Solo si Beatrice me lo pide me lo cortaré. Pero ¿y si después pierdo la fuerza, como aquel de la historia? No, el Pirata no puede cortarse el pelo. Un león sin melena no es un león. Por algo mi nombre es Leo.

Una vez vi un documental sobre los leones; del bosque salía un macho con una melena enorme y una voz cálida decía: «El rey de la selva tiene su corona». Así es mi pelo: libre y majestuoso.

Qué cómodo es tenerlo como el de los leones. Qué cómodo es no necesitar peinarse nunca e imaginarse que crece a su aire como si contuviera todas las ideas que me salen de la cabeza: de vez en cuando estallan y se desparraman. Yo a los demás les regalo las ideas, como las burbujas de la Coca-Cola recién destapada, que hace ese ruido tan emocionante. Yo con el pelo digo un montón de cosas. Qué gran verdad. Qué gran verdad acabo de decir.

A mí todos me entienden gracias al pelo. Al menos, los del insti, los de la pandilla, los otros Piratas: Mordida, Tranca, Esputo, Mechón. Papá renunció hace tiempo. Mamá solo sabe criticarlo. Mi abuela se pone al borde del infarto cada vez que me ve (lo menos que te puede pasar cuando tienes noventa años, digo yo).

Pero ¿por qué les cuesta tanto entender mi pelo? Primero te dicen «¡debes ser auténtico, debes expresarte, debes ser tú mismo!». Luego, la primera vez que lo demuestras, te salen con «¡no tienes identidad, te portas como todos los demás!». ¿Qué manera de razonar es esa? No hay quien los comprenda: o eres tú mismo o eres como todos los demás. A fin de cuentas, a ellos nada les parece bien. La verdad es que son envidiosos, sobre todo los calvos. Como me quede calvo, me suicido.

De todos modos, si a Beatrice no le gusta, no tendré más remedio que cortármelo, aunque antes me lo pensaré. Porque a lo mejor me sirve para hacerme valer. Oye, Beatrice, o me quieres tal como soy, con este pelo, o no hay nada que hacer, porque como no nos pongamos de acuerdo en estas pequeñeces, ¿cómo vamos a poder estar juntos? Cada uno debe ser como es y hay que aceptarse tal cual —en la tele lo dicen siempre—, si no, ¿dónde está el amor? Anda, Beatrice, ¿por qué no lo entiendes? Además, todo lo tuyo me gusta, así que tú partes con ventaja.

Siempre por delante, las chicas. ¿Qué harán para salir siempre ganando? Si eres guapa, tienes el mundo a tus pies, eliges lo que te apetece, haces lo que quieres, te pones lo que te dé la gana... da lo mismo, porque de todas formas todo el mundo te querrá. ¡Qué suerte!

En cambio, hay días en los que yo no saldría de casa. Me siento tan feo que me quedaría atrincherado en mi cuarto, sin mirarme al espejo. Blanco. Con la cara blanca. Sin color. Qué tortura. Por el contrario, hay días en los que yo también estoy

rojo. Dime, ¿dónde vas a encontrar a un chico así? Me embuto en una camiseta guay y me envaino en unos vaqueros que me sienten de perlas y ya soy un dios: Zac Efron solo podría ser mi secretario. Salgo solo a la calle. A la primera que se cruce conmigo le diré: «Oye, guapa, salgamos esta noche porque quiero ofrecerte esta ocasión única. Y más vale que no la desaproveches porque si vas conmigo todos te mirarán y dirán: ¿cómo coño ha hecho para ligarse a semejante tiarrón? Tus amigas se morirán de envidia».

¡Qué dios soy! ¡Qué vida tan plena tengo! No paro ni un instante. Si no fuera por el instituto, ya sería alguien.

Mi instituto lleva el nombre de un personaje de «Mickey Mouse»: Horacio. Tiene las paredes despintadas, las aulas pintarrajeadas, pizarras más grises que negras y mapas deshilachados, con continentes y países ya desteñidos y a la deriva... Las paredes tienen dos colores —blanco y marrón—, como un helado sandwich, pero en el instituto no hay nada dulce: solo la campana que indica el final de las clases y que, cuando se queda atascada, parece como si quisiera decirte a gritos: «Has perdido otra mañana entre estas paredes bicolores. ¡Huye!».

En pocos casos el instituto es útil: cuando me sorprende el desconsuelo y me hundo en los pensamientos blancos. Me pregunto hacia dónde voy, qué estoy haciendo, si alguna vez haré algo de provecho, si... Pero por suerte el insti es el parque de juegos con más gente en mi situación que conozco. Hablamos de todo olvidándonos de los pensamientos que al final no te conducen a nada. Los pensamientos blancos no conducen a nada y los pensamientos blancos tienes que eliminarlos.

En un Mac que huele a Mac devoro las patatas fritas calientes, mientras Niko hace ruido con la pajita en el maxi vaso de Coca-Cola.

—No debes pensar en el blanco.

Niko me lo dice siempre. Niko siempre tiene razón. No por casualidad es mi mejor amigo. Niko es como Will Turner para Jack Sparrow. Nos salvamos la vida mutuamente al menos una vez al mes, pues para eso sirven los amigos. Yo elijo a mis amigos. Eso es lo bueno de los amigos. Que los eliges y estás bien con ellos porque los has elegido justo como los quieres. En cambio, a los compañeros no los eliges. Te tocan y muchas veces son un auténtico coñazo.

Niko está en la sección B (yo en la D) y jugamos en el equipo de fútbol sala del insti. Los Piratas. Dos fenómenos. Luego resulta que en clase siempre te toca la nerviosa de turno: Elettra. Ya empieza mal desde el nombre.

Hay gente que condena a sus hijos con el nombre. Yo me llamo Leo y me sienta bien. He tenido suerte: recuerda una persona guapa, fuerte, que sale de la jungla como un rey con su melena. Ruge. O, al menos en mi caso, lo intenta... Cada cual lleva su destino en el nombre, por desgracia. Fíjate en Elettra: ¿qué nombre es ese? Es como la corriente, ya solo con oírlo te da una sacudida. Por eso siempre está nerviosa.

Luego está el pelmazo profesional: Giacomo, llamado Pestilente. ¡Otro nombre gafe! Porque es el mismo nombre de Leopardi, que era jorobado, sin amigos y encima

poeta. Nadie habla con Giacomo. Apesta. Y nadie se atreve a decírselo. Yo, desde que estoy enamorado de Beatrice, me ducho a diario y me afeito una vez al mes. Además, allá él si no se lava. Pero, me digo yo, su madre sí que podría decírselo. Pues resulta que no. Ya, pero ¿qué culpa tengo yo? Ni que pudiera salvar el mundo. Para eso está Spiderman.

El eructo de Niko me devuelve a la tierra y entre las carcajadas le digo:

—Tienes razón. En el blanco no debo pensar...

Niko me da una palmada en el hombro.

—¡Quiero que mañana estés dopado! Tenemos que humillar a esos pringados.

Ante mí resplandece el infinito.

¿Qué sería el instituto sin el torneo de fútbol?

«No sé por qué lo he hecho, no sé por qué me he divertido haciéndolo y no sé por qué lo haré de nuevo»: mi filosofía de vida se resume en estas luminosas palabras de Bart Simpson, mi único maestro y guía. Por ejemplo. Hoy la profe de historia está enferma. ¡Pues vaya! Vendrá una suplente. Será la típica pringada.

«¡No digas esa palabra!»

Las palabras de mamá retumban amenazadoras, pero yo no dejo de usarla. ¡Es tan expresiva! Por definición, la suplente es un conglomerado de pringada cósmica.

Primero: porque sustituye a un profesor, que en cuanto tal es un pringado y por consiguiente la suplente es una pringada al cuadrado.

Segundo: porque es suplente: ¿qué vida puede ser la de trabajar para sustituir a alguien que está enfermo? O sea: no solo eres una pringada, sino que además gafas a los demás. Gafe al cubo.

Estábamos pendientes de la llegada de la suplente, fea como la muerte y con su perfecto traje violeta, para acribillarla a bolitas empapadas de saliva, lanzadas con precisión asesina con Bics vaciados.

Pero entra, en cambio, un tipo joven. Chaqueta y camisa. Formal. Ojos demasiado negros para mi gusto. Gafas también negras, sobre una nariz muy larga. Una bolsa llena de libros. Repite a menudo que le gusta lo que estudia. Lo que nos faltaba: uno que cree en lo que hace. ¡Son los peores! No me acuerdo de su nombre. Lo ha dicho pero estaba hablando con Silvia.

Silvia es una con la que hablo de todo. La quiero mogollón y la abrazo a menudo. Pero lo hago porque a ella le apetece y a mí también. Sin embargo, no es mi tipo. O sea que es una tía guay: con ella puedes hablar de todo y sabe escucharte y darte consejos. Pero le falta ese pequeño toque: la magia, el embrujo. El que tiene Beatrice. No es pelirroja como Beatrice. Beatrice, con una mirada, te hace soñar. Beatrice es roja. Silvia es azul, como todos los amigos de verdad. En cambio, el suplente no es más que una manchita negra en un día irremediablemente blanco. ¡Gafado, gafado, gafadísimo!

Tiene el pelo negro. Los ojos negros. La chaqueta negra. Total, que se parece a la Estrella de la Muerte de *La Guerra de las Galaxias.* Lo único que le falta es el aliento mortífero para matar a los alumnos y a sus colegas. No sabe qué hacer porque no le han dicho nada y el móvil de la profe Argentieri está apagado. Argentieri tiene un móvil que no sabe ni usar. Se lo han regalado sus hijos. Hace también fotos. Pero ella no tiene ni idea. Lo tiene por su marido. Sí, porque el marido de Argentieri está enfermo. ¡Tiene un tumor, pobrecillo! Mogollón de gente tiene tumores. Si te pilla en el hígado no hay nada que hacer. Eso sí que es mala pata. Y su marido lo tiene en el hígado.

Argentieri nunca nos ha hablado del tema; nos lo ha contado Nicolosi, la profe de educación física. Su marido es médico. Y el marido de Argentieri hace quimioterapia en el hospital del marido de Nicolosi. ¡Vaya mala pata la de Argentieri! Es pesada y exigente hasta decir basta, todo el día dando la tabarra con aquel tipo que decía que nadie se baña dos veces en el mismo río, que a mí me parece tan obvio... Pero me da pena cuando mira en el móvil si su marido la ha llamado.

A pesar de los pesares el suplente trata de dar clase, pero como el suplente que es no lo consigue porque naturalmente nadie le hace caso. Es más, no hay mejor ocasión para armar jaleo y reírse a costa de un adulto fracasado. En un momento dado levanto la mano y muy serio le pregunto:

—¿Por qué ha decidido dedicarse a esta profesión... —añado en voz baja—:... de pringado?

Mis compañeros ríen. Él no se descompone.

—Es culpa de mi abuelo.

Este sí que está pirado.

—Cuando tenía diez años, mi abuelo me contó un cuento de *Las mil y una noches.*

Silencio.

—Pero ahora nos toca hablar de los reinos romano-bárbaros.

La clase me mira. Yo he empezado y yo debo seguir. Tienen razón. Soy su héroe.

—Profe, perdone, pero ¿el cuento de *Las mil y...* ejem, todo el etcétera?

Algunas risas. Silencio. Un silencio de película del Oeste. Sus ojos en los míos.

—Creía que no te interesaba la historia de cómo te conviertes en un pringado.

Silencio. Estoy perdiendo el duelo. No sé qué decir.

—No, desde luego que no nos interesa.

En realidad, me interesa. Quiero saber cómo puede haber alguien capaz de soñar con ser un pringado y de llegar luego a cumplir su sueño. Y que encima parezca contento. Los otros me miran mal. Ni Silvia me aprueba.

—Cuéntela, profe, nos interesa.

Abandonado también por Silvia, me hundo en el blanco, mientras el profe empieza con sus ojos de poseso.

—Cuentan hombres dignos de fe que hubo en El Cairo un hombre poseedor de riquezas, pero tan magnánimo y liberal que todas las perdió menos la casa de su padre, y que se vio forzado a trabajar para ganarse el pan. Trabajó tanto que el sueño lo rindió una noche debajo de una higuera de su jardín y vio en el sueño a un hombre empapado que se sacó de la boca una moneda de oro y le dijo: «Tu fortuna está en Persia, en Isfahán; vete a buscarla». A la madrugada siguiente se despertó y emprendió el largo viaje y afrontó los peligros del desierto, de las naves, de los piratas, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres. Llegó al fin a Isfahán, pero en el recinto de esa ciudad lo sorprendió la noche y se tendió a dormir en el patio de una mezquita. Había, junto a la mezquita, una casa y, por decreto de Alá Todopoderoso, una pandilla de ladrones atravesó la mezquita y se metió en la casa, y las personas que dormían se despertaron con el estruendo de los ladrones y pidieron socorro. Los vecinos también gritaron, hasta que el capitán de los serenos de aquel distrito acudió con sus hombres y los bandoleros huyeron por la azotea. El capitán hizo registrar la mezquita y en ella dieron con el hombre de El Cairo y le menudearon tales azotes con varas de bambú que estuvo cerca de la muerte. A los dos días recobró el sentido en la cárcel. El capitán lo mandó buscar y le dijo: «¿Quién eres y cuál es tu patria?». El otro declaró: «Soy de la ciudad famosa de El Cairo y mi nombre es Mohamed el Magrebí». El capitán le preguntó: «¿Qué te trajo a Persia?». El otro optó por la verdad y le dijo: «Un hombre me ordenó en un sueño que viniera a Isfahán, porque ahí estaba mi fortuna. Ya estoy en Isfahán y veo que esa fortuna que prometió deben de ser los azotes que tan generosamente me diste».

»Ante semejantes palabras, el capitán se rió hasta descubrir las muelas del juicio y acabó por decirle: "Hombre desatinado y crédulo, tres veces he soñado con una casa en la ciudad de El Cairo, en cuyo fondo hay un jardín, y en el jardín un reloj de sol y después del reloj de sol una higuera y luego de la higuera una fuente, y bajo la fuente un tesoro. No he dado el menor crédito a esa mentira. Tú, sin embargo, engendro de

muía con un demonio, has ido errando de ciudad en ciudad, bajo la sola fe de tu sueño. Que no te vuelva a ver en Isfahán. Toma estas monedas y vete".

»El hombre las tomó y regresó a su patria. Debajo de la fuente de su jardín (que era la del sueño del capitán) desenterró el tesoro.

Lo ha contado marcando muy bien las pausas, como un actor. Silencio y pupilas dilatadas entre los compañeros, como cuando Mechón se hace un canuto: mala señal. ¡Lo que nos faltaba, un suplente cuentacuentos! Recibo el final del relato con una carcajada.

—¿Eso es todo?

El suplente se pone de pie, permanece en silencio. Va a su mesa y se sienta.

—Eso es todo. Ese día mi abuelo me explicó que nosotros somos distintos de los animales, que solo hacen lo que su naturaleza les dicta. En cambio, nosotros somos libres. Es el mayor don que hemos recibido. Gracias a la libertad podemos convertirnos en algo distinto de lo que somos. La libertad nos permite soñar y los sueños son la sangre de nuestra vida, aunque a veces cuestan algún azote y un largo viaje. «Jamás renuncies a tus sueños. Nunca tengas miedo de soñar, por mucho que los demás se rían de ti», eso me dijo mi abuelo, «pues si lo haces renunciarías a ser tú mismo». Aún recuerdo los ojos brillantes con que subrayó sus palabras.

Todos guardan silencio, admirados, y me molesta que este tipo sea el centro de atención cuando yo debo ser el centro de atención en las horas de los suplentes.

—¿Eso qué tiene que ver con dar clases de historia y filo, profe?

Me clava los ojos.

—La historia es un puchero lleno de proyectos cumplidos por hombres que alcanzaron la grandeza porque se atrevieron a convertir su sueño en realidad, y la filosofía es el silencio en el que esos sueños nacen. Aunque a veces, lamentablemente, los sueños de esos hombres eran pesadillas, sobre todo para los que sufrieron las consecuencias. Cuando no nacen del silencio, los sueños se vuelven pesadillas. La historia, junto con la filosofía, el arte, la música, la literatura, es la mejor forma de descubrir quién es el hombre. Alejandro Magno, Augusto, Dante, Miguel Ángel... todos ellos hombres que arriesgaron su libertad en el mejor sentido posible y, cambiando ellos mismos, cambiaron la historia. Quizá en esta aula esté el próximo Dante o el próximo Miguel Ángel... Quizá podrías serlo tú.

Al profe le resplandecen los ojos mientras habla de las gestas de hombrecillos que se engrandecieron gracias a su sueño, a su libertad. La cosa me alucina, pero me alucina todavía más que yo esté escuchando a ese memo.

—Solo cuando el hombre tiene fe en lograr lo más difícil (eso es un sueño), la humanidad avanza esos pasos que la ayudan a creer en sí misma.

Como frase no está mal, pero me parece la típica frase de profe joven y soñador. ¡Quiero ver cómo acabas dentro de un año, tú con tus sueños! Por eso lo he apodado el Soñador. Es bonito tener sueños, es bonito creérselos.

—Profe, a mí me parece que no son más que palabras.

Quería saber si hablaba en serio o si únicamente se había construido un mundo personal para llenar su vida de pringado. El Soñador me mira a los ojos y tras unos segundos de silencio dice:

—¿De qué tienes miedo?

Justo entonces la campana acude al rescate de mis pensamientos, que de repente se habían vuelto mudos y blancos.

Yo no tengo miedo de nada. Estoy en primer curso de bachillerato. De letras. Por decisión de mis padres. Yo no sabía qué estudiar. Mamá es de letras. Papá es de letras. La abuela es la encarnación de las letras. El único que no ha hecho letras es nuestro perro.

«Te abre la mente. Te da horizontes. Te estructura el pensamiento. Te vuelve elástico...»

Y te da el coñazo todo el santo día.

Es la pura verdad. No existe un solo motivo para seguir esos estudios. Al menos los profes nunca me han dado ninguno. El primer día de cuarto de secundaria: lista de asistencia, paseo por el edificio del instituto y presentación de los profes. Una especie de excursión al zoo: los profes, una especie protegida que confías en que se extinga definitivamente...

Después, unas pruebas para comprobar el nivel con que cada uno empieza. Y tras tan caluroso recibimiento... el infierno: convertidos en sombras y polvo. Deberes, explicaciones, exámenes como nunca había conocido. En primaria estudiaba como mucho media hora. Luego fútbol en cualquier sitio que se asemejara a un campo, desde el pasillo de casa hasta el aparcamiento de casa. En el peor de los casos, fútbol en la Play.

En la secundaria, todo cambió. Si querías pasar de curso tenías que estudiar. Lo que no significa que yo estudiara mucho, porque las cosas solo se hacen cuando crees en ellas. Y no ha habido un solo profesor capaz de hacerme creer que merezca la pena estudiar. Y si no lo consigue alguien que dedica su vida a eso, ¿por qué voy a hacerlo yo?

He entrado en el blog del Soñador. Sí, el suplente de historia y filo tiene un blog y quiero averiguar qué escribe. Los profes no tienen una vida real fuera del instituto. Fuera del instituto, no existen. Así que quería ver de qué hablaba alguien que no podía hablar de nada. Y hablaba de una película que había visto por enésima vez: *El club de los poetas muertos.* Contaba que compartía la pasión por la enseñanza del protagonista de la película. Que aquella película le había enseñado qué había venido a hacer a este mundo. Seguía así, con una frase misteriosa, pero bonita: «Extraer la belleza allí donde se encuentre y regalársela a quien esté a mi lado. Por eso estoy en el mundo».

Hay que reconocer que el profe Soñador sabe decir bien las cosas. En dos frases notas que ha comprendido su vida. Bien es verdad que tiene treinta años, así que es lógico que la haya comprendido. Pero no es frecuente que la gente lo diga con tanta claridad. A mi edad ya había madurado su sueño. Vislumbró su meta y la ha cumplido.

Yo tengo dieciséis años y no tengo sueños especiales, como no sean los nocturnos y que al despertarme ya no recuerdo. Erika-con-ka afirma que los sueños dependen de la reencarnación, de lo que hemos sido en nuestra vida anterior. Como ese futbolista que dice que ha sido pato en su vida anterior, y eso a lo mejor favorece su calidad futbolística. Erika-con-ka dice que ha sido jazmín. Me gusta el perfume de Erika-con-ka.

Yo no creo que me haya reencarnado nunca. Pero si tuviera que elegir, creo que preferiría un animal a una planta: un león, un tigre, un escorpión... Sin duda, lo de reencarnarse es un problema, pero es demasiado complicado para pensarlo ahora y además no guardo recuerdos de cuando era un león, aunque conservo la melena y noto en mi sangre la fuerza del león. Por eso seguramente he sido un león y por eso me llamo Leo. *Leo* en latín significa «león». *Leo rugiens:* «león rugiente».

Total, que estoy en el primer curso de bachillerato de letras y he pasado cuarto y quinto de secundaria casi indemne. Cuarto, suspenso en griego y mates. Quinto, solo griego. El griego es la verdura de los estudios. Amargo y útil solo para el tránsito intestinal, o sea, para cagarse el día del examen...

Pero la culpa ha sido de Massaroni. La profe más estricta y despiadada del instituto. Tiene un abrigo de piel de perro: siempre, solo, únicamente aquel abrigo. Se viste de dos maneras: con el abrigo de piel de perro en invierno, otoño y primavera. En verano... con el abrigo de piel de perro estival. ¿Cómo se puede vivir así? ¿Será que ha sido un perro en su vida anterior? Me divierte asignar vidas anteriores a la gente, porque ayuda a explicar su carácter.

Beatrice, por ejemplo, debe de haber sido una estrella en su vida anterior. Sí, porque las estrellas tienen una luminosidad cegadora alrededor: las ves de lejos, a millones de años luz. Son un conglomerado de materia roja incandescente y luminosa. Y Beatrice es así. La ves a cientos de metros de distancia y brilla con su pelo rojo. Quién sabe si algún día conseguiré besarla. Dicho sea de paso, dentro de poco será su cumpleaños. A lo mejor me invita a su fiesta. Hoy por la tarde iré a la parada del insti, así la veré. Beatrice es vino tinto. Me emborracha: la amo.

Cuando tienes un partido del torneo por la tarde no queda tiempo para hacer nada más. Has de prepararte mentalmente y saborear las emociones con calma. Cada gesto se vuelve importante y debe ser perfecto. El momento que más me gusta es el de ponerme las medias, que te acarician lentamente las canillas, como una armadura antigua, como las espinilleras de un caballero medieval.

Los rivales de hoy son de segundo B. La clase de los hijos de papá. Tenemos que hacerlos papilla. Piratas contra Pijos. El resultado es seguro, no así el número de muertos. Eliminaremos a todos los que podamos. La hierba artificial del campo de tercera generación me produce cosquillas en cada fibra de mi cuerpo. Ya resplandecemos en la tarde otoñal, aún cálida, con nuestra camiseta roja con una calavera en el centro y debajo nuestro nombre «Piratas». Estamos todos: Niko, Mechón, Patalarga y Esponja, que más que un portero parece una puerta blindada. Nuestro porte es el debido. Es lo que marca la diferencia. Los otros están llenos de granos y más que Pijos parecen Pringados.

Cuando aún no se han dado cuenta de con quién se las tienen que ver ya les hemos metidos dos goles. Uno lo marca Niko y otro yo. Dos auténticos piratas del área pequeña. El uno sabe siempre dónde se encuentra el otro, hasta con los ojos cerrados, espalda contra espalda, como dos hermanos. Al celebrar mi disparo venenoso y ajustado a un poste, reparo en Silvia, que está sentada mirando el partido con otras compañeras: Erika-con-ka, Elettra, Espárrago, Eli, Fra y Barbie. Hablan entre ellas. Como siempre. A las chicas el partido les importa un comino. Silvia es la única que aplaude mi gol. Y yo le mando un beso, tal como los grandes futbolistas agradecen a la grada. Algún día Beatrice será quien me mande ese beso. Le dedicaré mi gol más hermoso y correré hacia el público para enseñar a todo el mundo mi camiseta con el lema «I belong to Beatrice».

Ha muerto el marido de Argentieri. Ya no la veremos más: ha pedido la jubilación anticipada. Está destrozada. Bien es verdad que tiene dos hijos que están con ella, pero su marido era la razón de su vida, pues la historia y la filo dejaron de serlo hace mucho. El Soñador se queda con nosotros: definitivamente, los suplentes son gafes... Con tal de encontrar trabajo, hacen morir a los maridos de las pobres profesoras.

Total, que tenemos que ir al funeral del marido de Argentieri y yo no tengo ni idea de qué hay que hacer en estas cosas. No sé qué ropa ponerme. Silvia, la única mujer de la que me fío en cuestiones de estilo, me dice que debo ponerme ropa oscura, como un jersey azul y una camisa. También valen los vaqueros, ya que no tengo otros pantalones. En la iglesia hay mogollón de gente del insti. Me siento en uno de los últimos bancos porque tampoco sé cuándo hay que ponerse de pie ni cuándo hay que sentarse. Además, ¿qué hago si me encuentro con la profe? ¿Qué se dice en estas circunstancias? La palabra «condolencia» —¿se pronuncia así?— me suena vulgar. Mejor permanecer en la oscuridad. Así que me confundo en el grupo: invisible e insignificante.

El funeral lo celebra el sacerdote que también es mi profe de religión: Gandalf, con su cuerpo diminuto, casi de bolsillo, y un millón de arrugas pacíficas y vivaces, por cuya causa todos en el instituto lo llamamos Gandalf, como el brujo de *El Señor de los Anillos.*

En el primer banco está sentada la profe Argentieri, negra por fuera, blanca por dentro. Se enjuga las lágrimas con su pañuelo; a su lado están sentados sus hijos. Un hombre de unos cuarenta años y una mujer un poco más joven, que está buena. Los hijos de los profes son siempre un misterio, pues nunca sabes si los profes tienen hijos normales: ¡les dan clases todo el santo día! Qué espanto debe de ser aquello...

Pero Argentieri está llorando y verla así me apena. Al final —ni que lo hubiese hecho a propósito— nos encontramos y ella me mira y me parece que espera algo. Le sonrío. Es lo único que me sale. Ella baja la mirada y sale detrás del féretro. Soy todo un pirata. Lo único que sé hacer frente a una mujer que ha perdido a su marido es sonreír. Me siento culpable. Quizá habría podido decir algo. Pero en ciertas situaciones no sé cómo comportarme: ¿qué culpa tengo yo?

De vuelta en casa, no me apetece hacer nada. Quisiera estar solo, pero no aguanto el blanco. Pongo música y me conecto a internet. Chateo con Niko sobre el funeral.

¿Quién sabe dónde está el marido de Argentieri?

¿Se ha reencarnado?

¿Es solo cenizas?

¿Sufre?

Espero que no sufra más, porque ya ha sufrido mucho. Niko no lo sabe. El cree que hay algo después. Pero no le apetece nada reencarnarse en una mosca. ¿Por qué pensará en la mosca? Me explica que se debe a que todos en su casa le dicen que da el coñazo como una mosca.

Dicho sea de paso, o realmente no tan de paso: no puedo olvidarme del cumpleaños de Beatrice. Es más, ahora mismo le mando un SMS: «Hola Beatrice, soy Leo, el de primero D con el pelo de loco. Se acerca tu cumpleaños. ¿Cómo lo celebrarás? Hasta pronto, Leo §:-)». No me responde. Me deja hecho polvo. He vuelto a hacer un papelón. Qué pensará ahora Beatrice. El típico pringado que lo intenta con un mensaje. Ese silencio entra en mi corazón como un pintor que quiere pintar las paredes de blanco, borrando el nombre de Beatrice y cubriéndolo con una capa uniforme. Unas tenazas de dolor, de miedo, de soledad salen de mi móvil mudo y me desgarran las entrañas...

Primero un funeral, luego Beatrice que no responde. Dos cierres metálicos blancos se cierran y para remate sobre aquel blanco rechinante está escrito «vado permanente». Se cierran y tienes que apartarte de ahí. No puedes pensar. ¿Y qué hago?

Llamo a Silvia.

Estamos dos horas al teléfono. Ella comprende que lo único que quería era tener a alguien cerca y me lo dice. Sabe entenderme al vuelo, incluso cuando hablo de otras cosas. Silvia seguramente ha sido un ángel en su vida anterior. Lo pilla todo al vuelo y al parecer los ángeles son así, si no, no tendrían alas. Al menos eso es lo que dice la Monja (Anna, una compañera de clase muy católica): «Cada uno tiene al lado su ángel de la guarda. A los ángeles solo tienes que contarles lo que te pasa porque entienden al vuelo las causas». No lo creo. Sin embargo, creo que Silvia es mi ángel de la guarda. Me ha subido el ánimo. He subido los dos cierres metálicos. Nos damos las buenas noches y me duermo tranquilo porque con ella puedo hablar siempre. Ojalá que Silvia esté siempre, también cuando seamos mayores. Pero yo amo a Beatrice.

Antes de dormirme miro la pantalla del móvil. ¡Un mensaje! Será la respuesta de Beatrice: estoy salvado. «Si no puedes dormir, aquí me tienes. S.» Cómo me gustaría que aquella S fuese una B...

Dadme un scooter, aunque sea un bativespino, y me comeré el mundo. Sí, porque cuando vas frente al insti y está Beatrice con sus amigos no puede haber nada mejor. No me atrevo a pararme, podría decirme delante de todos que no quiere recibir más mensajes míos de pringado. Así que me limito a pasar por ahí con el pelo revoloteando al viento bajo el casco y lanzarle una mirada como flecha de Cupido, que solo ella recibe. Eso me da una marcha a tope. Sí, porque sin esa marcha acabo en los sitios porno y me hago una paja. Pero después me siento aún más deprimido y tengo que llamar a Silvia, y como no puedo contarle la verdad le hablo de otra cosa. Pero ¿puede hablarse de estas cosas con alguien?

Menos mal que la estrella de rayos rojos ha vuelto la cabeza para mirarme. Sabe que soy el autor del mensaje y con su mirada me confirma que mi estar en el mundo sigue teniendo una razón de ser. ¡Estoy salvado!

Así que echo a volar en mi scooter por calles transitadas por millones de coches, y es como si no estuvieran. Todo el viento del mundo me acaricia la cara y yo lo bebo como se bebe la libertad. Canto «eres el primer pensamiento que me despierta por la mañana», y cuando me despierto realmente ya ha oscurecido.

He deambulado a ciegas sobre mi alfombra voladora, sin darme cuenta del paso del tiempo. Cuando estás enamorado el tiempo no debe existir. Pero mi madre sí que existe, no está enamorada de Beatrice y está furiosa porque no sabía dónde andaba metido. Pero ¿yo qué puedo hacer? Es el amor. Así son los momentos rojos de la vida: sin reloj. «Pero ¿se puede saber dónde tienes la cabeza?» Los mayores no recuerdan qué es enamorarse. ¿Qué sentido tiene explicarle una cosa a quien ya la ha olvidado? ¿Qué sentido tiene describirle el rojo a un ciego? Mamá no entiende y encima quiere que yo saque todos los días a mear a Terminator.

Terminator es nuestro salchicha pensionista. Come, se arrastra sobre su panza de metro y medio de largo y mea un millón de litros. Yo lo saco a hacer sus vertidos solo las veces que no me apetece hacer los deberes y le doy tiempo para que haga meadas de dos horas, pero con esa excusa lo que hago es fijarme en los escaparates y en las chicas. ¿Por qué será que los hombres compran perros? Tal vez para dar trabajo a las filipinas, que luego los sacan a mear. El parque está lleno de filipinas y perros .Y, si no hay filipina, quien paga el pato soy yo. De todas formas, los animales son meros comparsas. Terminator lo único que sabe es mear: vida de perros.

No consigo dormirme. Estoy enamorado, y cuando estás enamorado lo menos que te puede pasar es no dormir. Hasta la noche más negra se vuelve roja. Se te amontona tal cantidad de cosas en la cabeza que querrías pensar en ellas todas a la vez y el corazón no consigue calmarse. Y además resulta extraño porque todo te parece hermoso. Haces la misma vida de todos los días, con las mismas cosas y el mismo hartazgo. Y luego te enamoras y esa misma vida se vuelva grandiosa y diferente. Sabes que vives en el mismo mundo de Beatrice y entonces qué más da si el examen te sale mal, si se pincha la rueda del scooter, si Terminator quiere mear, si se pone a llover y no llevas paraguas. Te da lo mismo porque sabes que esas cosas son transitorias. El amor, en cambio, no. Tu estrella roja brilla siempre. Beatrice está ahí, tu amor está dentro de tu corazón y es grande, te hace soñar y nadie puede arrancártelo porque está en un sitio al que nadie puede llegar. No sé cómo describirlo: ojalá no se acabe nunca.

Así me he dormido, gracias a esta esperanza en el corazón. Basta que esté Beatrice para que la vida sea cada día nueva. El amor es lo que hace la vida nueva. Qué gran verdad es lo que acabo de decir: tengo que recordarlo. Me olvido mogollón de cosas importantes que descubro. O sea que me doy cuenta de que podrían serme útiles en el futuro, pero las olvido, igual que los mayores. Tal es el origen de al menos la mitad de los males del mundo. «En mi época estos problemas ni siquiera existían.» Exacto. ¡En tu época!

Puede que si anoto en alguna parte las cosas que voy descubriendo ya no las olvide y deje de cometer los mismos errores. Tengo una memoria pésima. Por culpa de mis padres: ADN de mala calidad. Hay una sola cosa que no olvido: mañana, partido de fútbol del torneo.

No es verdad. Hay otra cosa que no olvido: Beatrice no me ha respondido al mensaje. No tengo esperanza. Cubridme de blanco como a una momia.

Gandalf es un hombre hecho de viento; te da la impresión de que puede salir volando en cualquier momento como un globo y te preguntas cómo consigue sujetar hordas de alumnos bárbaros. Pero está siempre sonriente. Ha sembrado los suelos de mármol de todo el insti con sus sonrisas. Cuando te cruzas con él sonríe, también cuando entra en el insti, a diferencia de los otros profes. Es como si aquella sonrisa no fuese suya.

Entra en clase, sonríe y calla. Luego escribe una frase en la pizarra y todos esperamos ese momento. Hoy ha entrado y ha escrito: «Allí donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón».

Empieza el juego de siempre.

—¡Jovanotti!

—No.

—¿Max Pezzali?

—No.

—¿Elisa?

—No. Más atrás...

—Battisti...

—No.

—¡Ya lo sé! —grito desde el fondo abriendo los brazos en un gesto teatral que anuncia mi triunfo—. ¡El Tío Güito!

La clase estalla en una carcajada.

También Gandalf sonríe, en silencio. Nos mira y luego dice:

—Jesucristo.

—Ya nos la está jugando otra vez —intervengo—. Usted nunca puede prescindir de Jesús.

—¿Crees que iría vestido así si pudiera prescindir de él?

Sonríe.

—Pero ¿qué significa la frase?

Sonríe.

—¿Vosotros qué creéis?

—Como Gollum, que siempre dice «mi tesoro». No piensa en otra cosa, su corazón está allí —explica la Monja. Suele estar callada, pero cuando habla solo dice cosas profundas.

—No sé quién es el tal Gollum, pero si tú lo dices, me fío.

Gandalf no conoce a Gollum, parece absurdo, pero es así. Luego continúa:

—Significa que cuando nos parece que no pensamos en nada, en realidad estamos pensando en aquello que nos importa. El amor es una especie de fuerza de gravedad: invisible y universal, como la física. De manera inevitable, nuestro corazón, nuestros ojos, nuestras palabras, sin que nos demos cuenta desembocan allí, sobre lo que amamos, como la manzana con la gravedad.

—¿Y si no amamos nada?

—Imposible. ¿Te imaginas la Tierra sin gravedad? ¿O el espacio sin gravedad? Sería un continuo autochoque. Incluso quien cree que no ama nada, ama algo. Y sus pensamientos se dirigen hacia allí, sin que se dé cuenta. Lo importante no es si amamos o no, sino qué amamos. Los hombres siempre adoran algo: la belleza, la inteligencia, el dinero, la salud, a Dios...

—¿Cómo puede amarse a Dios, que no se toca?

—Dios se toca.

—¿Dónde?

—En su cuerpo, con la eucaristía.

—Pero profe, esa es una forma de hablar... una imagen...

—¿Creéis que yo puedo jugarme la vida por una forma de hablar? ¿Tú qué amas, Leo?, ¿en qué piensas cuando no piensas en nada?

Guardo silencio, porque me avergüenzo de responder en voz alta. Silvia me mira con ojos de quien espera la respuesta adecuada durante un examen o la quiere soplar. Sé la respuesta, quisiera gritarla al mundo entero: Beatrice, mi fuerza de gravedad, mi peso, mi sangre, mi rojo.

—Yo pienso en el rojo.

Alguno ríe fingiendo haber entendido un chiste que no he contado.

Gandalf ha comprendido que no estoy bromeando.

—¿Y cómo es el rojo?

—Como su pelo...

Los demás me miran como si me hubiese fumado un canuto antes de entrar en clase. La única que parece sintonizar conmigo es Silvia, que me mira cómplice.

Gandalf me mira a los ojos, mejor dicho: dentro de los ojos. Sonríe.

—Para mí también es así...

—¿Y cómo es?

—Como su sangre.



Ahora nosotros lo miramos a él como a quien se ha fumado un canuto.

Se acerca a la pizarra y escribe en silencio: «Mi amor es blanco y bermellón».

Y el juego se reanuda.

Así son las clases con Gandalf: se construyen sobre la marcha, y es como si tuviera siempre una frase lista que saca de su libro mágico...

Esta frase no la conoce nadie y cuando nos revela que se encuentra en la Biblia nadie lo cree, así que salimos de allí también con deberes de religión: leer el Cantar de los Cantares.

De todos modos, nadie hace los deberes de religión.

En la vida solo sirve aquello en lo que te ponen una nota.

No hay nada mejor que el siguiente plan con Niko.

Comida ligera de Mac y concurso de eructos en scooter.

Desafío relajante a la Play en su casa: dos horas jugando al GTA. Habremos rebañado con la sierra eléctrica a no menos de quince policías. Te sube una adrenalina que después necesariamente tienes que descargar contra los rivales de fútbol: no tienen esperanza.

Preparación para el partido con un dopaje casero: un batido de plátano que solo sabe hacer la mamá de Niko. La mamá de Niko es nuestra hincha acérrima y nos da el dopaje de plátano.

Y, por fin, el partido. Hoy jugamos contra el Deportivo Fanta. Son duros: es un equipo del último curso. El año pasado les ganamos, y justo por eso nos tienen ganas: quieren venganza. Se nota en la mirada del Vándalo, su capitán. No me quita los ojos de encima. Ni se imagina lo que le espera.

Hoy no ha venido nadie a animarnos. Será porque mañana tenemos que presentar los deberes de biología. Yo, previsor, me he adelantado: no he hecho los deberes.

Calentamos las manos ateridas de Espuma con venenosos disparos rasos. Hoy Mechón parece bajo de tono. Tenemos que dirigir el cotarro Niko y yo, atiborrados de batido de plátano y adrenalina contenida de GTA. La hierba espera solo ser acariciada por nuestras botas.

El partido no pasa del empate a cero en el primer tiempo. El Vándalo no ha hecho más que darle el coñazo a Niko durante media hora, con un mareaje al hombre. No lo deja ni respirar. Tenemos que cambiar algo, pero no sé qué. Solamente sé que cuando Niko lo tiene otra vez pegado y mordiéndole los tobillos con su presión de mastín napolitano sin darle tiempo para pensar ni lanzar a puerta, la adrenalina de GTA emerge triunfante y Niko entra a degüello, por detrás, sobre el tobillo del Vándalo, que acababa de robarle el balón. El Vándalo se desploma dando un alarido. No se ha partido la pierna por puro milagro. Se revuelca como un poseso, a la manera de Gollum. Todos lo rodean. Antes de que pueda acercarme, un puñetazo se estampa en la nariz de Niko, que se dobla en dos y sus manos se llenan de sangre. Sin pensarlo, salgo disparado hacia el chico que ha pegado a Niko.

—¿Qué mosca te ha picado, imbécil?

Lo que tiene en sus ojos no es una mirada, sino una especie de fulgor demoníaco, que salta como un resorte comprimido contra mí. El empujón me hace volar dos metros antes de caer de culo, dejándome sin respiración.

—¿Cómo me has llamado?

Noto su aliento pestífero penetrar en mi nariz. No me atrevo a reaccionar. Me masacraría. Por suerte, en ese instante interviene el árbitro, que expulsa tanto a Niko como al energúmeno chiflado.

Sin Niko, el partido se apaga. El Vándalo se recupera y marca con una ira incontenible.

1 a 0 para el Deportivo Fanta.

Cuando voy a los vestuarios, Niko ya se ha marchado.

El Vándalo me está esperando en la salida con sus bárbaros. Aquí la cosa puede acabar mal.

—Hoy tu amigo ha tenido suerte. La próxima vez no saldrá vivo del campo... Ve a consolarlo... ¡Maricón!

El Pirata, con toda su pandilla, ha quedado reducido al silencio de la derrota y la humillación por una horda de bárbaros cabreados.

Niko ha venido al insti con dos cardenales negros debajo de los ojos. El chico que le pegó ha sido suspendido del torneo.

—Ese me las va a pagar. Ni te imaginas lo que le voy a hacer. Ni te lo imaginas...

Niko está realmente negro, como sus cardenales.

—Anda, Niko, lo han descalificado. Tu entrada al Vándalo no es que fuera lo que se dice delicada...

Niko me fulmina con un rayo de sus ojos semicerrados.

—¡Encima le das la razón! ¿Qué pasa, te has vuelto maricón? ¿Te has olvidado los cojones en casa?

—Si te hubieses tranquilizado un poco, ayer no habríamos perdido...

—Así que la culpa ahora va a ser mía... Que te den, Leo...

Me da la espalda, sin tener tiempo a reaccionar. El día ha empezado de la mejor manera posible.

El Soñador ha entrado en clase con un librito en la mano. Un centenar de páginas.

—Un libro que te cambia la vida. —Eso ha dicho.

Nunca he pensado que los libros pudieran cambiar absolutamente nada, aún menos la vida. Si acaso, te la cambian porque estás obligado a leerlos y querrías hacer cualquier otra cosa. En cambio, el Soñador es un soñador y no puede dejar de soñar. Pero ¿qué tiene que ver este libro con la historia? El Soñador ha dicho que para entender el período que nos toca estudiar hay que entrar en el corazón de los hombres de la época y ha comenzado a leer las páginas de un libro de Dante Alighieri. No la *Divina Comedia,* que es un ladrillo cósmico. Un librito pequeño, la historia de amor de Dante.

No me lo puedo creer: resulta que Dante escribió un libro para Beatrice. Enamorado como yo. El libro se titula *La vida nueva,* justo lo que había descubierto yo sólito: el amor lo vuelve todo nuevo. ¿Y si yo fuese el próximo Dante? ¿Si por una vez el Soñador tuviese razón? Sea como sea, Dante dedicó aquel libro precisamente a su encuentro con Beatrice y al cambio de su vida tras aquel momento. Es increíble:

¡alguien de la prehistoria que experimenta lo mismo que yo! ¿Seré la reencarnación de Dante?

Ve a contarle eso a la profe Rocca, que define mi forma de escribir «descuidada y retorcida» y nunca me pone más de un cuatro pelado, que es el peor tres enmascarado... ¡Luego no soy la reencarnación de Dante! Aunque ahora tampoco hay quien entienda a Dante, luego puede ser que si lo que escribo no se entiende se deba a que tengo un futuro de Dante... De todos modos, aunque no sea Dante, Beatrice sigue siendo Beatrice y no puedo dejar de pensar en ella ni de hablar de ella, como dice Dante: «...quiero hablar con vosotras de mi dama, no porque crea agotar su alabanza, sino para desahogar la mente conversando».[1]

¡Dante siempre tiene razón! Pero tengo que leerme su libro, así a lo mejor copio algún poema para Beatrice y se lo dedico. Mejor aún, le escribiré un mensaje con un pasaje famosísimo del libro. A este seguramente responde. No quedaré como un imbécil. Comprenderá que voy en serio, como Dante. No puedo rendirme; un león que se rinde no es un león. Un pirata que se retira no es un pirata. Ella entenderá, porque estudió estas cosas el año pasado y si no se acuerda me preguntará... Beatrice está en segundo este año. Es muy lista. Le mando el mensaje. «Incipit vita nova...» Qué bien suena en latín, da ese toque elegante. El T9 no consigue reconocer el latín, pero Beatrice comprenderá.

Solo una cosa me molesta. A ojos de todos, el Soñador está abandonando impetuosamente su condición de pringado-cuenta-cuentos-gafe. Y, mal que me pese, en el fondo también a mis ojos, y no lo soporto... Hay que hacer algo para ponerlo en su sitio: descubrir su punto débil y lanzarle el ataque del Pirata...

[1] *La vida nueva,* traducción de Julio Martínez Mesanza, Alianza Editorial, Madrid, 1986. *(N. del T.)*

El T9 es el invento del siglo XXI. Te ahorra mogollón de tiempo y te hace soltar cuatro carcajadas, pues cuando quieres escribir una palabra reconoce otra que a veces es la contraria. Por ejemplo, si tengo que escribir «perdón», la palabra que sale es «miedo».[2] Es una coincidencia singular, porque cada vez que tengo que pedir perdón por lo que sea siempre me muero de miedo.

Me gusta el T9. Quién sabe si Dante tenía algo como el T9 para componer todos esos versos. Hay personas que te dan pistas sobre cómo han podido aprender lo que saben hacer. Están predestinadas. Yo todavía no sé hacer nada a lo grande, pero tengo confianza. La profe de inglés dice «tiene talento, pero no se esmera». Pues eso: yo tengo talento, puedo hacer lo que sea, pero aún no he decidido hacer nada en serio, esmerarme en algo. Podría ser Dante, Miguel Ángel, Einstein, Eminem o Jovanotti, todavía no lo sé. Tengo que intentar descubrirlo.

Según el Soñador, debo encontrar mi sueño y transformarlo en un proyecto. He de preguntarle cómo se hace y encontrar mi sueño. Se lo preguntaría, solo que me da vergüenza y le daría la razón... y además esta manía de tener un sueño cuando aún cuentas dieciséis años no me convence. En cualquier caso, de lo que estoy convencido es de que en mi sueño está Beatrice.

Dicho sea de paso, no ha respondido a mi mensaje; me ha dejado hecho polvo, creía que al menos Dante la conmovería. Tengo un nudo en el estómago y el corazón se me pone blanco. Como si la propia Beatrice quisiera borrarme de la faz de la tierra con un corrector. Me siento como si fuera un error, un error ortográfico. Un «yo» sin *o,* un «soy» sin *y.* Un repaso de corrector y desaparezco, como todos los errores. La página queda en blanco, limpia, y nadie ve el dolor que se esconde debajo de aquella capa blanca.

La poesía es una trola en versos. Dante, ¡que te jodan!

[2] Perdón = *scusa,* y miedo = *paura,* se forman con las mismas teclas del teléfono móvil. (TV. *del T.)*

Beatrice tiene el pelo rojo. Beatrice tiene los ojos verdes. Beatrice tiene. Por la tarde se queda con sus amigos frente al insti. Beatrice no tiene novio. El año pasado estuve en su fiesta: para mí fue un sueño. Me pasé todo el rato escondiéndome detrás de algo o de alguien para poder mirarla, para grabar en mi memoria cada uno de sus gestos y movimientos. Mi cerebro se ha convertido en una cámara, para que mi corazón pueda ver en cualquier momento la película más bonita jamás rodada sobre la faz de la tierra.

No sé de dónde saqué valor para pedirle su número. De hecho, no lo saqué de ninguna parte... me lo dio Silvia, que es su amiga, después de las vacaciones de verano. Pero dudo que Silvia le haya dicho que era para mí. A lo mejor por eso no me responde. A lo mejor no sabe que quien le escribe soy yo. En mi móvil ella es «Roja». Estrella roja: sol, rubí, cereza. Pero de todas formas podría responder, aunque solo fuera por curiosidad.

Pero ¿acaso no he sido un león en mi vida anterior? Por eso insisto. Me escondo en el bosque y, en el momento oportuno, salgo y acecho a mi presa sin dejarle espacio para la huida, tras empujarla hacia un claro sin protección. Eso haré con Beatrice. Se encontrará conmigo cara a cara y tendrá que elegirme a la fuerza.

Estamos hechos el uno para el otro. Yo lo sé. Ella no. No sabe que me ama. Aún no.

Hoy he hablado con Terminator. Sí, porque cuando tengo que solucionar asuntos importantes sé que de nada vale hablar con los mayores. O no te escuchan o te dicen «no pienses en eso, que ya pasará». Pero si te estoy hablando de eso es justo porque no se me ha pasado, ¿no te parece? O si no, te salen con el mágico «algún día, algún día lo entenderás. Lo entenderás el día que tengas hijos, el día que tengas un trabajo».

Yo lo único que espero es que ese día no llegue nunca, porque todo se te vendrá encima a la vez: madurez, hijos, trabajo... y me parece absurdo que para entender hayan de caerte todas esas cosas, como una especie de rayo. ¿No podría empezarse desde ahora, poco a poco, sin esperar a que llegue ese maldito día? Hoy. Yo quiero entender hoy, no «algún día». Hoy, ahora. Pero resulta que no: aquel día te aplastará y ya será demasiado tarde, porque tú, que querías estar preparado, no has encontrado a nadie que se dignase responderte. Lo único que has encontrado es a alguien que te ha pintado ese día como una profecía de muerte y destrucción...

Por no hablar de los profes. Cuando tratas de hablar seriamente con ellos te responden «ahora no», que quiere decir «nunca». Los profes te dicen las cosas enseguida cuando son malas: notas, exámenes, faltas, deberes... Las buenas no te las dicen, porque si no —afirman— «nos dormimos en los laureles», que en realidad no creo que sean tan cómodos. Por otra parte, no tenemos más que decirnos con ellos.

¿Papá y mamá? Ni en sueños. Me da vergüenza solo de pensarlo. Es como si nunca hubieran tenido mi edad. Y además papá siempre vuelve cansado del trabajo y quiere ver el fútbol. ¿Mamá? Con mamá paso vergüenza. Con los añitos que tengo, no puedo seguir hablando con mi mamita. Descartados los profesores y los padres, con Niko que no me habla desde el partido contra el Deportivo Fanta, ¿quién me queda? Terminator. Él al menos me escucha en silencio, sobre todo si después le doy las galletas con sabor a gato frito.

—Verás, Terminator, desde que el Soñador habló del sueño, el tema me vuelve continuamente a la cabeza, como un picor, pero más fuerte. ¿Tú qué deseabas, Terminator, qué querías ser de mayor? Tú solamente puedes ser un perro: comer como un perro, dormir como un perro, mear como un perro y morir como un perro. Pero yo no. Me gusta tener grandes deseos. Un gran sueño. Todavía no sé cuál es, pero me gusta soñar que tengo un sueño. Estar en la cama en silencio soñando con mi sueño. Sin hacer otra cosa. Repasar los sueños y ver cuáles me gustan. ¿Quién sabe si dejaré huella? Solo los sueños dejan huella.

Terminator tira de mí, él tampoco sabe concentrarse, qué querrá. Seguimos caminando.

—¡No me interrumpas...! Me gusta tener sueños. Me gusta. Pero ¿qué hago para encontrar mi sueño, Terminator? Tú te lo has encontrado ya hecho. Yo no soy un perro. Al Soñador le han bastado un abuelo y una película. A lo mejor tengo que ir más al cine, ya que no tengo abuelo y a la abuela tengo que gritarle cuando le hablo porque no oye y además tiene ese olor a viejo que no aguanto, me hace estornudar. O a lo mejor tengo que leer más libros. El Soñador dice que nuestros sueños están ocultos en las cosas que encontramos realmente, en las que amamos: un lugar, una página, una película, un cuadro... los sueños nos los dan los grandes creadores de belleza.

»Eso dice el Soñador. No sé bien lo que significa. Pero sé que me gusta. He de intentarlo. Tengo que dejarme aconsejar, aunque no lo creeré demasiado, porque yo tengo los pies en la tierra. Una vida sin sueños es un jardín sin flores, pero una vida de sueños imposibles es un jardín de flores falsas... ¿Tú qué piensas Terminator?

Por toda respuesta, Terminator se planta contra un poste y mea. Su meada es proporcional a la duración de mis palabras.

—Gracias, Terminator, tú sí que me entiendes...

Beatrice seguramente está enferma. Hay mucha gripe, pero yo no la pillo nunca... No la veo desde hace dos días. Me parecen más vacíos los días sin el reflejo rojo de su pelo. Se vuelven blancos, como los días sin sol.

Regreso a casa con Silvia. Hago un caballito con el bativespino y ella no para de pedirme que vaya más despacio. Mujeres. Hablamos largo y tendido y le pregunto si tiene algún sueño, como dice el Soñador. Le cuento que Niko tiene uno bien concreto. Niko dice que seguirá el camino de su padre. Su padre es dentista. Niko tiene mogollón de dinero. Hará odontología y trabajará en la clínica de su padre. Dice que ese es su sueño. Pero yo creo que ese sueño no vale. Porque ya se sabe todo de antemano. El sueño —si lo he entendido bien— tiene que tener una parte de misterio: algo aún por descubrir. Y Niko ya está enterado de todo.

Yo todavía no tengo un sueño concreto, pero justo eso es lo bonito. Es tan desconocido que me emociono solo de pensarlo. Silvia también tiene un sueño. Quiere ser pintora. Silvia pinta muy bien, es su afición preferida. Una vez me regaló un cuadro. Hace copias de cuadros famosos. Es un cuadro bonito con una mujer protegiéndose del sol con una sombrilla blanca. Es un cuadro especial porque la ropa, el rostro, los colores de aquella mujer son tan ligeros que se confunden con la luz que cae sobre ella. Es como si la mujer estuviese hecha de la luz de la que se protege. Y es el único caso en que el blanco no me da miedo. En este cuadro, Silvia se ha burlado del blanco. Me gusta. Después de evitar no menos de quince accidentes mortales con mis frenos necesitados de la intervención de un mecánico, llegamos al portal de la casa de Silvia.

—Pero mis padres no quieren. Dicen que eso solo puede ser una afición pero jamás mi futuro, «es un camino difícil en el que muy pocos salen adelante, y además como no triunfes puedes pasar hambre».

Definitivamente, los mayores están en el mundo para recordarnos los miedos que nosotros no tenemos. Los mayores tienen miedo. En cambio, a mí me alegra que Silvia tenga ese sueño. Cuando habla le brillan los ojos, como brillan los ojos del Soñador cuando explica. Como brillaban los ojos de Alejandro Magno, de Miguel Ángel, de Dante... Los ojos rojosangre, llenos de vida... Para mí, el de Silvia es el sueño oportuno. Le he pedido que me mire los ojos y que me avise cuando brillen, así a lo mejor descubro mi sueño mientras le hablo de algo, no vaya a ser que esté distraído y no me dé cuenta. Silvia acepta.

—Cuando vea brillar tu sueño en tus ojos, te lo diré.

Le pido que me haga otro cuadro. Acepta. Se le iluminan los ojos y tengo la sensación de que me calienta la piel. Brillan azules. Ese es su sueño. Yo aún no tengo ninguno, pero noto que está llegando. ¿Que cómo lo sé? Por mis ojeras. Sí, tengo bolsas debajo de los ojos que sirven para llevar mis sueños. Cuando encuentre el mío, las vaciaré y mis ojos brillarán ligeros...

Acelero hacia el azul del horizonte y tengo la sensación de estar casi volando, sin frenos ni sueños...

Beatrice sigue sin venir al insti.

Tampoco está frente al insti por la tarde.

Mis días están vacíos.

Están blancos, como los de Dante cuando dejó de ver a Beatrice.

No tengo nada que decir, porque cuando no hay amor se terminan las palabras.

Las páginas se vuelven blancas, a la vida le falta tinta.

Por fin he hablado con el Soñador.

—¿Cómo encuentra uno su sueño? Pero no vaya a tomarme el pelo, profe.

—Búscalo.

—¿Y cómo?

—Haz las preguntas oportunas.

—¿Eso qué quiere decir?

—Lee, observa, pon interés... todo con entusiasmo, pasión y dedicación. Plantea una pregunta a cada una de las cosas que te llamen la atención y apasionen, pídeles que te digan por qué te apasionan. Ahí está la respuesta a tu sueño. Lo importante no son nuestros humores, sino nuestros amores.

Eso me ha dicho el Soñador. Solo él sabe de dónde saca esas frases. Debo encontrar lo que me importa. Pero para ello necesito tiempo y esfuerzo, y eso no me convence...

Trato de seguir el método del Soñador: he de empezar por lo que ya sé. Me importa la música. Me importa Niko. Me importa Beatrice, me importa Silvia, me importa mi scooter, me importa mi sueño, que no conozco. Me importan mamá y papá cuando no me dan el coñazo. Me importa... tal vez nada más... Son muy pocas cosas, hacen falta más. Debo esmerarme en descubrirlas y a cada una plantearle las preguntas oportunas.

Me he preguntado por qué me importa Silvia. Me he dicho que la quiero, quiero que cumpla su sueño; cuando estoy con ella siento una paz en el vientre, como cuando mamá me agarraba de la mano en medio del gentío del supermercado. ¿Por qué Niko?

Me he respondido que estoy bien con él. No tengo que explicarle nada. No me siento juzgado. Dicho sea de paso, tengo que hacer algo, no podemos seguir con este silencio, dentro de poco tenemos otro partido y si no nos llevamos bien los Piratas naufragan...

Luego le he preguntado a mi música y me ha contestado que con ella me siento libre. Le he preguntado a mi bativespino sin frenos y me ha contestado lo mismo. Ya tengo algunas piezas del rompecabezas: me importa el afecto de las personas, me

importa la libertad. Mi sueño posee estos ingredientes. Al menos he descubierto algunos. Pero siguen siendo pocos.

¿Por qué me importa Beatrice? Esto es más difícil. Todavía no he encontrado una respuesta. Hay en ella algo misterioso. Algo más que no consigo entender. Un misterio rojo como el del sol naciente que hace que la noche sea más oscura antes del alba, por eso no puede explicarse. Para no dormir. Veo una película de terror. Para no dormir. Noche en blanco al cuadrado.

Este es el único ejercicio de griego con el que me lo pasaba bien en secundaria. Teníamos que anotar en el cuaderno el significado de ciertas palabras sacadas de las versiones y una palabra derivada al italiano, que nos ayudara a recordar el término en griego. De esa manera pude aprender bien dos palabras.

Leukos: blanco. De ella se deriva la palabra «luz».

Aima: sangre. De ella se deriva la palabra «hematoma» (grumo de sangre).

De la unión de esas dos palabras espantosas se obtiene otra todavía más terrible: *leucemia.* Así se denomina el tumor en la sangre. Un nombre que procede del griego (todos los nombres de las enfermedades proceden del griego...) y significa «sangre blanca».

Ya sabía que el blanco era un petardo. ¿Cómo puede la sangre ser blanca?

La sangre es roja y punto.

Y las lágrimas son saladas y punto.

Silvia me lo ha dicho entre lágrimas:

—Beatrice tiene leucemia.

Y sus lágrimas se han vuelto mías.

Por eso no venía al insti. Por eso había desaparecido. Como el marido de Argentieri. O peor: un tumor en la sangre. Leucemia. Aunque a lo mejor puede curarse. Sin Beatrice estoy acabado. También mi sangre se vuelve blanca.

Los sueños son una trola colosal. Ya lo sabía. Siempre lo he sabido. Porque luego llega el dolor y ya nada tiene sentido. Porque construyes, construyes, construyes, y de repente alguien o algo se lo lleva todo. ¿De qué sirven, pues? En mi sueño estaba Beatrice y Beatrice era la parte misteriosa del sueño. La llave que abría la puerta. Y ahora llega esta cosa griega que se me la quiere llevar. Si ella desaparece, desaparece el sueño. Y la noche se queda en su oscuridad más oscura, porque ya no habrá ningún amanecer.

¿Por qué cono tendrá que haber una enfermedad como esta, que vuelve blanca la sangre? ¡Soñador, eres un mentiroso de la peor calaña, de los que se creen las mentiras que cuentan! Mañana te romperé las ruedas de tu bici de pringado. Ahora tengo hambre. SMS: «Niko, necesito verte».

En el Mac por la tarde: la cosa más triste de la galaxia. Únicamente el olor a Mac y los pringados de primaria. Qué más da, todo me vale. A Niko nunca le he hablado de Beatrice. Beatrice ha sido siempre mi secreto. Una isla caribeña con un mar transparente donde refugiarme solo. Niko y yo hablamos de tías, sobre todo de las que están buenas... Beatrice no es una simple tía y, aunque está buena, no es de esa especie. No pertenece a la especie «radiografía», o sea, una cuyas medidas y partes sobresalientes sometes a examen... No, a Beatrice no se la toca, ni siquiera con las palabras. Esta vez tampoco hablo de Beatrice y me guardo toda mi rabia y todo mi dolor. Niko llega y se sienta, enfurruñado.

—¿Qué pasa?

—Anda, dejemos de portarnos como tontos. Los Piratas no se pelean como nenas...

Niko no se esperaba otra cosa. Sonríe y parece que los ojos se le empiezan a agrandar. Me da un empujón.

—Somos dos auténticos gilipollas...

—Habla por ti...

Reímos. Mientras nos trincamos dos Coca-Colas gigantes y Niko modula unos eructos, hablamos. Hablamos. Recomenzamos justo donde nos habíamos quedado. Como solo saben hacerlo los verdaderos amigos.

—Tenemos que tocar, hace mucho que no lo hacemos.

—Sí, y también tenemos que preparar el próximo partido.

—¿Contra quién jugamos?

—Contra los pavisosos de primero A.

—¿Los X-Men?

—Sí.

—Un paseo...

—Niko...

Me mira.

—¿Tú tienes miedo de la muerte?

—¿Qué cono pinta la muerte cuando tienes delante una Coca-Cola en un MacDonald's? Te has vuelto majara, Leo. Para mí que es por el pelo, deberías cortártelo: ya no te llega aire al cerebro.

Rompo a reír, pero en realidad estoy frío como el hielo.

—¿Qué te he dicho mil veces?

Remedo su voz metálica.

—¡No debes pensar en el blanco!

—Anda, vamos al centro a ligarnos a unas tías...

—No, tengo que ir a casa... a estudiar...

Niko ríe.

Yo finjo reír.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana. ¡Los machacaremos!

No es fácil ser débil.

Por Silvia he sabido que Beatrice está en el hospital. Silvia es la única que tiene derecho a contarme ciertas cosas. Beatrice necesita sangre. Transfusiones de sangre de su mismo grupo. Hay que luchar contra la sangre blanca y esperar a que se rehaga una sangre pura, nueva, roja. Luchar contra la sangre blanca puede salvar a Beatrice. No sé de qué grupo sanguíneo es Beatrice, pero sí que en el cuerpo tengo mogollón de esa sangre roja que se la daría entera con tal de verla transformarse en el rojo de su pelo. Pelo rojosangre.

Vuelo sobre mi bativespino sin decir nada a nadie. Todo se ha vuelto blanco: la calle, el cielo, la cara de la gente, la fachada del hospital. Entro y me acomete un olor a desinfectante que me recuerda la clínica del dentista. Busco su habitación. No pregunto dónde está, porque tengo una brújula en el corazón que apunta siempre directamente hacia su norte: Beatrice. En efecto, al tercer intento la encuentro. Me acerco y la miro desde lejos: duerme. Como una princesa durmiente. A su lado hay una mujer pelirroja: tal vez sea su madre. Ella también tiene los ojos cerrados. No me atrevo a aproximarme. Tengo miedo. Tampoco sé qué decir en estas circunstancias. A lo mejor Silvia sabría qué hacer, pero no la puedo estar llamando siempre...

Luego me acuerdo del sueño y de que Beatrice es mi sueño. Entonces voy a la recepción del hospital y digo que estoy ahí para donar mi sangre roja y para que la reemplacen por la blanca de Beatrice. La enfermera de turno me mira embobada.

—Oye, aquí no podemos perder tiempo.

La miro mal.

—Yo tampoco.

Comprende que estoy hablando en serio.

—¿Cuántos años tienes? —Con cara de asco.

Con cara de asco:

—Dieciséis.

Me dice que los menores de edad necesitan una autorización de los padres. ¡Esta sí que es buena! Quieres donar sangre para una persona que está enferma y tienes que pedir una autorización. Quieres construir un sueño o salvarlo y tienes que pedir una autorización. ¡Vaya mierda de mundo! Te animan a tener un sueño y después te impiden cumplirlo cuando acabas de empezarlo: son todos unos envidiosos. Y entonces te salen con que para soñar tienes que pedir una autorización y para no



pedirla tienes que ser mayor de edad. Me volví a casa. Tenía la impresión de flotar en un mar blanco, sin puertos, sin atraques. No pude hacer nada. No hablé con Beatrice ni le doné mi sangre. Voy a llamar a Silvia, si no esto va a acabar mal.

—¿Qué tal? —le pregunto.

—Más o menos, ¿y tú?

—Mal, no me han dejado donar sangre para Beatrice.

—¿Y eso?

—Si eres menor de edad necesitas una autorización.

—Me parece normal, puede ser peligroso...

—¡Cuando hay amor todo es posible! ¡No hace falta ninguna autorización!

—Claro... —responde Silvia, y permanece callada.

—¿Qué pasa? Hoy me pareces rara...

Repite mecánicamente mi penúltima frase, como si no me estuviera oyendo:

—Cuando hay amor todo es posible...

No consigo concentrarme en nada. Mi sueño se está desmoronando como un castillo de arena cuando sube la marea y lo reduce a escombros de apenas unos centímetros de alto. Mi sueño se ha vuelto blanco, porque Beatrice tiene un tumor. El Soñador dice que tengo que plantear las preguntas oportunas para descubrir mi sueño. ¡Pues probemos con esta mierda de leucemia! ¿Qué cono pintas tú entre mi vida y la de Beatrice? ¿Por qué envenenas la sangre de una vida tan llena que no ha hecho sino empezar? No hay respuesta a estas preguntas. Es así y punto. Y si es así, no sirve soñar. O al menos, más vale no hacerlo, porque daña más. Mejor tener sueños a lo Niko, los seguros, los que te compras. Me voy a comprar unas zapatillas nuevas, las Dreams, así los sueños por lo menos los llevas en los pies y los pisoteas.

Yo con los pies piso el suelo y pisoteo los sueños. El Soñador dice que los sueños tienen que ver con las estrellas: *de* más *sidera,* que en latín significa «estrella». ¡Trolas! La única manera de ver las estrellas no consiste en desear, sino en hacerse daño...

—¿Dónde coño estás?

La voz de Niko que sale tronando del móvil me saca de mi letargo. Tardo un nanosegundo en darme cuenta de que son las cinco y dentro de media hora tenemos el partido contra los X-Men.

—He tenido que ordenar mi cuarto, si no mamá no me dejaba salir...

Niko no me cree ni una palabra.

—Mueve el culo... Tenemos que recuperar el primer puesto de la liguilla.

Cuelga.

Es la primera vez en mi vida que me olvido de un partido.

No sé qué me está pasando. Debo de estar enfermo. Me pongo el termómetro, pero estoy bien.

Me sumo al grito con el que los Piratas celebran cada victoria: «¡Mucha mierda!».

Humillamos a los X-Men: 7 a 2; marco tres tantos.

Pero algo en mi fuero interno me impide disfrutar como es debido.

El terror a hundirme en la mierda...

El Soñador se ha inventado otra de sus clases no incluidas en el programa: ¡son las mejores!

Empieza leyendo un pasaje de un libro que lo ha impresionado, que está estudiando y analizando por pasión personal. Lo lee con ojos brillantes, como alguien que no puede dejar de compartir su alegría con el primero que pasa por la calle. Como cuando yo repito «Beatrice» en voz alta sin darme cuenta o quiero decir a todo el mundo que me ha salido bien un examen, lo que es muy infrecuente.

Esta vez nos ha hablado de un capítulo del libro *Momentos estelares de la humanidad,* en el que se habla de tres asedios y de tres saqueos.

—Roma, Alejandría, Bizancio. Tres ciudades repletas de tesoros, de belleza, de arte. Tres ciudades con las bibliotecas llenas de libros, que conservaban los secretos de largos siglos de literatura e investigaciones. Edificios atestados de rollos y de códices con los sueños de todos los hombres, que podían servir para los sueños de muchas más generaciones venideras. Sin embargo, aquellos sueños se esfumaron bajo los golpes de fuego de los bárbaros, los romanos, los turcos. Borraban con un gesto candente infinitas plantas con rollos que contenían los secretos de la vida. Quemaban el espíritu y sus alas. Le impedían volar como había hecho durante siglos, liberándose de los calabozos de la historia. El papel de los libros ardía como en aquella maravillosa novela de Bradbury que deberíais leer...

No sé qué significan exactamente las palabras del Soñador, pero suenan bien, y eso que jamás he oído hablar del tal Bradbury.

Al final de su parrafada apasionada, el Soñador no¿ ha preguntado «¿por qué?». Ninguno de nosotros ha sabido responder. Ha dicho que lo pensemos y que hagamos una redacción en casa. El Soñador está chalado. Cree que a nuestra edad estamos para discurrir sobre eso. Cuando tenemos que resolver cosas mucho más sencillas y concretas. Inmediatas y útiles: dónde copias la traducción de griego, cómo haces para salir con esa chica mona, cómo consigues que te den dinero para recargar el móvil después de habértelo gastado todo en SMS de cinco o seis palabras cada uno... cosas así. Francamente, uno no está acostumbrado a resolver ciertos interrogantes que te plantea el Soñador. No tienes la cabeza preparada para ciertas cosas. Ni siquiera sabes de dónde sacar las respuestas.

Porque las preguntas que hace no las encuentras en Google tecleando: Roma, Alejandría, Bizancio, incendio, espíritu, causas, libros... No sale nada. Porque en

internet no hay un texto que una esas palabras tan inconexas. Hay que rastrear la conexión. Por eso es tan difícil.

No sé si voy a hacerlo. Es realmente difícil, aunque tiene algo misterioso, pues por primera vez la respuesta no está en un sitio para copiarla. La respuesta tienes que encontrarla. Y puede que esté en juego algo más. He de intentarlo. Odio al Soñador, porque me embauca siempre, hace que me pique la curiosidad.

La ignorancia es lo más cómodo que conozco después del sofá del salón de mi casa.

He tratado de hablar con mi madre sobre la sangre que quisiera donar a Beatrice. No entiende, le parece una historia de vampiros, como las que se han puesto de moda. Le explico el asunto. Me dice que luego lo pensaremos, le parece una buena idea, pero seguramente ya muchos otros lo habrán hecho. Yo insisto.

«Habla con tu padre.»

Fórmula clásica de tirar la piedra y esconder la mano desde que el mundo es mundo. Es lo que haré. Llamo a Niko y quedamos. Tenía que escribir la redacción del Soñador pero no se me ocurría nada, a lo mejor la música me ayuda. A veces en la música se encuentran las respuestas que buscas, casi sin buscarlas. Y, aunque no las encuentres, al menos encuentras los mismos sentimientos que estás experimentando. Alguien más los ha experimentado. No te sientes solo. Tristeza, soledad, cólera. Casi todas las canciones que me gustan hablan de eso. Tocándolas es como si me enfrentase a esos monstruos, sobre todo cuando no consigo darles un nombre.

Sin embargo, una vez terminada la música, esas cosas permanecen. Ciertamente, ahora sabes reconocerlas mejor, solo que nadie las hace desaparecer por arte de magia. Tal vez tenga que emborracharme para eliminarlas. Niko dice que surte efecto. Beatrice sigue mala y antes de emborracharme quiero donarle mi sangre: no me gustaría que el alcohol la perjudicase, porque ella es pura. Tengo que hablar con papá.

Enseguida.

Papá no ha venido a cenar. Cuando ha llegado a casa era tan tarde que no me he atrevido a pedirle nada. No era el momento oportuno. Me habría fulminado y no podía desaprovechar la única posibilidad que tenía. Sigo despierto porque estoy intentando escribir la redacción para el Soñador. Los deberes difíciles siempre me han importado un bledo. Cuando no me salen me acuesto tranquilamente y al día siguiente los copio. No sé por qué en este caso hay en juego algo más, que me incita a aceptar el desafío. Como si, tirando la toalla, traicionara al Soñador o me traicionara a mí mismo.

Estoy delante de la pantalla del ordenador. Escribo las preguntas del encabezamiento: «¿Por qué Roma, Alejandría y Bizancio fueron quemados por sus conquistadores? ¿Qué impulsaba a los bárbaros, los árabes, los turcos? ¿Qué los hacía tan parecidos, pese a ser tan diferentes?». Blanco. No se me ocurre nada. Blanco como esta maldita pantalla. Blanco como la sangre de Beatrice. Llamo a Silvia. No responde. Silvia deja siempre encendido el móvil porque quiere que la pueda llamar en cualquier momento que necesite su ayuda. Silvia es mi ángel de la guarda. La única diferencia es que ella duerme de noche, y a veces no oye vibrar el móvil, como ahora. Tengo que arreglármelas solo.

Es tarde. Fuera está la negrura de la noche y mi mente está blanca. Procuro transformarme en uno de aquellos saqueadores de bibliotecas y me preguntó qué quiero conseguir prendiendo fuego a los libros que contienen. Doy vueltas por las calles polvorientas de Roma, de Alejandría, de Bizancio, que según he descubierto luego fue Constantinopla y más tarde Estambul, y en medio del estruendo y de los gritos de la gente hago arder miles de libros. Me desprendo de todos aquellos sueños de papel y los convierto en cenizas. Los convierto en humo blanco.

Esta es la respuesta. Incinerar los sueños. Quemar los sueños es el secreto para abatir definitivamente a nuestros enemigos, de modo que ya no tengan fuerzas para levantarse y continuar. Para que no sueñen con las cosas hermosas de su ciudad, con las vidas ajenas; para que no sueñen con los relatos de los demás, tan llenos de libertad y de amor. Para que no sueñen con nada. Si a la gente no le permites soñar, la esclavizas. Y yo, saqueador de ciudades, solo necesito esclavos para reinar tranquilo y sin que me molesten. Y así ya no quedarán más palabras. Solo blanca ceniza de los sueños antiguos. Esta es la destrucción más cruel: robar los sueños a la gente. Campo de concentración lleno de hombres calcinados con sus sueños. Nazis

ladrones de sueños. Cuando no tienes sueños, se los robas a los demás para que ellos tampoco los tengan. La envidia te quema el corazón y ese fuego lo devora todo...

Cuando termino de escribir fuera está oscuro como antes, y de la negrura de la noche yo he robado los signos que ahora llenan la pantalla blanca. He descubierto algo: estudiando, escribiendo. Es la primera vez, pero no voy a acostumbrarme... Y, como era de esperar, la tinta negra de la impresora se ha acabado y no me queda sino imprimir en color.

Rojo.

El Soñador va por los pupitres para ver el resultado del trabajo. Parece que todos lo han hecho. Por turnos, quien se apunte, puede leerlo en voz alta. Cuantos leen es como si se adentraran en el polvo y el fuego de hace siglos, y sin embargo estamos en el aula. Todos han escrito algo de lo que se sienten orgullosos, al menos los que se atreven a leer. Naturalmente, yo no me cuento entre ellos, leer en voz alta es como cantar. Suena la campana. Nos apresuramos a entregar nuestros trabajos, pero el Soñador no los quiere. ¡Increíble! Prefiere que nos quedemos con las respuestas que hemos encontrado. Y eso hacemos.

El Soñador está realmente loco. Te encarga un trabajo y luego no te pone nota. ¿Qué clase de profesor es el que no pone nota? Aunque hay que reconocer que ha conseguido que todos hagamos el trabajo. Hasta yo, en el corazón negro de la noche. Va a resultar que la nota no es imprescindible para que uno estudie. El Soñador permanece sentado cuando ya todo el mundo se está marchando del aula. Sonríe y le brillan los ojos. Confía en nosotros. Nos cree capaces de hacer cosas hermosas. Puede que no sea un completo fracasado.

No dejaré que los saqueadores quemen mis sueños y los reduzcan a cenizas. No se lo permitiré a nadie. Corro el riesgo de no volver a levantarme. Pero Beatrice me necesita a mí y no un montón quejica de escombros. Regreso a casa y pego encima de la cama la hoja de mi trabajo escrito en rojo. No quiero olvidarme de lo que he descubierto. No quiero, ya que es muy importante, pero tengo mala memoria. Debo escribirlo todo, si no me olvido. A lo mejor la única manera de defenderme de mi mala memoria es hacerme escritor.

Quiero hablar con Silvia; es la única que no me va a tomar el pelo. Como si hubiera escuchado mis pensamientos, se acerca, me coge del brazo y apoya su cabeza en mi hombro.

—¿Qué querías ayer? Hasta esta mañana no he visto tu llamada.

—Quería que me echaras una mano en el trabajo.

Silvia levanta la cabeza y me mira con una expresión triste.

—Por supuesto. ¿Qué más?

Se desprende y se aleja.

La miro marcharse con la sensación de no haber entendido, como cuando papá me dice algo y quiere decir otra cosa. Dicho sea de paso, tengo que hablar con papá antes de que se me olvide...

No hay nada que me pirre tanto como los «piques» con Niko. Los «piques» son pruebas peligrosas: de adrenalina que acelera tanto la sangre que casi la oyes galopar. Uno de mis piques preferidos es el de los frenazos. Vas pitando en tu scooter y frenas solo al final; el que se acerca más al coche que está delante sin estrellarse gana el pique. Así es como a mi bativespino se le han vaciado los frenos. Niko no puede conmigo en este pique, porque al final se caga de miedo, mientras que yo siempre freno un segundo después de que el instinto de supervivencia me haya dicho que frene. Basta un segundo, pero ahí reside la diferencia. Pues ese es el secreto para ganar un pique: hacer lo debido un segundo después.

Nada más ver el Porsche Carrera negro flamante en el semáforo, nos miramos y lanzamos con nuestros scooters a toda velocidad. Uno al lado del otro. Solo el viento trataba de pararnos, pero no podía. El asfalto resuena bajo las ruedas que muerden el alquitrán desmigajado. El culo del Porsche está cada vez más cerca, Niko y yo no podíamos estar más pegados, con el acelerador a tope.

Le echo una mirada a mi colega, la última antes de la etapa final. No puedo perder el pique. Solo nos separan diez metros del negro culo brillante del Porsche; Niko frena. Yo espero un instante, el tiempo de decir «uno». Como no frenes, estás muerto. Y yo no freno: un segundo que parece un siglo. La sangre te zumba en los oídos. Y mi rueda delantera besa, como una madre a su hijo recién nacido, el guardabarros del Porsche. Me vuelvo hacia Niko con el pelo alborotado tapándome los ojos, con la vista nublada por una descarga de adrenalina. Sonrío como se hace en las películas después de ganar un duelo. Niko rae debe el enésimo helado. No hay pique sin helado.

—¿Cómo lo haces? El miedo me atenaza las manos y tengo que frenar: es superior a mis fuerzas.

Chupo mi helado de fresa y nata.

—El miedo es blanco. La valentía es roja. Cuando veas el blanco, tienes que concentrarte en el rojo y contar hasta uno...

Niko me mira como a los enfermos mentales que creen que dicen cosas congruentes.

—Mañana jugamos. Debemos recuperar el primer puesto. Lo único que tenemos que hacer es ganar y confiar en que el equipo del Vándalo empate.

—El Vándalo... Se la haremos pagar...

Niko me da un manotazo en la espalda y mi nariz acaba clavada en el helado.

—Así me gusta.

Huye mientras lo persigo como uno de esos payasos con la cara blanca y la nariz roja...

Entro con papá en el hospital donde está ingresada Beatrice. Comprueban mi grupo sanguíneo. Es el mismo que el de Beatrice. Estaba seguro, tenemos la misma sangre, vivimos de la misma sangre. Hay cosas que uno siente. Mi vida está unida a la de Beatrice, por la sangre. Me preguntan si tomo drogas. Respondo que no. Y lo hago porque ahí está papá, que me aniquilaría, no sin dejar de pronunciar su amenaza preferida, «te reduciré al polvo de tu sombra». Hay que reconocerle que la frase no está mal.

Luego, sin embargo, cuando estoy a solas con la enfermera, le digo que hace un mes me fumé un porro. Pero solo uno, lo hice por probar. Estábamos en grupo. No quise quedar como un cagueta. Y además era por probar. La enfermera me tranquiliza. Por uno no pasa nada. Eso sí, si fuera un consumidor habitual no podría donar sangre. Mi sangre no serviría para nada.

Cerrado el capítulo porros. Si Beatrice necesitara más, mi sangre ha de ser perfecta, pura, inmaculada. Roja como el amor que siento por ella.

Me extraen una buena cantidad. Es mucho más oscura de lo que creía. Es rojo violeta y densa, como mi amor por Beatrice. Cuando veo salir la sangre de mi brazo, me mareo y durante un instante creo que me voy a desmayar, pero aguanto. La sangre, como el amor, aturde, aunque también te da fuerzas para superar tus limitaciones. .. Tengo la impresión de haber dado la vida por Beatrice, estoy medio muerto y pálido como un vampiro al revés: en lugar de chupar la sangre, la he dado por una vida.

Papá me lleva a desayunar.

—Estás pálido como la espuma de tu capuchino. Voy por otro cruasán. ¿Cómo lo quieres?

—Vaya pregunta... de chocolate.

Papá va a la barra y coge un cruasán rebosante de nocilla. Se sienta de nuevo enfrente de mí y sonríe, como solo sabe hacer por la mañana. De noche está demasiado cansado, después del trabajo.

—¿Te duele? —me pregunta señalando el brazo del que me han extraído sangre.

—Escuece un poco, pero nada más.

—Háblame de esa chica, ¿cómo se llama... Angélica?

Siempre he dicho que la memoria no es precisamente la principal virtud de mi familia.

—Beatrice, papá, se llama Beatrice, como la de Dante.

—¿Es una chica especial para ti?

No quiero hablarle de Beatrice y desvío el tema.

—¿Para ti quién es especial?

—Tu madre.

—¿Cuándo lo descubriste?

—Cuando la vi por primera vez, en un crucero que mis padres me regalaron como premio por haber aprobado la selectividad. Tenía una manera de moverse, de doblar la cabeza cuando sonreía, de recogerse el pelo largo que le tapaba los ojos...

Papá parece soñar, con la mirada perdida en un pasado que corre delante de sus ojos como el principio de una película romántica, de esas que yo no soporto.

—¿Y después?

—Después me acerqué a ella y le dije: «¿Está usted también en este barco, señorita?», pero solo al cerrar el signo de interrogación me di cuenta de que la frase no tenía ningún sentido, sino que más bien era bastante absurda, ya que la veía por primera vez.

—¿Y ella?

—Sonrió y respondió mirando alrededor, fingiendo que buscaba a alguien: «Parece que sí...», y se puso a reír.

—¿Y luego qué pasó?

—Luego hablamos, hablamos, hablamos.

—En tu época no hacíais nada más que hablar...

—Oye, chaval, no le faltes el respeto a tu padre.

—¿Y de qué hablasteis?

—De las estrellas.

—¿De las estrellas? ¿Y te prestó atención?

—Sí, yo era un apasionado de las estrellas, me había comprado mi primer telescopio estando en el instituto y sabía reconocer las constelaciones. Así que le conté las historias de las estrellas, que desde el puente del barco, en aquella noche

fresca y despejada, podían verse sin necesidad de telescopio. Y ella, a diferencia de otras chicas, atendía y hacía preguntas.

Calló, como si hubiera terminado la primera parte de una película romántica. Lo saqué de sus ensoñaciones.

—¿Y después?

Papá respira hondo y responde de un tirón, frotándose una mejilla y aprovechando para ocultar un poco el rostro entre las manos.

—Después le regalé una estrella.

—¿Que hiciste qué?

—Que le regalé una estrella, la más luminosa en aquella noche sin luna: Sirio, la única estrella que puede verse desde cualquier lugar habitado de la Tierra y capaz, en una noche sin luna, de proyectar las sombras de los cuerpos. Nos prometimos que la miraríamos todas las noches, allí donde estuviéramos, y que pensaríamos el uno en el otro.

Me echo a reír. Papá regalando Sirio a mamá... le doy una palmada en el hombro.

—Qué romántico... ¿Y ella?

—Ella sonrió.

—¿Y tú?

—Yo habría dado cualquier cosa por que una mujer así existiese de verdad en mi vida, y no solo en un crucero.

Papá calla. No parece que quiera añadir nada más. Tengo la impresión de que está a punto de ruborizarse; entonces, para esconderse, se quita de la boca las migas del bollo, luego me mira y dice:

—Estoy orgulloso de ti, Leo, por lo que has hecho.

Se me destaponan los oídos, como si hasta ese instante hubiese estado sordo.

—Creo que hoy has empezado a ser hombre: has hecho algo que nadie te había aconsejado o que había decidido por ti. Lo has elegido tú.

Guardo silencio y aprovecho la situación.

—¿Puedo entonces elegir otro cruasán?

Papá mueve la cabeza en señal de cómplice resignación y me sonríe.

—Has salido a tu padre...

Hacía un siglo que no pasaba tanto tiempo con mi padre. «Estoy orgulloso de ti», es el lema de hoy. Por lo demás: reposo. Debo recuperar fuerzas. Estoy agotado, pero también feliz.

No he vuelto a ver a Beatrice. Ya no está ingresada en el hospital; ha regresado a casa. Ha terminado la primera parte de la quimioterapia. Una especie de antibiótico contra el tumor. Estoy seguro de que le hará bien. Beatrice es fuerte: tiene tanta juventud y belleza que necesariamente tiene que salir de esta. Me gustaría visitarla, pero Silvia dice que Beatrice no quiere ver a nadie. La enfermedad la ha dejado extenuada y no tiene ganas de hablar. Pero a mí me gustaría verla. De todos modos, ahora va a tener mi sangre y será como estar aún más cerca de ella. Por dentro. Unidos. Ojalá que mi sangre le haga bien.

Me siento feliz y cansado. Así es el amor.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué no corres? No das una...

Estoy hecho polvo. No debía jugar el partido después de donar sangre. La enfermera me dijo que debía guardar reposo todo el día. Yo no conté que iba a jugar, no podía faltar al partido. Ahora estoy sin aliento, empatamos a 2 con esos mierdecillas de primero, que están jugando su partido del siglo. He fallado cantidad de goles, más que Iaquinta en uno de sus peores días...

—Estás blanco como la Muerta...

La Muerta es una chica de último curso super emo. Una sola mancha negra sobre una piel blanca casi transparente. Tengo arcadas y me falta el aliento. Me paro en el borde del terreno de juego. La cabeza me da vueltas...

Me tapo la cara con las manos y me acuclillo, esperando que la sangre me vuelva al cerebro. Me pica la piel y tengo frío.

—No puedo, Niko.

Niko me mira, con cara de asco.

El partido termina en empate.

En el vestuario, Mechón, Tranca y Espuma están hablando mal de mí.

—El equipo del Vándalo ha perdido. Podíamos haberles sacado ventaja. Ahora seguimos teniendo un punto menos. Y todo porque te has vuelto maricón... no aguantas ni un partido...

—Hoy he donado sangre...

—¿Tenías que hacerlo precisamente hoy? ¿Cuando sabías que jugábamos?

Ni siquiera respondo.

Salgo del vestuario y dejo que el viento me dé en la cara para que seque mis lágrimas de rabia. Cuando haces algo bueno, en este mundo siempre lo pagas... la gente no sabe una mierda sobre el amor. Solo piensa en el fútbol y ni se molesta en preguntarte por qué cuernos has tenido la idea de donar sangre...

Beatrice ha regresado al instituto. Está más flaca. Más blanca. El pelo corto, de un rojo más opaco y apagado. Los ojos siempre verdes, pero más velados. Quisiera cruzarme con ella y decirle que estoy a su lado, que le he donado mi sangre, que estoy encantado de verla de nuevo, pero luego comprendo que es mejor no decirle nada. Me limito a sonreírle cuando nos cruzamos en el recreo. Ella me mira durante un instante como si me reconociese, y me devuelve la sonrisa. Su sonrisa no es roja como antes, es más blanca. Sin embargo, ella es el corazón de mi sueño. Mi sueño es rojo y tengo que transmutar aquel blanco en el rojovioleta que he visto salir de mi brazo. Ya no tengo dudas. En esa sonrisa yace el sentido de cuanto estoy buscando.

No dejaré que te vayas. No dejaré que te lleve ese tumor blanco. Antes me lo pillaría yo por ti. No dejaré que te pase, pues tú eres mucho más necesaria que yo en este mundo. Quiero que lo sepas. Y por eso voy a escribirte una carta diciéndote que estoy contigo y que si necesitas algo puedes pedírmelo en cualquier momento. Hoy, en cuanto vuelva a casa, escribiré la carta. Ha de ser la cosa más bonita y roja que haya hecho jamás en mi vida. Ha de ser perfecta.

Es curiosa la marcha que te dan los sueños, se parece a la de una transfusión de sangre. Es como si te entrase la sangre de un superhéroe en las venas.

Nunca he escrito una carta y tampoco puedo descargarla de internet. En internet todo es viejo. No puede haber una carta de Leo a Beatrice; esa carta tengo que escribirla yo por primera vez. Pero la cosa me gusta, porque voy a escribir algo que nadie ha escrito jamás. Será la primera vez. Estoy emocionado. Cojo papel y boli y me pongo a escribir.

Primer problema: el papel sin rayas. La escribo en el ordenador. Pero nada más empezarla renuncio porque es blanca como el hielo, fría. Así que cojo de nuevo la cuartilla blanca y comienzo a escribir, pero los renglones me salen torcidos, las palabras se despeñan. Dan pena: por culpa del blanco total. No puedo mandarle una carta de analfabeto. ¿Qué puedo hacer?

Se me ocurre una idea. Imprimo una hoja en blanco con rayas negras tan gruesas que parece el pijama de papá. La coloco debajo de la cuartilla blanca y uso las rayas negras como plantilla. Una idea genial. Para vencer al blanco que te hace escribir torcido se necesita una plantilla de líneas negras, gruesas y fuertes. Ahora todo lo que hay que hacer es llenar esas líneas. Solo que esta es la parte más difícil.

Querida Beatrice, ¿cómo estás?

Ayer te vi en el instituto y te sonreí y tú me sonreíste. No sé si te acuerdas. Sí, yo soy ese. El del pelo de loco: Leo. Te escribo porque quiero estar a tu lado en este momento. No sé muy bien qué hay que decir en una situación así. Si tengo que hacer como si no supiera que estás mala, si tengo que hacer como si no te hubiera donado sangre, si tengo que hacer como si no me gustaras... total, que no puedo fingir. Todo eso ya te lo he dicho: estás mala, te he donado sangre, me gustas. Ahora puedo hablar más libremente, porque he terminado con las cosas importantes. Las que uno tiene que decir necesariamente, pues si no las dice es que se hace el tonto y si se hace el tonto luego se siente mal. Pero yo contigo quiero ser sincero, porque tú eres parte de un sueño. Como nos dice el profe Soñador. A ver, no es que su apellido sea Soñador, es el profe que sustituye a Argentieri y como está siempre hablando de sueños le hemos puesto ese mote. Yo estoy buscando mi sueño. El secreto consiste en plantear las preguntas oportunas. Las preguntas oportunas a las cosas y a las personas que nos importan y escuchar lo que el corazón nos responde. ¿ Tú tienes algún sueño? ¿Lo has pensado?

Te mando un fuerte abrazo y espero recibir pronto noticias tuyas.

Leo, de primero D.

No tengo la dirección de Beatrice. Tampoco tengo un sobre... Mejor así: tampoco sabría cómo escribir las señas, dónde poner el sello y todo lo demás. Me da vergüenza preguntárselo a mamá. Así que salgo. Monto en el scooter. Compro un sobre. Meto la carta. En letras mayúsculas escribo «Para Beatrice» y luego voy a casa de Silvia para que me diga la dirección, así podré dejar el sobre en el buzón de su casa.

Mi bativespino es una alfombra voladora de felicidad, vuela hacia su meta. No puedo confiar al correo italiano la carta de mi vida. Voy volando hacia el azul como el mensajero de una herencia de miles de millones. Mi corazón late al ritmo de los giros de las ruedas de mi scooter. Río, canto, y no oigo nada. Tampoco el claxon que a mi derecha chilla que tendría que haberme acordado de reparar los frenos. Y no estoy en un pique de frenazos, no ha habido tiempo de pasar miedo, ni de contar hasta uno, ni de frenar...

Después, blanco.

Cuando me despierto estoy en una cama blanca, de hospital. En el cerebro, el blanco. No recuerdo nada. Me parece que mi cabeza está separada del resto del cuerpo. Quizá he sido secuestrado, sedado y transformado en un superhéroe. Me pregunto qué poderes he adquirido: ¿volaré, me teletransportaré, seré invisible, leeré el pensamiento...? Intento teletransportarme, pero me doy cuenta de que no puedo moverme ni un centímetro. Es a causa de algo rígido que llevo al cuello y que me sujeta el tronco y la cabeza. Por primera vez entiendo lo que siente Terminator cuando tiro de él con la correa.

Abro los ojos: mamá está a mi lado. Tiene los ojos rojos.

—Pero ¿qué ha pasado?

Mamá me dice que un coche me ha atropellado. Eso es al menos lo que han contado quienes vieron el accidente. No recuerdo nada o casi nada, solo tengo una noción vaga. En resumidas cuentas: me he roto una vértebra y tengo que permanecer en cama inmóvil no menos de diez días. Para colmo, tengo una muñeca rota, la derecha, que ya me han escayolado: nada de deberes. Pero ¿quién la ha liado tan gorda (o solo gordita)? Mamá me cuenta que quien me ha atropellado no paró. Se dio a la fuga. Un transeúnte apuntó la matrícula, papá se encargará. Ahora lo importante es que me recupere y que pueda levantarme pronto, pero este año ya puedo olvidarme de la semana blanca y del snowboard... Cuando salga prácticamente será Navidad.

Me entra una rabia para mí nueva. Tan fuerte que podría descargarla contra mi madre, que no tiene ninguna culpa. Ahora me acuerdo. Le estaba llevando la carta a Beatrice, acababa de salir de la casa de Silvia, con las señas escritas en el sobre. Luego se hizo la oscuridad. ¿Dónde estará la carta? La tenía en el bolsillo. Ahora tengo un pijama, un corsé y la escayola... dónde habrá acabado la carta.

Mierda. Ha vuelto a pasarme: quería hacer algo bueno y por lo que sea me he caído de culo. ¿Quién habrá inventado la mala pata? ¿Yo qué cono pinto? ¿Qué culpa tengo? A tomar por culo, ya no amo más.

Eso sí, ya sé en qué superhéroe me he convertido: Gafeman.

He dormido al menos un siglo, a juzgar por la jaqueca que tengo cuando abro los ojos y por la luz que daña mis pupilas. En cuanto consigo despejar mi identidad y saber dónde me encuentro, veo dos ojos celestes como el azul del alba cuando pugna por hacerse intenso. Son los ojos de Silvia, azules como el cielo sin nubes. Silvia es el hada turquesa y yo Pinocho. Hace que me sienta normal hasta en mi armadura de yeso. Sonrío con los ojos apretados. Silvia se apresura a cerrar las cortinas para que la luz no me moleste.

—¿Tienes sed?

Me pregunta antes de que yo pueda conectar mi boca seca con el cerebro y el cerebro con la boca seca para formular mi deseo. Me sirve un vaso de zumo de piña que ha comprado expresamente para mí. Mi preferido. Cuando aún no he tenido tiempo de manifestar un deseo, Silvia ya lo ha satisfecho. Si no fuese solamente una amiga, tal vez podría amarla.

Pero el amor es otra cosa. El amor no da paz. El amor es insomne. El amor es elevar a potencia. El amor es veloz. El amor es mañana. El amor es tsunami.

El amor es rojosangre.

Viene a verme Niko. Al principio tiene la mirada baja.

—Perdóname, Leo, por lo del otro día en el partido... imagínate si te mueres... me habrías dejado aquí solo con ese hatajo de pringados... se habrían acabado los Piratas, los piques, la música... no vuelvas a gastar estas bromitas...

Sonrío feliz. He recuperado a Niko. Prácticamente no nos habíamos dirigido la palabra desde el partido. Ninguno de los dos quería pedir disculpas. Tenía que hacerlo él. Yo me había encontrado mal y punto.

—¿Para cuántos días tienes?

—De escayola, más órnenos un mes; por suerte es una fractura abierta...

—Bien, entonces solo te perderás un partido. Ojalá podamos ganar sin ti...

—Haz jugar a Tranca. No es bueno con los pies, pero sabe ubicarse en el terreno. Tendrá que entrenarse un poco más. Además, el próximo partido no es complicado...

—Pero sin ti no me divierto, Pirata...

Sonrío.

—Ya verás que me repongo enseguida y luego iremos por esa copa. Nadie puede parar a los Piratas, Niko, nadie... Y no olvides que tenemos una cuenta pendiente con el Vándalo...

Niko se pone de pie y se coloca en posición de himno nacional italiano. Con la mano sobre el corazón canta en voz alta y yo lo sigo. Cantamos a grito pelado. Cuando la enfermera entra para ver qué está pasando, rompemos a reír...

—¡Como no os portéis bien, a los dos os pongo anestesia total! ¿Es que tú ni enfermo puedes portarte como es debido? De repente, Niko la mira serio y arrobado.

—¿Quieres casarte conmigo? La enfermera, desarmada, se echa a reír. Niko se vuelve hacia mí, suspirando.

—Me ha dicho que sí.

También el resto de la clase viene a verme. Estoy contento. A saber por qué para ser el centro de atención hay que estar tan hecho polvo. En la vida hay veces que te dan ganas de hacer algo espectacular para que ya nadie te pueda seguir ignorando: para que todo el mundo te mire y hable de ti. Sobre todo en aquellos momentos en que te sientes solo y lo que quieres es escupir tu soledad a la cara de los demás. Entonces te da por tirarte de una ventana, así todos esos capullos que te dejan solo entenderán lo que estás sintiendo y lo que significa dejar solo a alguien. En cualquier caso, parece que no hay nada mejor que el dolor y la desdicha para que el mundo se ocupe de ti y te quiera.

Me han traído mis cómics preferidos. Silvia ha pintado un cuadro para mí. Es pequeño. Hay una barca en medio del mar, cuya proa apunta hacia el horizonte azul, donde el cielo y el mar se mezclan. Es como si estuviese pintado desde dentro de la barca. Lo he colgado enfrente de mí. Me hace compañía, cuando me quedo solo en esa habitación de hospital. Es una habitación doble, pero de momento estoy solo. Menos mal. Me avergonzaría mogollón mear en la cuña delante de otro, y aún peor si la sostuviera una enfermera. .. Durante un instante envidio a Terminator, al que no le da el menor apuro mear delante de tropeles de perros y filipinas. Los perros no saben siquiera ruborizarse.

Niko me ha traído un CD. Lo escucharé con calma y podremos tocarlo cuando me levante. Mis otros compañeros también me han traído cosas. Es bonito ser el centro de atención, aun a costa de unos huesos rotos.

Es bonito dejarse querer...



Desde hace unos días tengo un compañero de habitación. Un hombre corpulento. Inmenso. Un elefante urbano. Se ha fracturado dos vértebras. Tiene que permanecer inmóvil y hacerlo todo en la cama: hasta sus necesidades. Detesto su olor. Mira continuamente el techo o la tele, que está más o menos en el techo. Hablamos de vez en cuando. Es un tipo simpático. Pese a que está hecho una pena, no pierde la calma. Solo se enfada a veces, cuando tiene dolores o no puede dormir. Tiene mujer, que lo cuida. Su hija y su hijo lo visitan con frecuencia.

Es bonito tener una familia a tu lado cuando estás malo. ¿Qué haces si no tienes familia, mujer, hijos? ¿Quién cuida de ti cuando estás malo? Gracias al Elefante he comprendido lo que significa tener una familia. No es que yo no tenga una. Pero he comprendido lo que hasta ahora no había comprendido. Porque las cosas tienen que pasarte para descubrirlas y comprenderlas. Y por eso tu padre y tu madre te parecen dos coñazos profesionales, que están ahí solo para prohibirte hacer las cosas que te apetecen.

Gracias al Elefante, a su mujer y a sus hijos ya no tengo dudas: de mayor quiero tener una familia unida como la suya. Porque aunque estés malo lo aguantas bien y consideras que tu vida ha tenido sentido: sabes que hay alguien que te quiere cuando estás malo. Alguien que soporta tu olor. Solo quien bien te quiere con tu olor te quiere de verdad. Te da fuerzas, te da serenidad. Y me parece un buen modo de defenderse contra los dolores que surgen en la vida.

Esto tengo que recordarlo. Sí, debo recordarlo para incluirlo en mi sueño cuando sea mayor. Con Beatrice. Desde ahora ya amo su perfume. El perfume irresistible de los sueños, de la vida, del amor.

Entra el Soñador. No me lo puedo creer. Un profesor visitando a un alumno en un hospital. Mejor dicho, un suplente. Me siento un rey que toca el cielo con un dedo o algo semejante. El Soñador se sienta al lado de la cama y me habla del instituto. Los exámenes, los deberes y algo sobre el programa. Ya estamos terminando el cuatrimestre, las vacaciones de Navidad están a la vuelta de la esquina. En la pizarra han aparecido los adornos plateados y Barba, el conserje con una barba tan larga y tupida que en ella podrían colgarse las bolas de Navidad y las luces, ha preparado su árbol medio seco. Me lo imagino, siento no estar ahí, en uno de esos raros momentos en que el insti se vuelve divertido.

El Soñador me cuenta que a mi edad él también se rompió un brazo jugando al fútbol. Me enseña la cicatriz que le ha quedado de la operación. Por suerte, a mí no han tenido que operarme y no estaba consciente cuando me recolocaron el hueso. Cuánto dolor te ahorras cuando estás dormido. El problema empieza al despertarte.

En fin, el Soñador es francamente divertido, porque te cuenta las cosas como otro cualquiera. O sea, que es normal. Tiene una vida como la mía. Me cuenta incluso un chiste, que no da risa, pero yo me río para no chafarle la intención. Me pregunta cómo llevo mi sueño y le cuento hasta dónde he llegado. Y le digo que todo se ha hecho añicos con el accidente y que no sé si quiero seguir, pues cada vez que lo intento pasa algo malo: primero Beatrice, ahora yo. El Soñador sonríe y me dice* que eso forma parte de los sueños verdaderos.

—Los sueños verdaderos se construyen con obstáculos. Si no, no se transforman en proyectos, sino que se quedan en sueños. Esta es justo la diferencia entre un sueño y un proyecto: los azotes, como en el cuento de mi abuelo. Los sueños ya existen, se van revelando poco a poco, tal vez de manera distinta de como los habíamos soñado...

Estaba a punto de hacerme creer que tenía suerte de estar en cama con la espalda rota. Rechazo la idea y se lo digo.

—No me cabía duda.

Reímos. Sin embargo, me explica que si estoy en esa cama es porque estaba haciendo algo especial, estaba cumpliendo mi sueño llevando la carta. Y si un sueño tiene tantos obstáculos, significa que es el oportuno. Le brillan los ojos. Al despedirme de él, me confundo y lo llamo Soñador. Ríe y añade que sabe que lo

llamo así. Se marcha y me muerdo los labios porque el Soñador lo encaja todo, hasta los apodos. ¿Quién ha dicho que para tener autoridad hay que ser antipático?

La visita del profe me ha puesto de buen humor: tengo ganas de salir de aquí, de cenar con mamá y papá, de sacar a Terminator a mear, de tocar con Niko, de besar a Beatrice... Aunque, en el fondo, el Soñador me cabrea un poco y es que... me da rabia reconocerlo... quiero ser como un suplente pringado de historia y filo.

Mi madre ha encontrado la carta. Está manchada de sangre y asfalto. Estaba en el bolsillo de los vaqueros. Los vaqueros los ha tirado. Estaban rotos. Pero antes de tirarlos ha rebuscado en los bolsillos. Dos euros. Un elástico. Un cromo de Bart. Chicles. Una carta. Mi sangre está en esa carta. Ya agrumada y seca. Y enmarca el nombre de Beatrice. Es la segunda vez que doy sangre por ella. Y ello me hace feliz, como la primera vez. Releo la carta. Es una carta bonita, aunque hay palabras ilegibles, manchadas como están de sangre. Tengo que encontrar la forma de hacérsela llegar. ¡Si pudiera levantarme solo de esta cama!

Gandalf también ha venido a visitarme. No me lo esperaba. Tiene veinte mil clases, al menos ocho millones de alumnos, su parroquia y un centenar de años y de kilos que llevar a cuestas todos los días, con ese cuerpo transparente que se parece al Espíritu Santo en el que tanto cree... y sin embargo viene a visitarme. No es que me moleste, más bien me conmueve. No me lo esperaba. Me pide que le cuente qué ha pasado. Se lo cuento todo, también lo de la carta. Me siento a gusto. No le digo que se trata de Beatrice, me voy por las ramas. Me dice que soy un hijo predilecto de Dios. Yo le digo que no quiero oír hablar de Dios, porque si existiese no habría dejado que Beatrice enfermara.

—Si Él es omnipotente y omnitodo, ¿por qué me ha hecho esto? ¿Por qué ha querido hacerme sufrir y hace sufrir a otros como yo que no hacen nada malo? ¿Cómo voy a ser su hijo predilecto? No entiendo a Dios. ¿Qué clase de Dios eres si existe el mal?

Gandalf me dice que tengo razón. ¿Cómo que tengo razón? ¿Lo provoco y me da la razón? Anda... Los curas deberían al menos defender sus posturas. Gandalf me asegura que también Jesús, que era el Hijo de Dios, se sintió abandonado por su Padre, y se lo gritó en el instante de su muerte.

—Si Dios trató así a su hijo, tratará igual a todos los que considera sus hijos predilectos.

¿Qué clase de razonamiento es ese? Sin embargo, no he podido rebatirle, porque eso es —dice Gandalf— lo que cuentan los Evangelios.

—Para cualquiera es fácil concebir un Dios fuerte, no un Dios débil y que además se sintiera abandonado por su Padre en el instante de la muerte.

Gandalf ve la sangre en la carta que tengo cerca de mí sobre la mesilla. Y me dice que le recuerda su crucifijo: una carta dirigida a los hombres, firmada con la sangre de Dios, que nos salva con esa sangre. Detengo a Gandalf, si no me suelta un sermón de nunca acabar y no creo que sea lo procedente. Eso sí, me lo ha puesto difícil y además la idea de la sangre me gusta. Como he hecho yo con Beatrice. Puede que sea lo único cierto en toda esta cháchara sobre Cristo: el amor consiste en dar la sangre. El amor es rojosangre.

—Leo, no hay una respuesta convincente para el dolor. Sin embargo, desde que Cristo murió por nosotros en la cruz existe un sentido. Existe un sentido...

Lo abrazo tan afectuosamente como puedo. Cuando ya se ha marchado, reparo en que se ha dejado su crucifijo sobre la carta para Beatrice. Detrás de aquel trozo de madera en forma de T está escrito «Dar la vida por los amigos es el mayor amor que hay». No está mal como frase. Quiero recordarla. Guardo el crucifijo en el sobre, cuando vuelva al instituto tengo que devolvérselo a Ganfalf, y además me da vergüenza que me vean con un crucifijo: da mala suerte...

Estoy harto de seguir paralizado en la cama. Hartísimo. Los días no terminan nunca. La incomodidad de la postura y el brazo escayolado, que me pica tanto que me lo arrancaría. Los minutos no pasan. La única manera de llenarlos es no pensar. Tengo la tele encendida todo el rato porque así me mantengo distraído. Y es que si me concentro en mi cuerpo siento dolor; si me concentro en mis pensamientos siento todavía más dolor. ¿Por qué será que el dolor ha decidido convertirse en mi mejor amigo?

Como dice el Soñador, es necesario para que los sueños se hagan realidad, y por eso lo soporto, aunque prescindiría de él con mucho gusto. Porque tiene que haber otro modo de conseguir las cosas... probablemente sin esfuerzo... también me canso de ver la tele. No sé por qué, ya que estoy quieto en la cama. Pero es un hecho. La tele me cansa. Todo es igual: una anestesia total. La mitad de las historias de la tele tratan sobre los secretos de las personas; la otra mitad sobre lo que hacen las personas cuando se descubren sus secretos. Yo tengo un secreto, pero no se me ocurre ir a contarlo en la tele.

Mi secreto es Beatrice.

Silvia ha venido a verme. Me ha traído un libro. Es un libro de relatos breves.

—Así te entretendrás.

Silvia es como la resaca del mar: aunque no la oigas, siempre está. Y si la oyes, te mece. Si la amara, me casaría con ella ahora mismo, pero el amor no es resaca, el amor es tempestad. Le pregunto por Beatrice. Me cuenta que está otra vez ingresada. Para la segunda parte de la quimioterapia.

—Está aquí, en tu mismo hospital.

No me lo puedo creer. Duermo bajo el mismo techo que Beatrice y no lo sabía. La cosa me eleva a un éxtasis hipercinético. A Silvia apenas le digo nada porque el pensamiento es demasiado bonito para no disfrutarlo solo. Después quiero volver sobre él para hacer algo. Es más, voy a hacerlo enseguida.

—¿Por qué no le llevas mi carta? —pregunto a Silvia.

Me contesta que no procede y baja los ojos, casi triste. Quizá tenga razón. Beatrice duerme mucho durante la quimio; la deja agotada. Beatrice vomita con frecuencia. No se atreve a ir a verla para darle la carta de otro. Puede que no sea el momento oportuno. Creo que Silvia tiene razón.

Hablamos del insti. Erika-con-ka está saliendo con Luca. Parecen una pareja inseparable. Lo raro es que Erika-con-ka, que sacaba siempre buenas notas, ha suspendido ya dos exámenes. Un día antes estaba con Luca. Luca nunca ha estudiado mucho y saca a Erika-con-ka todas las tardes. Vaguean y se besuquean mogollón. Erika-con-ka dice que ha descubierto que en el fondo el estudio no es importante. Ahora que conoce el amor ve todo lo demás con otros ojos. Porque no hay nada como el amor para que uno se sienta bien. Erika-con-ka tiene razón, coincido con ella. Le digo a Silvia que la felicidad consiste en tener el corazón enamorado. Silvia me da la razón, aunque dice que resulta raro que se cambie de personalidad al enamorarse. Si Erika ha estudiado siempre, ¿por qué tiene que dejar de hacerlo ahora que está enamorada? Es como si se hubiera convertido en una simple Erica-sin-ka: no parece ella.

La agudeza de Silvia es sorprendente, no menos que la sencillez con que se explica. Me ha hecho dudar hasta sobre mi sueño intocable del enamoramiento. Le pregunto si alguna vez se ha enamorado. Silvia asiente y mira al vacío.

—¿De quién?

—Es un secreto. A lo mejor algún día te lo cuento.

—Vale, Silvia, respeto tu intimidad, pero quiero que sepas que puedes contar siempre conmigo, para el secreto que sea.

Silvia sonríe dubitativa y luego me habla de Nicolosi. Nicolosi es la profe de educación física. Una mujer de unos cincuenta años, que en su juventud debió de ser guapa, pero que ya no lo es. Procura de todas las maneras posibles aparentar que es joven, y resulta ridícula. Solo que nadie se atreve a decírselo. No es como Carnavale. Carnavale es la profe de biología. Ella, aunque tiene cincuenta años, sigue siendo guapa, una mujer guapa de cincuenta años. En cambio, Nicolosi se viste como una veinteañera, por eso resulta ridícula. Total, que Silvia me ha contado que Nicolosi había ido a clase con una minifalda tan corta que los chicos se habían puesto como locos.

—¡Vaya, lo que me he perdido!

Silvia se queda cortada.

—¡Eres un cerdo!

—No, un león...

En fin, lo cierto es que los chicos le han hecho fotos con los móviles.

—¿A ti no te gusta que te miren?

Silvia vacila un instante.

—Sí... muchísimo... pero no quiero forzar a nadie a mirarme, y una mujer sabe cómo forzar. En cambio, hay mujeres que prefieren esperar a una persona que esté allí solo para ella y desee descubrirla poco a poco: como pasa en un sueño...

Eso es algo sobre lo que también debo reflexionar. Los sueños son como las estrellas: las ves brillar todas, cuando se apagan las luces artificiales, y eso que estaban ahí desde antes. Tú no las veías, por el excesivo fulgor de las otras luces. Silvia me fuerza a reflexionar. Lo hace a propósito. Y yo me quedo dormido casi enseguida. No estoy hecho para reflexionar largo rato. Me duermo lamentando lo que me estoy perdiendo en el instituto. Aunque antes de sumirme en la oscuridad se me antoja que no estoy perdiéndome nada imprescindible para vivir...

Ya es oficial: estudiar no sirve. Si algún día soy ministro de Educación, lo primero que haré será cerrar las escuelas.

Al despertarme recuerdo que en este mismo hospital está Beatrice y chupo ese pensamiento como un Mentos. Eso me hace olvidar el dolor, el malestar, la televisión. Cuando la persona más hermosa que conoces está cerca de ti, todo se transforma, incluso las cosas feas. Antes no tenían sentido. Luego se vuelven sensatas. Tengo que trazar un plan. Quiero al menos verla. Ya puedo levantarme de la cama. Subo el brazo al cuello y el cuello está rígido por el collarín, pero ya no tengo que quedarme inmóvil. Las radiografías dicen que estoy bien.

Así que me decido. Bajo de la cama. Con la pinta que llevo, no soy precisamente un guaperas, ni siquiera puedo quitarme el pijama. Qué se le va a hacer. En un hospital te acostumbras a ver a la gente en pijama. Es increíble la rapidez con que te haces a estar en pijama delante de un desconocido. En un hospital pasa eso. Tal vez porque todos somos un adefesio frente al dolor y el sufrimiento. Todos tan semejantes, que el pijama es el mejor uniforme para suprimir las diferencias. Yo tengo un elegantísimo pijama de papá. Mamá me lo ha traído porque es más ancho y vale para la escayola. Y además huelo el olor de papá, que me hace sentirme en casa.

Así tan elegante me lanzo por los pasillos de la unidad femenina. No me atrevo a preguntar por Beatrice directamente a las enfermeras, y me muevo como si estuviese dando un paseo. Me asomo a las habitaciones de la unidad de oncología. Silvia me ha dicho que así se llama la unidad de los tumores. No sé bien por qué, pero ese «onco» seguramente es algo del griego relacionado con los tumores, porque la «logia» que contiene la palabra siempre acompaña a otra griega. Tengo que buscarlo en el diccionario cuando vuelva a casa. ¡El diccionario, maná para los ocultistas! No lo echo nada de menos. Me asomo a las habitaciones. Como en mi unidad, la mayoría de los ingresados son mayores. Viejos. Yo soy una especie de mascota. El Elefante tiene setenta y cinco años... El hospital es como una galería de viejos blancos. Los jóvenes ingresan en un hospital porque tienen mala pata; los viejos, porque son viejos.

Pero si ves una cabeza con escaso pelo rojo sobre una almohada blanca, como si fuese una rosa sobre la nieve o el sol en el centro de la Vía Láctea, esa solo puede ser Beatrice durmiendo. Sí, es Beatrice durmiendo. Entro. Su vecina de habitación es una vieja con la cara llena de arrugas que parecen talladas. Me sonríe como un papel de plata arrugado.

—Está muy cansada.

También le sonrío. Me acerco como una momia rígida a la cama de Beatrice. Me asusto. Porque tiene encima un gotero y un tubo acaba directamente en su muñeca. Entra en sus venas y una aguja que hiere la piel de Beatrice deja entrever su sangre roja. En aquellas venas está circulando también mi sangre. Mis glóbulos más rojos que nunca devorando los blancos de ella y volviéndolos rojos. Noto el dolor de Beatrice y quisiera que fuese mío y que ella estuviera bien. Total, de todas formas tengo que estar en el hospital.

Beatrice duerme. No es como la recordaba. Está indefensa. Está pálida, un extraño color azul cerca sus ojos y sé que no es maquillaje. Duerme. Sus brazos, envueltos en un ligero pijama azul, están tendidos hacia los lados. Sus manos son delicadas y delgadas. Nunca la había visto tan de cerca. Parece un hada. Está sola. Duerme. Me quedo mirándola al menos media hora. Y ella duerme. No decimos nada, pero tampoco hace falta. Contemplo su rostro para recordar cada una de sus facciones. Tiene un hoyuelo en la mejilla derecha, que hace que parezca risueña incluso mientras duerme. No hace ruido. No se oye su respiración. Es silenciosa. Pero luminosa como siempre, como una estrella en la noche. Entonces entra una enfermera, que tiene que hacerle controles y me pide que salga. Me levanto con cierta desmaña, en mi pijama de gala.

—¿La conoces, figurín? —me pregunta la enfermera gorda como la Simmenthal con toda su gelatina, balanceándose por la broma que acaba de hacer.

Permanezco un segundo en silencio y, con una sonrisa infinita, respondo:

—Sí, es mi chica. Para estar cerca de ella he tenido que romperme un brazo...

La enfermera-Simmenthal contiene algo más que una sonrisa que no sé definir... Antes de salir le hago una caricia a Beatrice. Sin embargo, no la despierto. Eso sí, quiero que al despertar encuentre mi caricia en su mejilla.

Cúrate, Beatrice. Tengo un sueño. Y tengo que llevarte conmigo.

No le he dejado la carta a Beatrice, me he olvidado, por culpa de la enfermera-Simmenthal, que me distrajo. Aunque a lo mejor no era el momento. Abro la carta para releerla. Como si se la estuviese leyendo a ella en voz alta. Se cae al suelo el crucifijo de Gandalf. Se había quedado en el sobre. Se cuela en el sitio más inaccesible, como solo saben hacerlo las cosas que necesitas. Casi tengo que arrancarme el brazo sano para rescatarlo. Lo aprieto con fuerza. Enfadado. Lo miro. Él también duerme. Él también tiene la mirada de Beatrice mientras duerme. Y sé que él sabe lo que está padeciendo Beatrice, porque al parecer también pasó por eso.

¿Por qué las personas buenas, suponiendo que existas, tienen que sufrir? Pero tú no respondes. Y yo no sé si existes. Aunque si existes y haces milagros, haz uno por mí: cura a Beatrice. Si lo haces, empezaré a creerte. ¿Qué te parece?

He estado el día entero sentado en la cama, repasando por el microscopio de mi memoria el rostro dormido de Beatrice. Acurrucado en el hoyuelo de su mejilla derecha he pasado allí horas, como un recién nacido en la cuna, o como cuando de niño coloreaba aquellos insoportables álbumes en blanco y negro. Y desde allí el mundo se veía mejor; me parecía que podía escuchar en silencio sin sentir miedo, que podía tocar la oscuridad. Era como si mis sentidos agarrotados se desentumecieran tras dormir mucho. Las horas han pasado sin que me diera cuenta. Pero no como con la tele. Porque ahora no estoy cansado, podría volver a empezar.

Ya es de noche. Fuera está oscuro. Quiero proteger a Beatrice de la noche. Salgo de la cama y me dirijo hacia su unidad. Ya no noto el olor del hospital, ahora solo noto el olor de los enfermos y tengo menos miedo. Vuelvo sobre mis pasos. No puedo ir con las manos vacías. Entro en una habitación en la que hay unas flores casi lozanas en un florero. Dos señoras están viendo la tele. Debe de ser una de esas películas aburridísimas de la Rete 4. Pero ellas parecen sumidas en un hipnótico silencio de Rete 4. Los viejos. Me acerco al florero. Cojo una margarita. Blanca. Una de las dos mujeres se vuelve hacia mí. Sonrío.

—Es para una amiga.

El rostro, que parece salido de una caverna prehistórica, asiente ahondando las arrugas como ríos.

—Buenas noches.

—Buenas noches —me dice con dulzura, distendiendo el río de sus arrugas en un mar de paz.

Salgo contento con mi flor en la mano. La margarita es preciosa. Tan sencilla como debe ser una margarita. Es como si alguien hubiese plantado la semilla justo para ese momento. Ese jardinero no lo sabía, pero lo hacía por mí. Su trabajo tenía sentido para aquel momento. Por un pasillo de hospital, en el silencio blanco de la noche, llevo una margarita a Beatrice, habitación 234 de la unidad de oncología. Cuando entro, la habitación está casi a oscuras. Solo distingo el perfil de Beatrice y el de la señora de las arrugas. Las dos duermen. ¡Cuánto se parecen en la penumbra! Las dos están agotadas por su enfermedad. Están tan cerca, y sin embargo son tan diferentes... No es justo que un joven se haga viejo tan deprisa. Beatrice duerme. Solo vislumbro su perfil, que me parece contener todos los perfiles más hermosos que

conozco, bajo la manta marrón de hospital. Me acerco y dejo mi margarita a su lado, sobre la mesilla. Susurro una canción, sin vergüenza, sin ruborizarme.

—Buenas noches, buenas noches, florecilla, buenas noches entre las estrellas y el cuarto. Para soñar contigo tengo que tenerte cerca, pero con tenerte cerca no me basta...

Me alejo en silencio. He hecho lo que tenía que hacer. En pijama, pero lo he hecho.



Vuelvo a la cama y no consigo dormirme. Cada vez que veo a Beatrice, se me clava un ladrillo en el estómago. No tiene nada que ver con lo que sientes al ver a una chica que te deja patitieso. Hay chicas cuya belleza te hace desvariar. Beatrice me clava un ladrillo en el estómago, un peso que has de llevar a cuestas, un peso dulce... este debe de ser el signo del auténtico amor. No simplemente el amor que te hace desvariar, como la locura, sino el amor que te hace poner los pies en la tierra, como la gravedad. Así me he dormido, con la luz encendida, mirando el cuadro que me regaló Silvia. Me imaginaba al timón de aquella barca, con Beatrice a mi lado, rumbo a la isla donde todos nuestros sueños se convertirían en realidad. Una margarita entre sus cabellos rojos iluminados por el sol, como hechos en la superficie del mar.

Como dirían Aldo, Giovanni y Giacomo: pregúntame si soy feliz. Sí, al menos en los sueños.

Por fin voy a volver a casa. Mañana es Navidad y me dan el alta. Qué alegría... Lo único envuelto de momento es mi brazo: ¡con un quintal de yeso! Pero antes tengo que dejarle la carta a Beatrice; así, cuando ella también salga del hospital, podremos vernos. Todo se arreglará y viviremos felices y contentos. Espero la complicidad de la noche, cuando el hospital es un ronquido desacompasado que sale de las habitaciones como el gruñido de un jabalí. El olor de las enfermedades parece disminuir durante el sueño, así como el dolor. Tengo mi carta, en un sobre negro que le he encargado a Silvia. Cerrado. Me dirijo con paso sigiloso hacia la unidad de Beatrice. Tras cada paso siento que mi alma se dilata y que mi corazón se convierte en una casa que Beatrice ya ha empezado a decorar a su antojo, moviendo cosas, sentimientos, sueños, proyectos. Repito las palabras de la carta de memoria, como si se desprendiesen del papel y cobrasen vida.

La puerta de la habitación está cerrada. La abro con la mayor delicadeza de la que soy capaz. Me acerco a la cama de Beatrice prácticamente sin respirar para oír cada uno de sus susurros, oler cada uno de sus aromas.

La cama está vacía. Las sábanas limpias y blancas, sin una arruga.

Me siento en la cama. Estrujo la carta entre mis manos, hasta desgarrarla. Mi sueño es como esas cometas que hacía con papá de pequeño. Meses de preparación y luego nunca volaban. Una sola vez una cometa roja y blanca levantó el vuelo, pero el viento soplaba con tanta fuerza que la cuerda me cortaba la mano y a causa del dolor la solté.

Beatrice se está yendo así, arrastrada por el viento. Intento retenerla, pero el dolor que causa la cuerda que la ata a mi corazón se hace cada vez más intenso... Me acurruco como Terminator cuando duerme, el dolor se mitiga lentamente al contacto con la cama en la que ha estado Beatrice. Esta noche dormiré con ella, aunque se haya ido de aquí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Esas palabras interrumpen mi vagar por una inmensa cama sin bordes. Si la enfermera gorda no me conociera, lo pasaría mal.

—Estaba buscando a Beatrice.

Respondo con una sinceridad que no deja escapatoria al corazón de nata que tienen todas las enfermeras gordas y capaces de amar el olor de los enfermos.

—Ayer se marchó.

Guarda silencio y se pone seria.

Dejo la cama con la nostalgia de quien ha pasado una noche abrazado a Beatrice. Salgo de la habitación con la cabeza gacha, arrastrando los pies. Cuando paso delante de la enfermera, me despeina con su mano de nata.

—Cuídala. Hazlo también por mí.

La miro y siento que el calor de aquella mano me da el valor que me falta.

—La cuidaré...

Más tarde llega mamá. Ordena todas mis cosas en una bolsa y, sujetándome con un brazo, pese a que no hace falta, me ayuda a llegar al coche. Finjo sentirme peor de lo que estoy, para que ella note mi peso y yo su abrazo, capaz de hacerme olvidar el dolor, que es la cosa más invisible y pesada que conozco.

Mi cuarto sigue igual. Me esperaba no sé qué cambios. Ya no duermo bajo el mismo techo que Beatrice, ni puedo visitarla. Mi bativespino ha tenido el destino que me podría haber tocado a mí. De todas formas, no lo podría conducir.

Es Navidad y tengo que estar en casa con el brazo en cabestrillo quince días más. «Aprovecha para ponerte al día y tratar de aprobar», me ha dicho mamá. No veas, menudas vacaciones, estudiar el doble de lo habitual. Pero el doble de cero es cero, al menos eso sí que lo sé. Cuando intento ponerme con los libros es como si las agujas del reloj se pegaran a la esfera y ya no se movieran, presas de una burbuja espacio-temporal.

Comienzo a flotar en esta burbuja blanca, que me lleva a las alturas, lejos, entre las nubes, donde ya nadie puede oírme, y después al silencio sideral: solo, como un globo que se ha ido volando.

Cuando todo se vuelve blanco, mi corazón se hace tan diminuto como una lenteja y, por mucho que grite, nadie lo oye. La única que me puede salvar es Silvia.

Silvia no está; se ha ido a la playa, a pasar unos días a la casa de su abuela; mejor, así podré dejar para más adelante el maldito estudio para ponerme al día. Aunque la verdad es que me estoy muriendo de aburrimiento y me da remordimientos ver cómo el tiempo se esfuma, pero no quiero hacer el esfuerzo de ponerme al día con todo aquel mogollón de páginas. El Soñador dice que cuando nos aburrimos es porque nos falta vida. ¿Qué frase es esa? Una de sus frases filosóficas. Es una frase que me desborda. Tal vez por eso me gusta. Tal vez porque es cierta: me falta vida. Pero ¿qué significa «falta de vida»? Se lo tengo que preguntar.

Niko me llama. La semana pasada ganamos el partido contra los Desesperados, de nombre y de hecho. Estamos en la cuerda floja y dentro de tres semanas jugamos el otro partido. No sé si podré estar en el terreno de juego. Este año todos mis sueños están depositados en el torneo de fútbol. ¡Quiero levantar la copa por Beatrice, y ojalá pueda hacerlo delante de ella!

Cuando nos aburrimos es porque nuestra vida es aburrida.

Llega el día en que te miras al espejo y no eres el que te esperabas. Sí, porque el espejo es la forma más cruel de la verdad. No te reflejas como eres realmente. Querrías que tu imagen se correspondiese con quien eres por dentro y que los otros al verte pudieran saber en el acto si eres sincero, generoso, simpático... pero resulta que nunca se puede prescindir de las palabras ni de los hechos. Tienes que demostrar quién eres. Lo bonito sería que uno pudiera mostrarse sin más. Todo sería más sencillo.

Podría ponerme cachas, un piercing, un tatuaje de un león en el bíceps (que no tengo)... qué sé yo, tengo que pensarlo. Eso sí, son cosas que en cuanto las miras sabes a quién tienes delante.

Erika-con-ka tiene un piercing en la nariz y sabes que es una tía abierta, con la que se puede hablar. Susy tiene un tatuaje debajo del ombligo, que converge justo ahí. También en su caso sabes con quién estás. Es una especie de flecha indicadora de una tía que te quiere parar los pies. Total: creo que tengo que hacerme más evidente, así los demás me verán mejor. Estoy cansado de ser anónimo.

Beatrice no necesita hacer nada de eso, tiene el pelo rojo y los ojos verdes. Con eso le sobra y basta para contar cuánto sabe amar y lo pura que es: roja como la estrella más luminosa, inmaculada como la arena más hawaiana que pueda haber.

Al volver al insti todos me toman el pelo y me llaman C-3PO, el robot dorado de *La Guerra de las Galaxias.* Sigo llevando el brazo en cabestrillo, aunque dentro de pocos días por fin me quitarán la escayola. Todo indica que le he quitado el último puesto de la clase a Giacomo, pues parece que soy más gafe que él. A cambio, sin embargo, todos me firman el brazo escayolado. Tengo todo el brazo firmado por mis compañeros y por mis amigos. Tengo el brazo de todos los colores. Mi brazo es famoso. Mi brazo me quiere, porque llevo en él a todos los que me quieren. «¡Los Piratas están esperando a su capitán! Niko», «Tu reencarnación será un monumento a la mala pata... Erika», «¡Mejor que te haya pasado a ti que a mí! Giak», «¡Incluso así estás guapo! Silvia». Solo falta una firma. La de Beatrice. Pero no la necesito, porque la firma de Beatrice la llevo en el corazón.

Hay firmas y firmas. Si te compras un Fred Perry, unos Dockers, unas Nike... pues son firmas que llevas en las cosas y antes o después las cambias, las tiras, las pierdes... Ya, te hacen sentir alguien, te hacen sentir importante, pero son pasajeras. Hay otras firmas. Las que llevas en el corazón. Esas firmas te dicen quién eres en verdad y por quién estás realmente. En el corazón llevo tatuada la firma de Beatrice. Ella es mi sueño y yo existo por ella.

Sin embargo, no viene al instituto: nuevo ciclo de quimio. Como siga así, acabará perdiendo el curso.

Cuando regreso a casa, en mi mesa hay una carta arrugada. En un post-it de mamá leo: «Se había quedado en el fondo de la bolsa del hospital». ¡La carta a Beatrice! ¿Cómo he podido olvidármela? Tengo que llevarle la carta, aunque sea lo último que haga, pues «lo que te define es lo que haces, no lo que eres». Batman siempre tiene razón.



Finalmente, forzado por el paso inexorable de los días, estoy sentado delante de los libros. He decidido recuperar el estudio atrasado. En realidad, enfrente de mí está Silvia, porque solo no lo conseguiría nunca. A estas alturas ya nos encontramos en la fase suspense del cuatrimestre, entre exámenes y trabajos. Y yo llevo mogollón de retraso.

Silvia está ahí y me cuenta las clases del Soñador (sobre todo las no incluidas en el programa, mis preferidas), me resume la sintaxis de los casos, me explica un canto de la *Divina Comedia*. El de Ulises, en que convence a sus compañeros para que se enfrenten al mar con el fin de alcanzar, creo, «virtud y ciencia» (oigo la voz áspera y metálica de la profe), y luego los engaña porque todos mueren en el fondo de los abismos.

Mientras Silvia explica, yo me pierdo. Pensándolo bien, siempre es la misma historia. Hay personas que tienen un sueño, o creen tenerlo, y obligan a otras a creer en él, pero luego el tiempo y la muerte se lo llevan todo. Todos han vivido el espejismo de aquel sueño. Te estalla la adrenalina en las venas sencillamente porque alguien se lo ha creído en tu lugar, pero era una ilusión. También mi sueño es una ilusión. La enfermedad me lo quiere arrebatar. Sin Beatrice no existo.

Silvia me mira fijamente a los ojos en silencio, porque se ha dado cuenta de que me he perdido. Luego me acaricia y el viento vuelve a soplar sobre la barca del cuadro, que avanza con velas desplegadas hacia un puerto que no conozco pero cuya realidad es para mí tan indudable como aquella mano que me ha acariciado. Silvia sabe hacer todo esto con una caricia. ¿Cómo lo consigue?

Gracias, Silvia. Gracias, Silvia, por existir. Gracias, Silvia, porque eres el ancla que me permite no ir a la deriva y porque además eres la vela que me permite surcar los escollos del mar.

—Gracias, Silvia. Te quiero.

—Yo también.

Hay tardes en que mi cuarto, que es mejor que Eurodisney y Gardaland juntos, me parece un desván de cosas apagadas. ¿De qué vale la vida si después llega la muerte? Y lo que hay después de la muerte me da miedo. Y aún me da más miedo que después no haya nada. Y me da miedo Dios, que es omnipotente. Y me dan miedo el mal y el dolor. Y me da miedo la enfermedad de Beatrice. Y me da miedo quedarme solo. Y todo este blanco de mierda...

Así que telefoneo a Niko, pero Niko está jugando al fútbol y yo no puedo ir. Entonces telefoneo a Silvia, pero Silvia no está en casa. La llamo al móvil: está desconectado. Le dejo un mensaje: «Llámame cuando puedas».

Silvia, ¿podrías acariciarme como la otra vez? Tengo miedo, Silvia. Tengo un jodido miedo de todo. Tengo miedo de no llegar a nada en la vida. Tengo miedo de que Beatrice muera. Tengo miedo de no tener a nadie a quien poder llamar por teléfono. Tengo miedo de que tú me dejes.

Estoy en mi cuarto y dentro solo hay cosas mudas. Nadie con quien hablar. Los libros están mudos, porque resulta que además no hay ningún Soñador que me explique nada o me convenza de que me podrían gustar. Los cómics están mudos, a pesar de sus colorines. El equipo de música está mudo, porque no tengo ganas de encenderlo. El PC está mudo, porque esa pantalla tan profunda que puede contener el mundo entero, si la miras de perfil no es más que una pantalla plana. Y te preguntas cómo consigue contener tanto mundo, tanto mar, con lo plana que es. Hoy todo está mudo en mi cuarto. Pero no quiero huir. Quiero resistir. Hoy en mi cuarto la tristeza entra a oleadas. Trato de atajarla con una esponja. Doy risa. Resisto unos minutos, luego el miedo asciende, y soy un náufrago en medio de un océano de soledad.

Floto en un desierto completamente blanco: una enorme habitación blanca insonorizada, en la que no se distinguen ni los rincones de las paredes. No sabes dónde está la parte de arriba ni la de abajo, la derecha ni la izquierda... grito, pero todos los sonidos son devorados. De mi boca salen palabras ya podridas. Silvia, llámame, por favor.

Cuando me despierto son las cuatro y el miedo está más lejos, por la sencilla razón de que estoy completamente agilipollado. He desembarcado en una isla desconocida. Busco algo que me ayude a sobrevivir. Los pósters de mi cuarto me miran. Luego veo la carta. Tengo que llevársela a Beatrice. Hay dos problemas. La carta está demasiado estropeada, parece el borrador del borrador de mis apuntes, así que tengo que reescribirla, pero con la zurda no puedo.

El segundo problema es que no sé si Beatrice está en casa o en el hospital. Para el primer problema solo hay una solución: Silvia. Yo dicto la carta y ella me la escribe. Ya lo sé, no es lo mismo, no es mi letra, pero Silvia tiene una letra bonita, mejor que la mía. En cuanto al segundo problema... la solución está clara: ¡Silvia!

¿No me estaré pasando? Ella llama a Beatrice para preguntarle dónde está, así yo le llevo la carta y a lo mejor le hablo. Sí, le hablo, porque tengo que hablarle. Tengo que hablarle del sueño, y cuando entienda que el sueño es necesario, que el sueño es nuestro destino, se curará, porque los sueños curan cualquier mal, cualquier dolor. Los sueños colorean cualquier blanco.

Voy a la casa de Silvia.

La mamá de Silvia es una señora que se muestra tal cual es. Me gusta. Silvia ha sacado más de ella que de su padre, que es un hombre silencioso y en ciertos aspectos enigmático. La mamá de Silvia tiene una gran virtud: demuestra un genuino interés por mí. Lo sé por las preguntas que me hace.

—¿Podrás volver a tocar?

—No veo la hora.

Pide detalles. Solo quien pide detalles se esfuerza por compartir lo que siente tu corazón. Los detalles. Los detalles: una forma genuina de amar. Me gusta la mamá de Silvia. Si tuviese que elegir una madre, sin contar la que tengo, elegiría a la mamá de Silvia.

El cuarto de Silvia huele a lavanda. Así se llaman las flores desmenuzadas que hay en un platillo sobre una mesilla baja que está en medio del cuarto. En las paredes no hay pósters como en mi cuarto. Hay fotos. Fotos de Silvia de niña, con sus padres, con su hermano menor, en primaria durante una representación, vestida de hada turquesa. Le he dicho que ella es el hada turquesa y yo Pinocho. A lo mejor Silvia ha salido de ese libro.

En todas las paredes cuelga un cuadro suyo: una barca de vela suspendida en un cielo clarísimo, casi blanco, que se confunde con un mar lechoso; un bosque de árboles espigados, que según me ha dicho se llaman abedules y es una imagen que se le quedó grabada en un viaje a Suecia; un campo de tulipanes rojos bajo un cielo azul, casi violeta, que está inspirado en un paisaje holandés. Me gustan los cuadros de Silvia. Puedes descansar en ellos. Puedes viajar con ellos.

—Necesito **que** me ayudes a escribir, Silvia.

—Con la condición de que cuando te repongas toques una canción para mí.

Le guiño un ojo, acompañando el gesto con un chasquido de la lengua contra el paladar, que es mi especialidad.

—¿Cuál?

—Mi preferida.

—¿Y cuál es?

—*Aire,* de Nannini.

—No la conozco.

Silvia parece asombrada y lo demuestra como solo ella sabe hacerlo: se pone las manos delante de los ojos y mueve la cabeza de forma teatral.

—Pues tendrás que aprenderla.

—¿No puedes conformarte con *Talk,* de los Coldplay?

—O esa o nada —dice fingiéndose ofendida; luego sonríe con los ojos y prosigue—: ¿"Qué debo escribir: el trabajo sobre Dante o el estudio sobre la célula?

—Una carta...

—¿Una carta? No nos han pedido eso...

—... a Beatrice.

Silvia guarda silencio. Abre un cajón para buscar algo y el pelo le tapa la cara. Tarda un rato en encontrar papel y boli. Y por fin recupera el buen humor.

—Perdona... Vale, estoy lista...

Silvia se dispone a escribir la carta mientras yo le dicto. Ya no vale, quiero cambiarla. Ha pasado tiempo y las palabras de la primera carta ya no son las apropiadas. Silvia se dispone a escribir, me mira a los ojos y yo trato de concentrarme en las palabras. Pero no me salen. No me salen las palabras para Beatrice. Como se me acaben las palabras para Beatrice, estaré acabado.

Hasta ahora, las únicas palabras que he escrito libremente, dado que las del instituto no las considero palabras verdaderas, son precisamente las palabras de la carta para Beatrice. Esa ha sido —ahora que lo pienso— la primera vez que he escrito, la primera vez que he puesto, negro sobre blanco, mi alma. Sí, porque el alma es blanca y para mostrarse ha de volverse negra como la tinta. Y cuando la ves ahí, negra, la reconoces, la lees, la miras, como cuando te miras al espejo y luego... y luego la regalas.

Querida Beatrice:

Te escribo esta carta...

Mi alma ya empieza a salir y Silvia la va transformando en negro sobre blanco, pone su letra y mi alma parece más elegante en sus manos, más fina, más dulce y ordenada...

... para que mis palabras puedan hacerte compañía. Me encantaría hablarte en persona, pero me da miedo cansarte, me da miedo tener miedo de verte sufrir. Por eso te escribo. Es la segunda carta que te escribo, la primera se me quedó en el bobillo. Sí, porque he tenido un accidente y he estado ingresado en el hospital. Así, ahora que me he recuperado, aunque tengo un brazo escayolado y el cuello de un robot, he decidido escribirte de nuevo. ¿Cómo estás, Beatrice? ¿Estás cansada? Supongo que sí. Yo he donado mi sangre para ti. Sé que necesitabas sangre y creo que te curarás, porque mi sangre te curará. Estoy seguro. Gandalf asegura que la sangre donada cura. Él dice que Cristo ha curado a personas de todas las épocas del pecado dando su sangre. Pero esa historia es rara, porque lo que es a mí aquella sangre nunca me ha entrado en las venas. De todos modos, me gusta la idea de la sangre que cura y confío en que mi sangre sirva para curarte. Si tienes mi sangre descubrirás algo importante. Cuando pase por tu corazón notarás que lo acaricia y le cuenta mi sueño. El sueño que tengo. Los sueños convierten a las personas en lo que son. Las hacen grandes.

Silvia se detiene y me pregunta si no creo que tanta sangre puede perjudicar a Beatrice, que ya debe de estar hastiada de agujas, hospitales y sangre. Silvia siempre tiene razón. ¿Cómo consigue Silvia averiguar mis dudas antes y mejor que yo? Es como si mirara el mundo con mis ojos. Fuera, pues, la parte de la sangre.

Beatrice, yo haría cualquier cosa para que te curaras. He donado mi sangre para ti. Confío en que sirva. Beatrice, tengo un sueño, y en ese sueño estamos tú y yo. Por eso te curarás, porque si de verdad se cree en los sueños, se cumplen. Sé que ahora estás cansada y flaca y quizá te da vergüenza que te vean, pero quiero que sepas que a mí no me importa. Sigues siendo preciosa. Estoy seguro de que mejorarás y, si quieres, iré a visitarte pronto y hablaremos. Tengo un millón de cosas que decirte y que contarte, aunque me parece que tú ya las sabes todas. De todas formas, si estás cansada y no te apetece hablar, podemos quedarnos callados e igualmente estará bien. Yo me conformo con estar a tu lado.

Paro porque mi voz se quiebra, porque en un instante la imagen de Beatrice que ya no puede más barre todas aquellas palabras, de Beatrice que en silencio cierra los ojos porque ya no puede más. Y no los vuelve a abrir. Y entonces todo el mundo que me rodea se oscurece. La luz se apaga. La bombilla se funde. Si los ojos de Beatrice no miran a las cosas, las cosas están apagadas. Siempre le he tenido miedo a la oscuridad, y lo sigo teniendo, pero no se lo digo a nadie, porque me da vergüenza. Silvia me mira sin decir nada. Acerca el índice a mi ojo y recoge la lágrima que estaba tratando de contener.

—Silvia, sigo teniéndole miedo a la oscuridad.

No sé cómo se me ha ocurrido decir semejante tontería, que haría reír hasta a una cabeza de piedra de la isla de Pascua... Silvia calla. Me acaricia. Y yo a ella. Y la suya no es piel: es Silvia. Luego escribe en la carta a Beatrice: «tuyo, Leo».

Y aquel «Leo» está escrito como yo jamás he podido escribirlo. Y está escrito como si fuese yo. Sin Silvia yo no sería nadie y mi alma permanecería blanca. Y el blanco es el tumor en la sangre de la vida.

Silvia me dicta la dirección del hospital en el que está Beatrice. No es el mismo que el anterior, porque parece que esta vez la quimioterapia es otra, más larga o algo así. O puede que aquí tengan que prepararla para una operación.

Estoy en casa. Tomo una ducha ciclópica. Rocío electrolitos de desodorante sobre cada centímetro cuadrado de mi piel. Me miro al espejo durante tres cuartos de hora, pero no estoy satisfecho de mi aspecto. Para Beatrice he de ser completamente evidente. Nada más verme tiene que saber quién soy. Así que me pruebo todas las combinaciones de colores y de ropa, pero no consigo estar seguro. Algo falla.

Mamá me dice a gritos que salga del cuarto de baño y que deje de hacer guarradas. ¿Por qué será que los mayores nunca entienden una mierda? ¿Qué sabrán ellos de lo que te pasa por la cabeza? Creen que en nuestra cabeza solo tenemos las cosas que ya no pueden hacer. Luego se quejan de que no les pedimos consejo. «Estás siempre metido en tu cuarto, ya no te reconozco, eras un niño tan dulce...» Total, si ya sabemos su respuesta, «no te preocupes, que eso se te pasa». Encerrado en el baño, me cambio una y otra vez. Con el brazo derecho todavía medio roto vestirse es toda una hazaña, aunque por lo menos no tengo que morirme de vergüenza mientras mamá me abotona la camisa y aprovecha para darme un beso y decirme que estoy

guapísimo... A lo mejor una camisa. A lo mejor un polo con una sudadera. A lo mejor... Llamo a Niko.

—Ponte una camisa y estarás de miedo.

Gracias, Niko, tienes razón, me has salvado. Niko siempre tiene soluciones y recursos para todo. Me pregunto cómo lo hace, aunque no conozca las circunstancias. Me gustaría ser como Niko y tener las ideas claras para saber qué ponerme en cada momento.

Aunque Niko ni siquiera me ha preguntado de qué chica estábamos hablando...

Estoy listo. Fuera ya ha oscurecido, pero yo llevo la luz por dentro. Tengo la carta escrita por Silvia. No espero hablar directamente con Beatrice y por eso me he vestido lo mejor que he podido, para que con solo mi imagen sepa cuánto la amo. Y además bastará con dejarle la carta.

Cuando entro en el hospital una enfermera me pregunta adónde voy y yo le digo que voy a visitar a una amiga.

—¿Cómo se llama? —quiere saber, con la típica cara de enfermera recelosa.

—Beatrice —respondo mirándola con ojos desafiantes. La enfermera palito, modelo espantapájaros y antipática, no sabe de lo que soy capaz. Le doy la espalda sin decir nada. Gilipollas. Busco a Beatrice. Y no la encuentro. No, no la encuentro. Pasada una hora sigo dando vueltas y no la encuentro.

He visto de todo. He visitado el museo del sufrimiento, con ese olor a alcohol típico de los hospitales y el color verde vómito de las paredes. Alguno sonríe cuando entro por error en su habitación. Un vejete se enfada. Me manda a hacer puñetas y yo hago lo propio. Salgo de la habitación y me cruzo con la enfermera espantapájaros, que me mira mal; yo bajo la mirada.

—Habitación 405 —dice con voz satisfecha y bonachona, cruzando los brazos como si me estuviera regañando.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Es la única Beatrice que sale en el ordenador.

La miro y sonrío. Le mando un beso con la mano y le guiño un ojo.

—Por el otro lado —me grita la enfermera moviendo la cabeza—, en la cuarta planta.

Subo la escalera a la carrera. Subo y siento que Beatrice está más cerca. Subo porque Beatrice está ahí y yo quiero darle alcance, y cada peldaño que subo es un peldaño hacia el paraíso, como para Dante en la *Divina Comedia.* La puerta está cerrada, o mejor dicho entrecerrada. La abro despacito.

Hay una sola cama en la penumbra de la habitación y en aquel rectángulo inmenso y blanco, un perfil diminuto y encogido. Me acerco sin hacer ruido. No es Beatrice. No es Beatrice. Esa enfermera imbécil se ha confundido de habitación y a saber dónde me ha mandado. Antes de salir, observo el cuerpo encogido en la cama.

Es una niña. Y eso que al principio me había parecido un niño. Tiene la cara flaquísima y hundida. La piel tan pálida que no tiene color. El brazo violeta junto a la aguja que entra en su muñeca. Pero duerme tranquila. No tiene pelo. Parece una marcianita, acurrucada como un niño en la tripa de su madre. Parece sonreír mientras duerme.

En la mesilla hay un libro, una botella de agua, una pulsera de perlas azules y anaranjadas, una concha de esas que esconden el rumor del mar y una foto. Una foto de esa niña con su madre abrazándola. En la foto está escrito «Sigo contigo, no tengas miedo, mi pequeña Beatrice». Esa niña es pelirroja.

Esa niña es Beatrice.

Silencio.

Es medianoche. Estoy sentado en el sitio en el que me siento cuando el mundo tiene que volver a girar hacia donde debe. Es uno de esos sitios que llevan un botón incorporado, que sirve para regresar a la canción anterior. Lo aprietas y el mundo se recoloca. Lo aprietas y el problema no solo desaparece, sino que nunca ha existido. En una palabra, es uno de esos sitios que no existen. Ese sitio es un banco de madera roja al lado del río. Un sitio que solo conozco yo. Y Silvia.

Tengo la cabeza entre las manos, hasta donde puedo con mi brazo escayolado... y no he dejado de llorar desde mi huida. Sí, porque he huido ante mi sueño. Mi sueño triturado. Aprieto entre mis manos la carta para Beatrice escrita por Silvia, empapada por mis lágrimas. La rompo en mil pedazos con los dientes y la mano sana. Lanzo los trozos a la corriente. Ahí está mi alma negra. Mi alma escrita.

Y ahora todos los trozos de mi alma se están hundiendo en la corriente y cada uno se marcha por su lado y nadie podrá ya recogerlos: nadie. Me hundo en cada uno de aquellos trozos de papel. Me hundo un millón de veces. Ahora ya no existe mi alma, se la ha llevado la corriente. Quiero estar solo. En silencio. Con el móvil apagado. Quiero que el mundo entero sufra porque desconoce mi paradero. Quiero que el mundo entero se sienta solo y abandonado como yo ahora. Sin Beatrice, que se está muriendo, sin pelo.

Sin Beatrice, que no aguanta más. Y yo no he podido siquiera reconocer la otra mitad de mi sueño. He huido de la chica a la que quería proteger toda la vida. Soy un cobarde.

No existo.

Dios no existe.

Me despierto de golpe. Feliz. Solo era un sueño. Beatrice está bien. Tiene el pelo rojo. Y es mi auténtico sueño. Y Dios sigue existiendo, aunque yo no me lo crea, pero eso no cambia nada. Entonces oigo una voz que me dice:

—¿Leo?

Me despabilo y no reconozco aquella cara. No estoy en mi cama. Jack Sparrow no me mira desde la pared con sus ojos alucinados y me estoy muriendo de frío. Estoy en mi banco y delante de mí está Silvia con un policía. Esto sí que es un sueño. ¿Mi sitio mágico, Silvia y un policía? Miro el vacío.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Silvia con ojos hinchados de sueño y quizá de lágrimas.

La miro y no entiendo.

—No.

El poli habla por un aparato que no reconozco en la oscuridad.

—Encontrado.

Silvia se sienta a mi lado, me rodea los hombros con un brazo y apretándome con dulzura me dice:

—Volvamos a casa.

Miro el agua negra del río, en el que se reflejan los faros como peces prisioneros. Mi alma está así ahora. Muchos peces de papel desaparecidos. Prisioneros del agua. Ya no volverán. Y la palabra «casa» es como todas las demás, o peor: porque a saber lo que me espera. Apoyo la cabeza en el hombro de Silvia y comienzo a llorar, porque soy malo.

No quiero tocar. No quiero comer. No quiero hablar. Estoy castigado por lo que he hecho. Es justo, me lo merezco. Papá y mamá me estaban esperando desesperados: con ojeras, el rostro descompuesto. Nunca los había visto así. Por mí. Eran las cuatro de la madrugada. Pero he conseguido lo que quería. Por fin he encontrado la manera de defenderme de este escorpión venenoso que es la realidad. Odiar es el único modo de ser más venenoso que el escorpión. Un odio veloz como el fuego que devora el papel y la paja, un odio que quema todo lo que toca, y que cuanto más toca, más se aviva. Ser malo. Estar solo. Ser fuego. Ser hierro. Esta es la solución. Destruir y resistir.

Cinco horas de clase. Cinco horas de guerra. He mandado a la profe Massaroni-abrigo-de-piel-de-perro a hacer puñetas cuando me ha preguntado qué hacía con el móvil. Nota en la agenda. He estado ausente durante toda la hora de inglés y nadie se ha dado cuenta. He batido el nuevo récord de *snake* durante la hora de filosofía, mientras el Soñador hablaba de un fulano que decía que la muerte no existe, porque cuando estás vivo no hay muerte y cuando estás muerto estás muerto y por tanto tampoco hay muerte.

Me ha parecido una chorrada colosal, para variar. Beatrice antes estaba viva, pero ahora se está muriendo. Como decía aquel poeta, «la muerte se expía viviendo». Me parecía únicamente una de esas patochadas de los poetas, pero por desgracia es cierta. Beatrice se ha vuelto irreconocible, o mejor dicho: yo no la reconocí. La muerte envenena todas las cosas de la vida. La filosofía es inútil. El T9 no tiene la palabra «Dios», lo que demuestra que Dios no existe. *Snake* es la única posibilidad que te queda para no darle más vueltas al tarro.

Después el Soñador ha abierto su inseparable bolsa, de la que puede extraer cualquier libro o enciclopedia, como de los calzoncillos de Eta Beta.[3] Porque hay momentos en que también parece un extraterrestre. A veces hasta prescinde de los libros, los deja sobre su mesa por si los necesita. Dice que para él los libros son como un trozo de casa, donde los tiene se siente en casa. ¡Los libros... menuda chorrada! Todas esas líneas llenas de historias y de sueños no están a la altura del número de la habitación de hospital con Beatrice transformada en una niña que vuelve a las entrañas de la tierra: devorada.

El Soñador va a leer unas cartas de miembros de la Resistencia condenados a muerte antes de ser ajusticiados, uno de sus temas no incluidos en el programa. No sé cómo lo hace, pero el Soñador siempre tiene algo que decir ante lo cual no puedes hacer oídos sordos. Pero ¿por qué no me deja en paz? Lo escucho solo porque es inevitable, dado que es imposible cerrar las orejas como los ojos, pero no creeré una sola palabra. Y que después se vaya al infierno. Ya está leyendo:

—«4 de agosto de 1944. Papá y mamá, yo, que no he querido vivir sino por el amor, muero arrasado por el tenebroso vendaval del odio. Dios es amor y Dios no muere. No muere el Amor...»

[3] Personaje de cómic de la factoría Disney. Criatura de cuerpo desproporcionado, capaz de prever el futuro y de leer el pensamiento, viste solo **una** especie de faldita negra de la que saca objetos de todo tipo. *(N. del T.)*

El Soñador hace una pausa.

—¡Chorradas!

Me elevo como el fuego, quemando los sueños de papel y las palabras de paja. La palabra se estampa con violencia contra la cara del profe, como un puño claveteado de guerrero de la noche. Todos se vuelven hacia mí con ojos inertes en vez de quedarse boquiabiertos ante la primera declaración sincera jamás pronunciada en el instituto. Los abrasaría a todos, menos a Silvia. También el Soñador me mira, convencido de no haber comprendido.

—¡Chorradas! —repito desafiándolo.

Veamos qué hace ahora, ahora que alguien se atreve a llamar las cosas por su nombre y a destruir su castillo de naipes literarios. Calla un minuto. Parece buscar algo que no consigue encontrar en su interior. Luego, con voz absolutamente serena, pregunta:

—¿Tú quién eres para juzgar la vida de ese hombre?

Respondo instantáneamente; ha echado gasolina sobre mi fuego:

—No son más que ilusiones. La vida es una caja vacía que llenamos de bobadas para que nos guste, hasta que ocurre cualquier cosita y pum... —hago un silencio mientras gesticulo muy teatralmente con las manos como si formara una pompa de jabón que estalla—, te encuentras sin nada. Aquel hombre quiso creer que morir por una causa que consideraba justa daba un sentido a su vida. Dichoso él. Pero no es más que una película para que la píldora sea menos amarga. La caja sigue vacía.

El Soñador me mira de nuevo y guarda silencio. Luego surge de aquel silencio con un lapidario y tranquilísimo:

—¡Chorradas!

Las suyas contra las mías. Sea como sea, se trata de chorradas. Pero me ha hecho daño. Cojo la mochila y salgo, sin dar tiempo al Soñador a decir nada más. El fuego quema y sigue destruyendo. No regreso para dar explicaciones. Que me catearan, que me hicieran perder el curso, todo me daba igual. Nadie sabe justificar lo que pasa y si esto es lo que hay, yo por qué tengo que meterme en nada. Estaba solo y me siento fuerte por primera vez. Soy fuego y quemaré el mundo entero. No voy a llamar a Niko, porque no entendería un carajo. No voy a llamar a Silvia, porque ya no la necesito.

Y la imagen de la niña sin pelo, la pálida sombra de Beatrice, me da ganas de blasfemar. Blasfemo varias veces, reiteradamente, con fuerza. Y ahora me siento mejor. Y comprendo que Dios existe, si no, no me sentiría mejor. No te sientes mejor si te cabreas con Papá Noel. Si te cabreas con Dios sí.

Sofocado el incendio, me quedo sin fuerzas. Vaciado. A mi alrededor, polvo, cenizas, negrura. Me pierdo en internet: la solución a todos los problemas. Hay versiones, temas, películas, canciones, calendarios de tías buenas. Escribo entonces dos palabras en Google: muerte y Dios. Juntas. No separadas. Juntas. Sale la página de un filósofo que se llama Nietzsche, que dijo que Dios ha muerto. Eso ya lo sabíamos: en la cruz. La segunda página dice lo contrario: Dios resucitó, venciendo la muerte y liberando a los hombres de la muerte. Esto tampoco conduce a nada, porque es una trola.

Beatrice se está muriendo y no puede hacerse nada. Esta vez internet se ha equivocado en todo. Me importa un pito que Beatrice resucite. La quiero aquí y ahora y quiero vivir con ella todos los días de mi vida y acariciar su pelo rojo y su cara, mirar sus ojos y reír con ella y hacerla reír y hablar, hablar, hablar sin decir nada pero diciéndolo todo. La muerte es un problema que ya no me incumbe. Ahora tengo que ocuparme solo de la vida y como es breve y frágil tengo que volverla larga y fuerte, llena e indestructible. Dura como el hierro.

Mensaje de Silvia. «¿Estudiamos juntos?».Yo ya no estudio. No sirve. Empiezo a escribir el mensaje: «No, perdona...». Silvia me responde en el acto: «¿Miedo de ke?». ¿Miedo de qué? ¿A qué viene eso? También a Silvia se le ha ido la olla. Hasta que me entra una duda. Reviso el mensaje que le he mandado. «No, miedo...» Otra vez el T9. Sin darme cuenta, en vez de «perdón» he escrito «miedo». No me fijé y lo mandé en automático. «No, miedo...»

Lamentablemente, el T9 tiene razón. Contesto al SMS diciendo la verdad: «De todo».

Silencio. Un silencio para volverse loco, un silencio para rasgarse la ropa y gritar desnudo por el balcón que estás hasta los cojones de todo. No soy hierro, no soy fuego, no soy nadie.

Mensaje de Silvia: «Nos vemos dentro de media hora en el parque». Respondo que sí con una llamada perdida. Pero no voy, la dejo tan sola como estoy yo. Soy un cobarde y riegan mi cara las lágrimas más amargas que he conocido jamás, lágrimas que contienen un noventa por ciento de sal de soledad y apenas un diez por ciento de agua.

Este dolor es tan espeso que puedes flotar sobre él sin necesidad de nadar.

Noche.

Negro por fuera, blanco por dentro. Tengo remordimientos. Se lo he hecho pagar a la única persona que está al margen de todo esto y que quiere ayudarme. Silvia calla. Y me la imagino en el banco sola, abandonada, con su mirada azul hacia el suelo, que eleva hacia cada persona que se acerca. Ahora estoy todavía peor. Le escribo otro mensaje: «Perdona. Nos vemos mañana». Silencio blanco. Pero ¿por qué me da por buscar la soledad y cuando me hundo en su blanco sin asideros me aterroriza? ¿Por qué quiero que alguien me lance un salvavidas pero no hago nada por agarrarle la mano? Puede que algún día llegue a saber para qué valgo y cuáles son mis sueños, pero ¿alguna vez sabré ser algo distinto de un náufrago que no se deja ayudar? Voy a sacar a Terminator a mear.

Hoy hasta él me vale para callar.

He pasado toda la noche pensando en cómo pedirle perdón a Silvia. Mi coraza de hierro se ha ablandado hasta convertirse en nata en el transcurso de pocas horas. No valgo nada.

Sea como sea, entro en el instituto y busco con la mirada a Silvia. Apenas por un instante sus ojos se cruzan con los míos, que están escudriñando entre el gentío: son ojos de vidrio, en los que solo me veo a mí mismo y no a ella, que aparta la mirada, como si para ella fuese uno del montón. Aquella mirada esquiva me arroja entre la muchedumbre y me abismo en la blanca nada de los perfectos don nadie.

Persigo a Silvia. Le agarro el brazo con más fuerza de la que hubiera querido. Nunca la había tocado así, ni en broma. Silvia se zafa con el rostro contraído por la desilusión.

—Había creído que tenía un amigo. Déjame en paz, solo sabes pedir ayuda, pero no te importan nada los demás.

Antes de que pueda abrir la boca, la veo alejarse como si un remolino la aspirase. La sigo por el bosque de pantalones de cintura caída, estrellándome contra dos o tres energúmenos de último curso que me sueltan una patada en el trasero.

—Que te jodan.

La veo ir por el pasillo de los aseos y sin darme cuenta entro en el lavabo atestado de chicas que están maquillándose, fumando y comparando las marcas de los vaqueros. Me miran pasmadas, mientras Silvia se mete en un retrete.

—Oye, tú, ¿qué coño haces aquí? —me dice una morena con dos rajas negras en lugar de los ojos, sumergidos en una mancha violeta de maquillaje.

—Yo... yo tengo que hablar con una chica —replico como si fuese la cosa más normal del mundo.

—Pues espérala fuera, pero mejor olvídala, es demasiado guapa para un pringado como tú.

Ríen. Esas palabras me hacen salir del aseo de chicas como si hubiese visto en ellas las fauces abiertas de un perro rabioso. Retrocedo procurando protegerme y caigo en un precipicio oculto. No hay paracaídas en el pozo sin fondo del abandono.

—Tú ¿qué haces aquí?

Naturalmente, esta es la voz del director, que me dice a gritos que lo acompañe a dirección. Primero mi huida de Beatrice, luego el plantón a Silvia, y ahora encima me creen un mirón. En cuarenta y ocho horas he descubierto la existencia de los matices del negro. Acabo de pasar al menos por tres, hacia el negro total... lástima que no sea el final de una película trágica, sino solo el principio.

Mis padres, tras ser citados por el director por mi conducta incorrecta, se han convencido de que no puedo contener mis hormonas adolescentes revolucionadas y de que me cuelo con violencia en los aseos de mujeres.

—Tus huesos dalos por reducidos al polvo de tu sombra —dice papá en voz baja.

Así, me suspenden un día y me amenazan con plantarme un cuatro en conducta, lo que significa perder el curso. Paso por alto el castigo que me ponen mis padres: secuestro inmediato de la Playstation hasta finales de año y retiro de la paga mensual. Esto no es nada al lado del hecho de que al día siguiente de la suspensión todas las chicas me miran y se ríen a mis espaldas.

—¡Ahí está el marrano!

—¡Pringado!

Y esto sigue siendo nada comparado con los insultos de los chicos.

—¡Oye, maricón, que tu baño es el del dibujito de un monigote sin un triángulo que parece una falda; a lo mejor si le ponemos un palito te acuerdas de lo que llevas entre las piernas!

¿Alguien puede decirme si se puede salir de este túnel del horror? ¿O al menos si existe un libro de instrucciones para convertirse en el hombre invisible?

Todo un día mirando las manos del guitarrista de los Green Day en el póster que hay colgado en la puerta de mi cuarto. Me pongo a lanzarle una pelota de tenis, hasta que hago un agujero en el póster y dejo al guitarrista manco.

Espero dos cosas:

que alguien me salve o sencillamente que el mundo acabe en este momento.

La segunda es más fácil que la primera.

Teléfono: Niko.

—¡Hemos ganado, Pirata! El próximo partido es decisivo para la final... ¡El Vándalo está muerto de miedo!

Cuelgo y espero que la cama me trague sin masticarme antes.



Telefonillo. Suena el telefonillo. Es para mí. ¿Quién puede ser a las nueve de la noche? Silvia. Seguramente Silvia ha cedido a los veintitrés mensajes que le he mandado hoy, arrepintiéndome siempre del anterior...

—Baja.

Es ella:

—Mamá, bajo un segundo. Es Silvia.

Bajo, pero no hay ninguna Silvia esperándome. Me he imaginado su voz, tan convencido estaba de que era ella. Es el Soñador. Mierda. Lo que me faltaba. Seguramente también ha venido a decirme «que me conviene no ser tan chulito».

—Hola, profe, ¿qué he hecho? —pregunto mirando un punto indefinido por encima de su hombro izquierdo.

Sonríe.

—He decidido venir a verte. A lo mejor te apetecía terminar la conversación del otro día.

Lo sabía. Los profes son profes hasta la muerte; tienen que darte clases hasta en la puerta de tu casa.

—Profe, olvidémonos de la conversación del otro día...

Francamente no sé por dónde empezar y quisiera que todo esto acabase enseguida, como todo lo que no me gusta. Cambias de canal y la escena ya no está. Se esfuma, se borra, se termina.

—Vamos a tomar un helado.

Me sonríe. Sí, eso ha dicho: un he-la-do. Los profes comen helados. Sí, los profes comen helados y se ensucian la boca como todos los demás. Son dos descubrimientos que no debo olvidar; a lo mejor un día los anoto. Dicho sea de paso:

—Su blog está bien, a veces demasiado filosófico, pero cuando puedo lo leo.

El profe da las gracias mientras lame su helado de pistacho y café —clásicos sabores rollos de profe— y me recuerda a Terminator lamiendo mis zapatillas.

—Bueno, ¿qué te pasó el otro día?

Sabía que no iba a soltar la presa. Los profes son como las boas: te envuelven cuando estás distraído, luego esperan a que expulses el aire y aprietan, y cada vez que espiras aprietan más, hasta que ya no puedes ensanchar de nuevo la caja torácica y mueres por asfixia.

—¿Y a usted qué le importa, profe?

El Soñador me mira fijamente a los ojos y a duras penas consigo sostener su mirada.

—A lo mejor necesitas una mano, un consejo...

Guardo silencio. Con los ojos bajos. Miro el asfalto como si cada centímetro del alquitrán de pronto se hubiese vuelto interesante. En mi interior hay alguien que solo está esperando eso, alguien que quiere salir, pero que permanece agazapado, se defiende y tiene miedo de mostrarse tal como es, pues si sale expondría al otro de pelo desgreñado y mirada de listo, y lo expondría con bastante agua y sal en forma de lágrimas. Así que sigo mirando al suelo, por miedo a que aquel salga como la pasta de dientes, más de la cuenta y de golpe y porrazo.

El Soñador espera en silencio. No tiene prisa, como todos los que te ponen en apuros. Y yo le pago con la misma moneda.

—Profe, ¿usted qué haría si su chica se muriese?

Y esta vez lo miro a los ojos. El Soñador me observa y permanece callado. Deja de comer. Tal vez nunca lo había pensado. Tal vez se ha quedado hecho polvo. Bien, así comenzará a entender algo y dejará de dar la lata con sus teorías. Me responde que no lo sabe y que probablemente no podría con el peso de un hecho semejante.

No lo sabe. Es la primera vez que el Soñador no sabe algo. La primera vez que no está seguro de sí y brillante como los escaparates del centro en Navidad. No lo sabe.

—Pues verá, profe; resulta que yo estoy pasando por eso y ahora todo lo demás me parece una chorrada.

El Soñador se pone a mirar el cielo.

—Beatrice.

Guarda silencio. Luego me pregunta si es la chica de la que se habla en el instituto: la chica con leucemia. Bajo la cabeza, casi herido por aquellas palabras, que por desgracia son ciertas: la chica enferma de leucemia... Silencio. El silencio de los mayores es una de las victorias más contundentes que cabe imaginar. Entonces me pongo a hablar yo.

—No es precisamente mi chica, pero es como si lo fuese. Verá, profe, cuando le hablaba de mi sueño, hablaba de Beatrice. Sé que, cualquiera que sea mi camino, ella será mi compañera, y que yo, si ella no está en ese camino, no sabré hacia dónde ir.

El Soñador sigue callado. Me pone una mano en el hombro y no dice nada.

—Ella ahora está pálida. Ha perdido su pelo rojo, el pelo por el que me enamoré .Y yo ni siquiera me atreví a hablar, a ayudarla, a preguntarle cómo estaba. La vi así y huí. Huí como un cobarde. Estaba convencido de amarla, estaba convencido de que llegaría hasta el fin del mundo con ella, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, hasta doné mi sangre, y luego, cuando la veo delante, huyo. Huyo como un cobarde. No la amo. Quien huye no ama de verdad. Estaba muy pequeña, indefensa, pálida, y yo huí. Doy asco.

Las últimas palabras rompen un muro de hormigón que me había subido poco a poco desde el estómago hasta la garganta y que se hace trizas a la altura de los ojos, convirtiéndose en lágrimas pesadas y dolorosas como piedras. Lloro a moco tendido con todo el dolor que puedo, porque me hace bien, casi tanto como cuando doné sangre. Puedo llorar y no sé cuándo lo volveré a hacer, aunque me sienta un tonto de proporciones gigantescas.

El Soñador permanece callado a mi lado, con su mano fuerte sobre mi hombro. Me siento un imbécil. Soy un varón de dieciséis años y estoy llorando. Estoy llorando delante de mi profe de historia y filo, con la boca todavía manchada de helado. Qué le vamos a hacer, ya ha pasado. El dique se ha roto y ahora mismo un millón de metros cúbicos de dolor se están volcando sobre el mundo por mi causa, pero al menos ya no está solo dentro de mí.

Tras dejar que me desahogara al menos durante un cuarto de hora (detrás del fuego de la ira se oculta como mínimo el doble de agua salada...), el Soñador rompe el silencio que sigue al llanto, como el silencio de la arena tras un violento temporal.

—Voy a contarte una historia —me dice al tiempo que me ofrece un pañuelo de papel (con olor a vainilla...)—. Un amigo mío había discutido con su padre. Lo quería muchísimo, pero aquella vez perdió los estribos y lo mandó al diablo. Por la noche estaban sentados a la mesa y su padre intentó hablarle, pero él se levantó y se marchó sin decirle una palabra. No quería ni oírlo. Mi amigo se había sentido fuerte. Sentía que había ganado, que tenía razón. Al día siguiente, el sitio de su padre en la mesa estaba vacío. Su padre había tenido un infarto. Así se habían separado. Sin una palabra. ¿Cómo hubiera podido saberlo él? Mi amigo no podía perdonarse aquel error. Se avergonzaba como el asesino más infame. ¿Y sabes por qué motivo aquel muchacho no podía perdonarse haberle negado el adiós a su padre?

Sacudo la cabeza, mientras me sorbo la nariz.

—Porque en un arrebato de ira su padre le había dicho que, pudiendo perfectamente haberse quedado con su próspero bufete, era un pobre diablo porque había elegido un trabajo de muerto de hambre. ¿No crees que eso es motivo suficiente para avergonzarse y huir?

Tardo un rato en romper el silencio que sigue a aquella pregunta.

—¿Cómo consiguió su amigo superar aquel momento, profe?

El Soñador pega una patada a una lata abandonada en la acera, con rabia.

—Conviviendo con él. Con el recuerdo de lo que le había pasado, pero a la vez fijándose el propósito de no dejar pasar ninguna ocasión de restablecer cualquier relación que se hubiera deteriorado por motivos más o menos importantes. Siempre puede hacerse algo.

Ya estoy mejor. Yo, que ante un error quisiera que la vida tuviera la tecla *rewind.* Pero resulta que la vida no tiene esa tecla. La vida siempre avanza, y suena, lo quieras o no, únicamente puedes subir o bajar el volumen. Y tienes que bailar. Lo mejor que puedas. De todos modos, por lo que sea, ahora tengo menos miedo. El Soñador interrumpe mis reflexiones.

—Todos tenemos algo de que avergonzarnos. Todos hemos huido, Leo. Pero eso nos hace hombres. Solo cuando tenemos tatuado en la cara algo que nos avergüenza, nuestra cara empieza a ser real...

—¿Usted llora, profe?

El Soñador guarda silencio.

—Siempre que pelo una cebolla.

Rompo a reír, pese a que su chiste es pésimo. Sorbo con la nariz y consigo contener las lágrimas que me quedaban por llorar.

—Es normal tener miedo. Como también es normal llorar. Eso no es ser cobarde. Ser cobarde es hacerse el tonto, volver la cara hacia otro lado. Eludir las cosas. Seguro que has huido. Seguro que te has cabreado —¡ha dicho cabreado!— con todos y contigo mismo. Pero eso es normal. Solo que cabreándote —y van dos...— no arreglas nada. Puedes cabrearte —¡y tres!— todo lo que quieras, pero eso no curará a Beatrice. Una vez leí en un libro que el amor no existe para hacernos felices, sino para demostrarnos cuan fuerte es nuestra capacidad de soportar el dolor.

Pausa de silencio.

—¡Pero yo he huido! ¡Yo, que tendría que ser capaz de morir por ella con tal de que se cure!

El Soñador me mira.

—Te equivocas, Leo; la madurez no se ve en el deseo de morir por una causa noble, sino en el deseo de vivir humildemente por ella. Hazla feliz.

Vuelvo a permanecer callado. Alguien de mi interior está saliendo de la caverna. Alguien que estaba ahí escondido, herido y necesitado de ayuda, finalmente, quizá, se está decidiendo a enfrentarse a los dinosaurios. En este instante estoy pasando de la edad de piedra a la del metal. No era un gran paso, pero al menos siento que tengo un arma afilada contra los dinosaurios de la vida. La sensación es más intensa que la coraza de hierro y fuego que creía haberme hecho con mi rabia. Era una fuerza distinta, este nuevo alguien se pega a mi piel y la vuelve transparente, fuerte y elástica.

—Se ha hecho tarde —dice el Soñador mientras doy un salto evolutivo como mínimo de dos mil años.

Me mira directamente a los ojos.

—Gracias por la compañía, Leo. Y sobre todo gracias por lo que me has regalado esta noche.

No entiendo.

—Regalar nuestro dolor a los demás es el acto de confianza más hermoso que puede hacerse. Gracias por la clase de hoy, Leo. Hoy el profe has sido tú.

Me deja ahí como un papanatas atontado. Ya me da la espalda. Es estrecho de hombros, pero son fuertes. Tiene los hombros de un padre. Quisiera seguirlo y preguntarle quién es ese amigo suyo, pero enseguida comprendo que hay cosas que es mejor que permanezcan en la incertidumbre... Tengo los ojos rojos de llanto, estoy sin fuerzas, vacío, y sin embargo soy el adolescente más feliz de la tierra, porque tengo una esperanza. Puedo hacer algo para recuperarlo todo: Beatrice, Silvia, amigos, instituto... A veces basta la palabra de alguien que cree en ti para devolverte al mundo. Canto en voz alta, no sé bien qué. La gente con la que me cruzo me toma por loco, pero me da igual y canto aún más alto cuando alguien pasa a mi lado, para obligarlo a disfrutar conmigo.

Cuando entro en casa cantando y con la cara descompuesta por el llanto, mi madre lanza una ojeada inquieta a mi padre, que menea la cabeza y suspira. ¿Por qué será que los padres piensan que estamos bien solo cuando parecemos normales?

Primero: Silvia. Esta vez voy a verla personalmente, sin SMS de mierda, voy personalmente, con mi cara en la que figura escrito, o mejor dicho tatuado «Soy un pobrecito, perdóname».

Hago una cosa que no he hecho nunca: le compro un ramo de flores. Paso vergüenza durante todo el rato que estoy bajo la marquesina del quiosco eligiendo las flores, sobre las que no tengo ni idea. Al final me inclino por las rosas. En número impar, eso es lo único que he aprendido en una revista de mi madre. Compro tres rosas blancas (es la única excepción al miedo que le tengo al blanco) y voy a la entrada de la casa de Silvia. Telefonillo. Su madre, que probablemente no sabe nada, me abre. La cosa empieza bien. Subo.

Entro en el cuarto de Silvia; ella está escuchando música con los cascos puestos y no me ha oído pasar. Levanta la vista y se topa con tres ojos blancos que la están mirando y le piden perdón. Se queda estupefacta. Se quita los cascos y me mira con dureza, luego huele las rosas. Cuando levanta de nuevo la vista, sus ojos azules sonríen. Me abraza y me da un beso en la mejilla. No es un beso cualquiera, sino uno de esos que lleva en los labios ese algo más que no tienen los de un simple saludo. Es un calor añadido que se siente, se queda pegado en la mejilla. Lo he notado por la forma con que se ha demorado un instante antes de apartar los labios. No ha dicho una sola palabra. Yo solo digo «Perdona». Y lo digo con mi voz, sin riesgo de que el T9 lo transforme en «miedo», pese a que un poco de miedo sí que tengo. Pero Silvia me quiere y cuando alguien te quiere, «perdona» nunca es «miedo».

Estoy contento, tan contento que las rosas blancas me parecen casi teñidas de rojo, como las de *Alicia en el país de las maravillas. «De* rojo te teñiré, de rojo te teñiré...», canto para mis adentros, como un niño feliz que se zambulle en una piscina de nocilla.

Estoy sin escayola desde hace ya días, pero al parecer el cerebro se me ha quedado escayolado... no se mueve. Por eso estudio con Silvia. Solo ella puede ayudarme a recuperar los días de estudio perdidos y no quisiera estropearme el verano preparando exámenes de septiembre. Con Silvia me siento fuerte. Me siento feliz. Pero cuando pienso en Beatrice me sigo perdiendo. Tras la enésima vez en que Silvia tiene que hacerme bajar a la tierra desde uno de mis viajes a la luna, se pone de pie y saca algo de un cuaderno que tiene en su cuarto, uno de esos diarios en los que las chicas escriben sus pensamientos.

En esto las chicas son mejores que nosotros, al menos Silvia es seguramente mejor que yo, porque las chicas escriben en sus diarios las cosas importantes. Cada vez que descubren algo importante lo anotan, así pueden releerlo y recordarlo en cualquier momento.

Yo tengo mogollón de cosas importantes que me gustaría recordar, pero luego nunca las escribo, porque soy un vago. Por eso las olvido y cometo siempre los mismos errores, lo sé, pero no quiero sentarme, pasar un rato con el culo pegado a una silla. Eso es lo que quiere decir tener talento, pero no esmerarse. Tener un culo y no sentarse nunca, que para eso está el culo... Si hubiese escrito todo lo que he descubierto, a saber cuántas cosas no necesitaría aprender cada dos por tres. Creo que más que un diario me saldría una novela. Creo que podría gustarme ser escritor, pero no sé bien cómo se empieza y además me desanimo enseguida porque cuando trato de imaginarme un argumento nunca se me ocurre nada.

Total, que Silvia tenía uno de esos diarios que te sirven para recordar las cosas. Y en una página de ese diario hay una cuartilla.

—Mira, aquí está el borrador de la carta que escribimos para Beatrice.

En ese instante mi alma se recompone. Como por una especie de milagro, todos los trozos de papel que el río se había tragado con mi rabia y cobardía están ahí, delante de mí, rehechos por un milagro de Silvia, que ha guardado aquellas palabras.

—¿Por qué la has guardado?

Silvia no responde enseguida, juguetea con el borde de la cuartilla, como si la acariciara. Luego sin mirarme susurra que esas palabras le gustaban, le gustaba releerlas y que desearía que algún día su chico le dedicara palabras tan bonitas. Silvia me escruta los ojos, y yo por primera vez la miro dentro de los ojos.

Hay dos modos de mirar el rostro de una persona. Uno es mirar los ojos como parte del rostro. Otro es mirar los ojos y nada más, como si fueran el rostro. Es una de esas cosas que dan miedo cuando las haces. Porque los ojos son la vida en miniatura. Blancos alrededor, como la nada en que flota la vida, el iris de colores, como la variedad imprevisible que lo caracteriza, hasta zambullirse en el negro de la pupila que todo lo devora, como un pozo oscuro sin color ni fondo. Y ahí es donde me he zambullido mirando a Silvia de aquel modo, entrando en el océano profundo de su vida y dejándola a ella entrar en la mía: los ojos. Sin embargo, no he sostenido su mirada. Silvia, en cambio, sí.

—Si quieres, la reescribimos y se la llevas a Beatrice. Si quieres, vamos juntos.

Silvia ha leído mis pensamientos.

—Solo así podría hacerlo —le digo con una sonrisa tan amplia que las comisuras de la boca tocan los ojos.

Luego nos hemos puesto a estudiar, y cuando Silvia te explica las cosas todo se vuelve más fácil: la vida se vuelve más comprensible.

El Soñador me examina. He preparado el examen con Silvia. Todos se esperan un duelo a muerte después de las estocadas del otro día, pero nadie, salvo Silvia, sabe que entremedias ha habido un helado y un millón de metros cúbicos de lágrimas. Todo irá bien. El Soñador y yo ya somos amigos. Pero resulta que me hace preguntas dificilísimas; le clavo los ojos y le digo:

—Pero eso no viene en el libro.

Él, sin alterarse, responde:

—¿Y cuál es el problema?

Yo guardo silencio y no contesto. El me mira serio y luego me dice que me creía más inteligente, pero resulta que soy el típico estudiante que repite las cosas de memoria y se pierde con la primera pregunta un poco diferente.

—Las respuestas importantes están escritas entre líneas de los libros y has de ser capaz de leerlas.

¿Quién coño eres tú, Soñador, para arruinarme así la vida y para creer que lo sabes todo y que me importa algo lo que pienses? Tú y nadie más que tú ve así las cosas. Deja ya de tocarme los cojones con tus trolas espaciales y examíname igual que a todos los demás. Cuando estoy a punto de mandarlo a hacer puñetas y de largarme, dice:

—¿Huyes?

Entonces me acuerdo de Beatrice y de mi huida del hospital. Dentro de mí ocurre algo, sale de la caverna el hombre en el que me había convertido hacía unas noches. Y entonces le respondo.

No con los tacos de los niños mimados. Le respondo como hace un hombre. Saco un nueve, por primera vez en mi vida. Y aquella nota no es por la historia. Aquella nota es por mi historia, por mi vida.

Beatrice ha regresado a casa. El intento de trasplante de médula no ha salido bien. El tumor no se cura y su sangre, roja, se sigue transformando: blanca dentro de sus venas. Una de las serpientes más venenosas del mundo puede matar con su veneno haciendo padecer atroces sufrimientos a su víctima. Es un veneno que disuelve los tejidos de las venas. Se empieza a perder sangre por la nariz y los oídos, y todas las venas se van deshaciendo, hasta que la víctima muere.

Eso es lo que le está pasando a Beatrice. Beatrice, la criatura más maravillosa que hay sobre la faz de la tierra. Beatrice, que solo tiene diecisiete años y el pelo rojo más bonito que recuerde la historia. Beatrice, las dos ventanas verdes más hermosas de la galaxia. Beatrice, una criatura que existe por su belleza, a fin de llevarla por el mundo para que lo mejore con su sola presencia.

Beatrice está envenenada por esa maldita serpiente blanca que se la quiere llevar. ¿Por qué tanta belleza desperdiciada? Para hacernos sufrir más. Beatrice, te lo ruego, quédate. Dios, te lo ruego, déjame a Beatrice. Si no, el mundo se volverá blanco.

Y yo me quedaré sin sueños.

Hoy vuelvo a ver a Niko. Me he acordado del pique de las hamburguesas al que jugamos una vez: quién come más hamburguesas de Mac. Niko ganó trece a doce. Después, los dos estuvimos vomitando tres horas seguidas. Nunca me he encontrado tan mal en toda mi vida. Cada vez que lo recordamos nos dan arcadas de tanto reír. Por eso ahora en Mac siempre comemos palitos de pollo.

Niko.

Me he acordado porque Niko me ha lanzado el pique de los goles: gana el que marca más tantos en el partido que jugamos hoy contra los de segundo C, el equipo se llama Vitamina C, y lo cierto es que la necesita... Si ganamos este partido recuperaremos el primer puesto y podremos navegar tranquilamente hacia la final del torneo. Solo hay un pequeño, insignificante problema: yo no debería jugar todavía al fútbol...

En estos casos solo cabe una solución. Volverse el hombre invisible. Radio encendida, puerta cerrada, paso sigiloso y huida silenciosa hacia el terreno de juego. Como mis padres me pillen, estoy perdido. Esta vez ellos me romperían el brazo y también una pierna... pero al menos jugaré el partido y si marco unos cuantos goles podré seguir compitiendo por el Pichichi.

Pues ya estoy aquí, con mis flamantes botas de fútbol sala, que acarician la hierba de tercera generación como si fuese la mejilla de una chica. De nuevo en el campo, con Niko. No sabe todo lo que me ha pasado en estas semanas, no le cuento todo, como a Silvia. No hace falta. O quizá me avergüence. Pero en el campo siempre sontos los mejores. De pequeños ambos queríamos ser como los gemelos Derrick, los de la catapulta infernal de «Oliver y Benjuí», pero ninguno de los dos tenía un gemelo. Así, cuando nos conocimos en el instituto, comprendimos que el uno era para el otro el gemelo que estaba esperando. Nunca aprendimos a hacer la catapulta infernal, pero una vez lo intentamos: yo salí con un moretón apocalíptico y Niko se estampó contra el travesaño...

Eso sí, en el área chica triangulamos como ni el mismísimo Pitágoras pudo imaginar con su teorema. Ganamos por goleada. Marco cinco goles. Estamos empatados con el equipo del Vándalo y él me saca un gol de ventaja en la clasificación de goleadores. No podía salir mejor. Me cambio deprisa para volver a casa sin que me vean. Niko me para.

—Ya tengo una tía.

Me lo dice de sopetón mientras se quita la camiseta de los Piratas y la noticia se mezcla con la peste de su sudor.

—Se llama Alice, está en cuarto de secundaria, sección H.

Me concentro para visualizar a las chicas de cuarto, pero no caigo en ninguna Alice.

—No la conoces. Sus padres son amigos de los míos y yo no lo sabía. La vi en casa una noche que los habían invitado a cenar.

Tengo curiosidad por saber cómo es.

—Está buenísima. Alta, pelo negro y largo, ojos negros. Hace atletismo, carreras de velocidad. Tendrías que verla. Cuando paseo con ella, todo el mundo vuelve la cabeza para mirarla.

Permanezco callado. No consigo alegrarme con la noticia. Niko está demasiado abstraído pensando en sus paseos en compañía de aquel bombón y demasiado ocupado con sus patatas fritas como para darse cuenta de que finjo interés y alegría. Caigo catapultado en la habitación de hospital donde la chica más hermosa del mundo está acurrucada como una niña herida, cuya belleza ha sido absorbida entera por el veneno de una serpiente, y esa belleza no solo no va a ser mía, sino que va a desaparecer.

—Me alegro por ti.

Niko quiere presentármela cuanto antes. Yo le respondo mecánicamente que sí, aunque lo cierto es que a la tal Alice espero no verla nunca.

—¿Has visto el nuevo Fifa? Está de miedo, tenemos que bajarlo.

Asiento con una sonrisa forzada, mientras veo a Niko absorbido por la edad de piedra y en el país de las maravillas de Alice.

—Sí, tenemos...

Es lo único que consigo decir. Y el único «miedo» en el que pienso es en el miedo espantoso de perder a Beatrice. Nunca me he sentido tan solo después de un triunfo con mi equipo de Piratas.

—... es una cuestión de vida o muerte...

—Anda, Leo, no exageres, en el fondo solo es un videojuego. Tengo que irme, Alice me está esperando. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Introduzco la llave como un ladrón.

La puerta se abre lentamente. Nadie a la vista. La música del equipo está sonando a rienda suelta. Reconozco la voz de Vasco Rossi, que repite: «Quiero una vida temeraria, quiero una vida como la de las películas», y me parece una broma de mal gusto. Cierro la puerta. Mamá no me ha oído, pero en ese instante Terminator es el que empieza a ladrar como un loco por la presión de su vejiga, que entra en fibrilación cada vez que me ve abrir y cerrar una puerta. Mamá aparece atraída por el estrépito y yo estoy ahí, con el chándal y la mochila, y Terminator gira a mi alrededor dando saltos torpes y sin parar de ladrar.

—¿Qué haces ahí? ¿No estabas en tu cuarto?

Leo, respira hondo: aquí te lo juegas todo.

—Sí, pero me he tomado un descanso, he sacado a mear a Terminator. ..

La única excusa que puede salvarme...

Mamá me mira como un policía en un interrogatorio de una película americana.

—¿Y cómo es **que** apestas así?

—He aprovechado para correr un poco. Ya no aguanto estar todo el rato sin hacer otra cosa que estudiar... perdóname, mamá, tendría que haberte avisado antes, pero Terminator estaba como loco... ya sabes cómo es.

Mamá relaja el rostro. Y yo me voy disparado a mi cuarto, donde Vasco está gritando: «Todo me importa un pito, sííí», antes de que mi cara delate la mentira que he contado y de que Terminator demuestre, con hechos, que nadie ha sacado a pasear a su incontinente vejiga...

Lunes. Son las ocho menos cinco. Me espera una jornada de cinco horas, con los deberes de inglés a medias. Una especie de gigantesco cheeseburger no con hamburguesa, sino con una loncha de mármol. Veo a lo lejos a Niko con Alice, que efectivamente no pasa del todo inadvertida. No me han visto. No quiero cruzarme con ellos; son demasiado felices.

Me escabullo y me escondo detrás de un grupo de segundo que repasa en la *Gazzetta dello Sport* la clasificación de los futbolistas para calcular los resultados del Deportivo Fanta. Últimamente sigo menos el fútbol. Estoy tan absorbido por el mogollón de cosas que me están pasando, que no me queda tiempo para mirar la cantidad de retransmisiones habidas y por haber y los partidos de todos los campeonatos jamás inventados sobre la faz de un rectángulo de hierba verde.

Sea como sea, la imagen de Niko y Alice tan felices es demasiado fuerte para mí esta mañana y cinco horas de tortura agravarían la situación. Vuelvo al exterior y entro en una calle lateral poco concurrida, me expongo a pocos encuentros cercanos de todo tipo, del primero al tercero y así sucesivamente. Por qué será que cuando decides no entrar en el instituto inevitablemente te encuentras con personas a las que no ves desde hace siglos, en especial a las amigas de mamá, con las cuales, mira por dónde, mamá va a merendar esa tarde.

«Cómo ha crecido tu hijo, ya es todo un buen mozo... esta mañana, a eso de las doce, me he encontrado con él en el parque...»

Aparte de que para las amigas de las madres todos se vuelven «buenos mozos», mamá de todos modos sigue el juego, minimiza, finge enorgullecerse de aquel golfo que a las doce tendría que estar con el trasero pegado a una silla verde en el instituto y desde luego no repantingado en el banco rojo de un parque...

Basta de pajas mentales: la suerte está echada y dad al César lo que es del César, como dice César, al menos eso creo. Oigo a lo lejos la campana, que suena como las campanas de un funeral. Y yo no quiero morir. Cada paso que me aleja del instituto abre un abismo de miedo y transgresión que obliga al asfalto a tragarme. Pero ¿por qué es tan difícil ir al instituto? ¿Por qué tenemos que hacer cosas cuando estamos enfrascados en resolver otras que son vitales? ¿Y por qué la profe de inglés está viniendo precisamente por esta calle que es la menos transitada de todo el barrio del instituto?

Me agacho justo a tiempo hasta mis zapatillas, que finjo atar detrás de un deportivo, el cual me ofrece un amparo suficiente; con el rabillo del ojo veo a la profe apretar el paso, porque también ella llega con retraso y está tan concentrada buscando algo en su bolso que no se fija en mí y me adelanta. ¡Se ha marchado! Respiro aliviado, y un segundo después caigo en la cuenta de que el fingido acto de atarme las zapatillas lo he ejecutado sobre la plasta matinal y humeante de un Terminator cualquiera...

¡Día de suerte!

Cuando haces novillos te sientes un ladrón. ¿Y dónde se refugian los ladrones tras un golpe? En su guarida. Mi guarida es el banco rojo perdido en el parque junto al río —el de mi primera noche de vagabundo—, bajo un inmenso árbol con ramas bajas y retorcidas, que parece un paraguas con un millón de varillas.

En ese banco, protegido por aquel paraguas, he conquistado a millones de chicas estupendas, resuelto los problemas más espinosos de la humanidad, me he convertido en un superhéroe enmascarado y he devorado bolsas tamaño familiar de patatas fritas a la barbacoa, mis preferidas. El tiempo allí abajo pasa rapidísimo, mucho más que el agua serena del río. En aquel banco está oculto el secreto del tiempo y todos los sueños pueden hacerse realidad.

Así que hoy es el día oportuno para esmerarse (de vez en cuando me esmero, pero como digo yo...) en mi banco de madera, bajo la protección del árbol-paraguas. Pongo la mochila en un rincón y me tumbo con las piernas dobladas. El cielo es azul solo por momentos, lo surcan unas nubes blanquísimas. No son nubes de lluvia, sino nubes que llegan del mar. Eso vuelve el azul aún más intenso. Mi mirada atraviesa las ramas del paraguas y mezclada con el color de las hojas Ovales alcanza el cielo, y en ese cielo veo grabada la imagen de mi felicidad: Beatrice. Nadie presta atención al cielo, hasta que se enamora. Las nubes se vuelven rojas, que son sus cabellos ondeando á lo largo de miles de kilómetros, y así cubren el mundo con un suave manto, blando y fresco.

Tengo que salvar a Beatrice, aunque sea lo último que haga, y me encuentro en el sitio adecuado. Solo en este banco podrán cumplirse los sueños y me duermo en el silencio del parque, como el último vagabundo feliz después de una borrachera de vino tinto. Si tuviésemos tiempo y el banco adecuado, la felicidad estaría garantizada. Lamentablemente, sin embargo, alguien ha inventado la enseñanza obligatoria.

La vibración de algo contra mi pierna me saca del sopor; doy un respingo pensando que es un asqueroso saltamontes caído de una rama. Pero en realidad no es más que mi móvil. Mensaje: «La profe de inglés ha dicho que esta mañana te ha visto pero no estás en clase. Creo que estás jodido. Giak». Y el cabrón disfruta. ¡Estoy realmente jodido! ¿Por qué te pondrán tantas trabas para ser feliz y justo cuando estás intentando dar una respuesta definitiva a ese problema tiene que aparecer alguien que te lo impide? ¿Por qué Silvia no me ha enviado un mensaje? De todos modos, la cosa ya no tiene remedio.

Escribo un SMS a nadie, solo para aclararme las ideas. Escribo millones de SMS que no envío, me ayudan a reflexionar. «Estoy en mi sueño.» Una vez más, el T9 me sorprende. La palabra que aparece en la pantalla antes de la inserción de la «o» de *sogno* [sueño] es *rogo* [hoguera]. «Estoy en mi hoguera.»

En cualquier momento, mi banco podría convertirse en una hoguera, acorralado por todas las personas asqueadas por mi herejía sobre la vida, como se hacía en la Edad Media. Me atarían a la madera de aquel banco y me prenderían fuego bajo este cielo maravilloso, acusándome de ser un cobarde, un miedoso, un huidor, un holgazán, un zángano. Y mi sueño se hará humo. Pero justo por eso tengo que protegerlo. Tengo que protegerlo de la hoguera de mis padres y de los profes, de los envidiosos, de los enemigos. La madera de ese banco hoy vale mucho más que la madera de mi pupitre pintarrajeado.

No he faltado a clases por ser un zángano, sino porque antes he de resolver un problema más importante: el de la felicidad. Ya lo ha dicho el Soñador: «El amor no existe para hacernos felices, sino para demostrarnos cuan fuerte es nuestra capacidad de soportar el dolor».

Claro, eso diré a mis padres, cuando me pongan en la hoguera del castigo merecido. Solo quería amar. Nada más. Quiero curarme de todas las drogas: la pereza, la Playstation, YouTube, los Simpson... ¿Podéis entenderlo?

Saco mi navajita y comienzo a grabar algo en el tronco del árbol de al lado. Mientras lo hago pienso mecánicamente en mi próximo movimiento, el movimiento para dar jaque mate al destino, el movimiento para ser feliz. Miro el cielo de vez en cuando y mis dedos se demoran en los pliegues seculares de aquel árbol, que es fuerte, que es firme, que es feliz en el corazón de ese parque. Es un árbol y hace de árbol: hunde sus raíces en las aguas del río de al lado y crece. Sigue su naturaleza.

Ese es el secreto de la felicidad: ser solo uno mismo. Hacer aquello para lo que valemos. Me gustaría poseer la fuerza de aquel árbol, áspero y duro por fuera, vivo y tierno por dentro, donde circula la savia. No me atrevo a ir a ver a Beatrice. Tengo miedo. Tengo vergüenza. Me tengo a mí mismo, pero eso no basta, nunca basta. Sigo grabando la corteza, sin pensar...

—¿Qué estás haciendo?

Sin siquiera mirar la cara del guardia, respondo:

—Un trabajo de ciencias...

—¡Pero si tú nunca has estudiado ciencias!

No es la voz de un guardia. Me doy la vuelta.

—¡Silvia!

Me mira con unos ojos que no le conozco. Silvia es una estudiante ejemplar, cumplidora, jamás ha faltado a clase salvo por una enfermedad grave, como el escorbuto o la lepra, pero no por una simple subida del termómetro calentado con la lámpara de la mesilla de noche, como hago yo. Silvia está allí, delante de mí. Silvia está haciendo novillos conmigo y por mi causa. Silvia iría a buscarme al infierno con tal de hacerme feliz. Silvia es un ángel azul. Lo sabía. O a lo mejor es un ángel con el semblante de Silvia que me castigará con su espada de fuego por haber hecho novillos.

—Oye, tú y yo teníamos un pacto. Tenemos que ir juntos a ver a Beatrice. Cuando esta mañana te he visto huir, supe que vendrías aquí.

Le hago sitio en el banco donde se cumplirán los sueños.

—¿Tú también? Hoy me ha visto todo el mundo. Oye, ¿por casualidad me han cogido en *Gran Hermano* y no me he enterado?

Silvia sonríe. Luego mira la corteza del árbol: el tronco lo ha herido mi navajita con una fórmula matemática: F=B+L. Se pone seria, contrae el rostro un instante, una mueca de dolor. Pero desaparece enseguida y dice:

—Entonces, ¿nos vamos a resolver la ecuación de la felicidad?

Silvia es la savia de mi valor, oculta pero viva, me da fuerzas para afrontar mis limitaciones. Le cojo la mano.

—Vamos. Hoy no habrá ninguna hoguera. Solo sueños.

Silvia me mira, poniendo cara de punto de interrogación.

—Nada, nada. Prodigios del T9...

Debajo de la casa de Beatrice me acomete el síndrome de los saltamontes: como en los *Blues Brothers,* cualquier excusa es buena para huir. Pero Silvia es inflexible. Me agarra con fuerza la mano y subimos. Nos abren y nos encontramos en el salón, sentados enfrente de la señora pelirroja que vi por primera vez en el hospital y luego en la foto: la mamá de Beatrice. Conoce a Silvia, pero no a mí. Por suerte. Nos dice que Beatrice está durmiendo. Está muy cansada. Últimamente sus fuerzas han mermado.

Yo le cuento lo de la donación de sangre, lo del accidente y todo lo demás. La señora habla con voz sosegada; tiene la cara cansada y envejecida desde la última vez, como si su juventud se hubiera quedado en aquella foto. Nos pregunta si queremos tomar algo. Yo, como siempre en estos casos, no sé qué hacer y digo que sí. Hablando con ella tengo la impresión de ver a Beatrice de adulta. Beatrice será aún más guapa que su madre, que es una mujer estupenda.

Mientras va por unos refrescos trato de memorizar todos los objetos de la casa. Todas las cosas que Beatrice toca a diario. Un florero en forma de vaso, una hilera de elefantitos de piedra, un cuadro de una marina centelleante, una mesa de cristal sobre la que hay un cuenco lleno de piedras ovales de colores iridiscentes. Cojo una: tiene todos los matices del azul, del alba a la noche profunda. La guardo en un bolsillo, seguro de que Beatrice la ha tocado. Silvia me fulmina con la mirada azul de sus ojos. La madre regresa.

—Pero ¿cómo es que no habéis ido al instituto?

Silvia calla. Me toca a mí.

—La felicidad.

La señora me mira confundida.

—Beatrice es el paraíso para Dante. Por eso hemos venido a verla.

Silvia rompe a reír. Yo permanezco serio y me pongo rojo, casi violeta. Sin embargo, cuando veo reír a la madre de Beatrice, también me pongo a reír. Nunca me he sentido tan ridículo y contento al mismo tiempo. La señora sonríe con una dulzura que raramente he visto en el rostro de un adulto: solo mamá sonríe así. Sonríe también su pelo color cobre, a ratos luminoso, a ratos apagado. Se levanta.

—Voy a llamar a Beatrice, veamos si puede.

Me quedo quieto, petrificado por el terror. Ahora comprendo qué estamos haciendo realmente. Estoy en casa de Beatrice y me dispongo a hablarle cara a cara por primera vez. Las piernas no tiemblan, flamean como una bandera, y toda la saliva se ha recogido en algún sitio, dejándome en la boca un Sahara en miniatura. Bebo un trago de Coca-Cola, pero mi lengua sigue tan seca como la leña de una chimenea.

—Venid.

Y yo no estoy para nada listo. Me he vestido al buen tuntún. Me tengo solo a mí mismo, y no creo que sepa bastarme. Nunca sé bastarme. Eso sí, está Silvia.

Me encuentro cara a cara con la sonrisa de Beatrice. Es una sonrisa cansada, pero una sonrisa auténtica. Su madre sale y cierra la puerta. Yo me siento frente a la cama; Silvia, en la punta. Beatrice tiene una fina capa de pelo rojo que le da aspecto de militar, aunque sigue siendo una perfecta mezcla de Nicole Kidman y Liv Tyler. Sus ojos verdes son verdes. Tiene el rostro tirante, pero delicado y rebosante de paz, con los pómulos dulces y el corte redondeado de los ojos. Toda su figura es una promesa de felicidad.

—Hola, Silvia; hola, Leo.

¡Sabe mi nombre! Se lo habrá dicho su madre, o me ha reconocido como el autor de los mensajes en el móvil. Ahora va a pensar que la persigo, que soy aquel pringado que le daba la lata con los SMS. Sea como sea, ha pronunciado mi nombre, y aquel «Leo» brotado de los labios de Beatrice de repente parece real. Silvia le coge la mano y permanece en silencio.

—Quería conocerte, es amigo mío —dice luego.

Estaba a punto de llorar de felicidad. Los labios se movían solos, aun sin saber qué debían decir.

—Hola, Beatrice, ¿cómo estás?

¡Vaya pregunta de mierda! ¿Cómo quieres que esté, estúpido?

—Bien. Solo un poco cansada. Verás, el tratamiento es un poco pesado y me deja sin fuerzas, pero estoy bien. Quería agradecerte que hayas donado sangre. Mi madre me lo ha contado todo.

Así que es verdad que mi sangre alimenta el pelo rojo de Beatrice. Me siento feliz. Felicísimo. Los pocos pelos rojos que le están creciendo en su cabeza desnuda son fruto de mi sangre. De mi amor rojosangre. Pienso tan intensamente en esto que se me escapa la siguiente estupidez:

—Me encanta que mi sangre pueda circular por tus venas.

Beatrice se explaya en una sonrisa capaz de descongelar en un segundo un millón de bastoncillos Findus y mi corazón redobla los latidos, tanto que las orejas se me calientan y creo que también se enrojecen. Enseguida le pido disculpas. He dicho una frase estúpida y sin el menor tacto. ¡Menudo imbécil! Quiero desaparecer en la oscuridad de aquel cuarto, de cuyo interior aún no he mirado nada, tan concentrado estoy en el rostro de Beatrice: el centro de la circunferencia de mi vida.

—No pasa nada. A mí me alegra tener tu sangre en mi corazón. Así que hoy no habéis ido a clase para venir a verme... gracias. Hace tanto que no voy al instituto, que todo me parece tan lejano...

Tiene razón. Comparado con lo que ella está pasando, las clases son un paseo. ¿Cómo es posible que a los dieciséis años estés convencido de que la vida son las clases y de que las clases son la vida? ¿De que el infierno son los profes y el paraíso los días de vacaciones? ¿Que las notas son el juicio universal? ¿Cómo es posible que a los dieciséis años el mundo tenga el diámetro del patio del instituto?

Sus ojos verdes relampaguean en su rostro de perla como fuegos en la noche, manifestando una vida que mana dentro de ella, como si fuese una fuente de montaña, oculta y silenciosa y llena de paz.

—Cuántas cosas quisiera hacer, pero no puedo. Estoy muy débil, me canso enseguida. Soñaba con aprender idiomas, con viajar, con tocar un instrumento... Ya no podré hacer nada de eso. Y además mi pelo. Me avergüenza que me vean así. Mamá ha tenido que convencerme para que os deje pasar. También he perdido el pelo, lo más bonito que tenía. He perdido todos mis sueños, igual que mi pelo.

La miro y no sé qué decir, ante ella me he convertido en una gota de agua evaporándose al sol de agosto y mis palabras vanas no son sino el aliento que se pierde en el aire. Y, en efecto, puntual e inoportuno como la campana del instituto digo:

—Te volverá a crecer, y también todos tus sueños. De uno en uno.

Sonríe con esfuerzo, pero los labios le tiemblan.

—Ojalá, eso es lo que deseo con toda mi alma, pero parece que mi sangre no quiere curarse. No para de pudrirse.

Una perla en forma de lágrima brota del ojo izquierdo de Beatrice. Entonces Silvia le acaricia la cara y recoge la lágrima como si fuese una hermana. Y un instante después ella también sale del cuarto. Me quedo a solas con Beatrice, que cierra los ojos, cansada y preocupada por la reacción de Silvia.

—Lo siento. A veces digo palabras demasiado fuertes.

Beatrice se preocupa por nosotros cuando tendría que ser al revés. Estoy a solas con ella y ahora tengo que confiarle el secreto de su curación. Yo soy tu felicidad, Beatrice, y tú la mía. Solo cuando ambos lo sepamos y nos pongamos de acuerdo, todo será posible, siempre. Me concentro para decirle que la amo, cojo carrerilla en mi interior, como si mi cuerpo fuese una pista de atletismo, pero no puedo arrancar. Te amo, te amo, te amo. Son solo tres letras más otras dos, puedo hacerlo. Beatrice nota mi vacilación.

—No hay que tener miedo a las palabras. Es lo que he aprendido con la enfermedad. Hay que llamar a las cosas por su nombre, sin miedo.

Por eso quiero decirte, por eso voy a decirte... por eso voy a gritarte que te amo.

—Aunque la palabra sea muerte. Yo ya no le tengo miedo a las palabras, porque ya no le tengo miedo a la verdad. Cuando tu vida es lo que está en juego, no soportas los rodeos.

Por eso ahora he de decirle toda la verdad, ahora. La verdad que le dará la fuerza para curarse.

—Hay algo que quiero decirte.

Oigo salir esas palabras de mi boca y no sé de dónde he sacado aquella frase ni quién ha tenido el valor de pronunciarla. No sé cuántos «Leos» hay dentro de mí, antes o después tendré que elegir uno. O mejor dejo que Beatrice elija al que más le guste.

—Dime.

Guardo silencio un minuto. El Leo que acababa de tener el valor de pronunciar la frase ya se ha escondido. Ahora tendría que decir «te amo». Lo encuentro escondido en un rinconcito oscuro, con las manos delante de la cara, como si algo monstruoso fuera a agredirlo, y lo convenzo para que hable. Anda, Leo, sal de ahí, como el león que sale de la espesura. ¡Ruge!

Silencio.

Beatrice espera. Me sonríe para animarme y me pone una mano en el brazo.

—¿Qué pasa?

Del contacto de su mano resulta un borboteo de sangre y palabras.

—Beatrice... yo... Beatrice... te amo.

En mi rostro se dibuja la típica expresión de examen de mates, a los que te presentas por si las moscas esperando que la profe diga con un gesto si te estás equivocando o no, para recular como si no hubieras dicho nada. La mano de Beatrice, frágil y pálida como la nieve, se posa sobre la mía cual mariposa, cierra los ojos unos segundos, respira hondo y, con los ojos otra vez abiertos, dice:

—Es bonito que lo digas, Leo, pero no sé si lo has comprendido: me estoy muriendo.

Aquel montón de sílabas cortantes como un huracán de espadas me deja desnudo ante Beatrice, desnudo, herido y sin defensas.

—No es justo.

Lo digo como quien se está despertando de una larga noche y se encuentra en medio de un sueño, cuando aún es incapaz de distinguir la realidad de la oscuridad. La verdad es que he susurrado, pero ella me ha oído.

—No es cuestión de que sea justo, Leo. Por desgracia, es un hecho, y este hecho me ha tocado a mí. Lo importante es saber si estoy preparada o no. Antes no lo estaba. Pero puede que ahora lo esté.

Ya no la sigo, no entiendo sus palabras, algo se rebela en mi interior y no quiero escuchar. ¿Mi sueño me devuelve a la realidad? Definitivamente, el mundo se ha invertido. ¿De cuándo acá los sueños te hacen ver la realidad? Algo invisible me está azotando y me quedo sin defensas.

—Todo el amor que he sentido a mi alrededor en estos meses me ha cambiado, me ha hecho tocar a Dios. Poco a poco voy dejando de tener miedo, de llorar, porque creo que cerraré los ojos y me despertaré cerca de él. Y ya no sufriré más.

No la entiendo. Mejor dicho, me enfado muchísimo. Yo escalo las montañas, surco los mares, me sumerjo en el blanco hasta el cuello y ella me rechaza así. He hecho de todo por conseguirla y cuando la tengo al alcance de la mano descubro que está lejanísima. Se me crispan los dedos, se me tensan las cuerdas vocales para ponerme a gritar.

Beatrice se acerca y me coge las manos crispadas, que se distienden, al tiempo que las cuerdas vocales se relajan. Tiene las manos calientes, y yo siento que mi vida sale de mis dedos al acariciar los suyos, como si a través de las manos nos pudiéramos intercambiar las almas o las almas ya no encontraran fronteras infranqueables. Luego

ella deja mis manos delicadamente, dando al alma tiempo para volver a su cubil, y la siento zarpar de nuevo, lejos de mí, hacia un puerto que no conozco.

—Gracias por la visita, Leo. Ahora tienes que irte. Lo siento, pero estoy muy cansada. Pero me gustaría que volvieras a visitarme. Anota mi móvil, así me avisas cuando vayas a venir. Gracias.

Estoy tan confundido y helado que actúo sin pensar. Me hago el tonto, pues en realidad ya tengo su número, pero cuando me lo dicta caigo en la cuenta de que es distinto del que me dio Silvia hace tiempo. No puedo hacer preguntas, pero ahora se explican todos los mensajes sin respuesta. ¡Beatrice entonces no cree que sea un pringado y su silencio no era premeditado! Todavía me queda alguna esperanza. Puede que Silvia se equivocara, puede que le dieran mal el número, o sencillamente yo lo anoté mal. Mi memoria para los números es peor que la de mi abuela de noventa años. Me inclino y la beso en la frente. Su fina piel huele solo a jabón, sin dolcegabbana o calvinklein. Es su olor y punto. Beatrice y punto. Sin recubrimientos.

—Gracias a ti.

Me deja con una sonrisa, y cuando me vuelvo hacia la puerta noto que detrás de mí hay un abismo blanco que quiere masticarme y tragarme.

La madre de Beatrice me da las gracias y me dice que Silvia me está esperando abajo. Hago esfuerzos para mantener la serenidad.

—Gracias, señora. Si me da su permiso, me gustaría venir a ver a Beatrice. Y si necesita algo, solo tiene que pedírmelo. Llámeme cuando quiera... incluso por la mañana.

Ella ríe de forma franca.

—Eres un chico despierto, Leo. Lo haré.

Cuando salgo del portal, Silvia está ahí esperándome, apoyada contra una farola como si quisiera convertirse en uno de sus elementos. Me mira fijamente a los ojos, que apenas la distinguen, porque flotan en lágrimas. Me coge la mano y, fragilísimos como hojas, caminamos en silencio durante todas las horas que restan de aquel día, las manos entrelazadas, amparado cada uno no en su propia fuerza, sino en la que quería transmitir al otro.

Cuando regreso a casa, mi madre está sentada en el salón. Mi padre, sentado enfrente de ella. Parecen dos estatuas.

—Siéntate.

Pongo la mochila entre las piernas para defenderme de la furia que me embestirá dentro de un instante. Mi madre toma la palabra.

—Han llamado del instituto. Te juegas el curso. Terminantemente prohibido salir de casa desde hoy hasta que acaben las clases.

Miro a mi padre para comprender si se trata de la típica bronca de mamá que da lugar a una serie de contradicciones hasta convertirse en retirada de la paga o en prohibición de salir un sábado por la noche. Pero papá está mortalmente serio. Fin de la discusión. No digo nada. Cojo la mochila y subo a mi cuarto. ¿Qué más me da un castigo así? Si hace falta me fugo, solo faltaría que consiguieran retenerme en casa. Además, ¿qué podrían hacer si huyo? ¿Castigarme un año entero? Pues me volvería a escapar, hasta que me impusieran un castigo que durara toda la vida, pero eso no valdría de nada, pues la vida entera es un castigo y no tendría sentido sobreponer dos castigos. Uno de los dos sobraría. Me tumbo en la cama. Y mis ojos miran fijamente el techo, sobre el cual como en un fresco aparece el rostro de Beatrice.

«No sé si lo has comprendido: me estoy muriendo.»

Sus palabras me perforan como mil agujas las venas. No he comprendido nada de la vida, del dolor, de la muerte, del amor. Yo que creía que el amor triunfaba sobre todas las cosas. Iluso. Como todo el mundo: interpretamos el mismo guión en esta comedia, para ser masacrados al final. No es una comedia, sino una película de terror. Mientras me petrifico sobre mi cama, advierto que mi padre ha entrado en el cuarto. Está mirando por la ventana.

—Verás, Leo, yo también hice novillos una vez. Le acababan de regalar un Spider descapotable al hermano de un compañero de clase, y aquella mañana nos fuimos a la playa a probarlo. Todavía me acuerdo del viento que acallaba nuestras palabras dichas a gritos y aquel aguijón motorizado que cortaba el aire como un cilindro. Y luego el mar. Y de toda aquella libertad del mar que parecía nuestra. Los demás metidos dentro de las cuatro paredes del instituto y nosotros allí, veloces y libres. Todavía me acuerdo de aquel horizonte amplio y sin puntos de referencia, donde el único límite al infinito era el sol. En aquel momento comprendí que lo importante

ante la libertad del mar no es tener un barco, sino un lugar a donde ir, un puerto, un sueño, que merezca toda aquella agua que hay que atravesar.

Mi padre calla, como si viese por la ventana aquel horizonte y la luz de un puerto distante como en un sueño.

—Si aquel día hubiese ido a clase, Leo, hoy no sería el hombre que soy. Y las respuestas que necesitaba las recibí un día que falté a clase. Un día en que por primera vez busqué solo lo que quería, exponiéndome a ser castigado...

No sé si mi padre se ha convertido en Albus Dumbledore o en el doctor House, pero lo cierto es que ha comprendido perfectamente cómo me siento. Casi no me lo puedo creer. Tengo que montar una bien gorda para descubrir quién es mi padre... Es la primera vez que me cuenta algo acerca de su pasado. En el fondo, lo conozco desde hace más o menos dieciséis años y no sé mucho de él, casi nada de lo realmente importante. Iba a decir algo pero hubiera resultado tan memo que me callo; menos mal que papá prosigue.

—No sé por qué hoy no has ido a clase, y por eso te mereces un castigo, que forma parte del juego de asumir responsabilidades. No lo sé ni quiero saberlo. Me fío de ti.

El mundo está cambiando. Es probable que en cualquier momento se ponga a girar hacia el otro lado, que Homer Simpson se vuelva un marido modélico y que el ínter gane la Champions. Mi padre está contando cosas increíbles. Parece una película. Exactamente las palabras que necesito. Me pregunto por qué no lo ha hecho hasta ahora. Y la respuesta llega puntual, sin que yo haya formulado la pregunta.

—Ahora me doy cuenta de que estás dispuesto a arriesgar un año por lo que te importa, y estoy seguro de que no son tonterías.

Permanezco callado, preguntándome cómo por hacer novillos un solo día, tu vida puede pasar del blanco y negro al color. Primero Beatrice, ahora papá. Lo único que consigo decir es:

—¿Qué castigo te pusieron aquella vez?

Mi padre se vuelve hacia mí con una sonrisa irónica.

—Ya hablaremos de eso. Conozco dos o tres trucos que puedo enseñarte para no cometer ciertos errores de principiante.

Sonrío a mi vez. Y esa sonrisa que cruzo con mi padre es la sonrisa de un hombre a otro hombre. Mi padre sale del cuarto y cuando ya casi ha cerrado la puerta por fin me atrevo:

—Papá...

Vuelve a meter la cabeza, estilo caracol.

—Solo quisiera poder salir para ir a ver a Beatrice. Hoy he estado en su casa.

Mi padre permanece serio un instante y me preparo para su «ni hablar». Baja la mirada al suelo y enseguida la levanta.

—Permiso concedido, pero solo para eso. Si no...

Lo interrumpo:

—... Me reducirás al polvo de mi sombra, lo sé, lo sé...

Compongo una sonrisa casi perfecta.

—¿Y mamá?

—Yo hablaré con ella.

La puerta ya se ha cerrado cuando lo dice.

—Gracias, papá.

Lo repito dos veces. Las palabras ruedan por el suelo, mientras, tumbado sobre la cama, miro cómo el techo blanco se transforma en un cielo estrellado. La sangre bombea rápido en las venas y las inflama. Por primera vez tras un castigo no odio a mis padres ni a mí mismo. Y el polvo de mi sombra es polvo de estrellas.

Como no puedo salir de casa hasta que terminen las clases, me esperan más de dos meses de reclusión, exceptuando las visitas a Beatrice, que mamá ha ratificado como cláusula de nuestro armisticio. Estoy contento a pesar del castigo, pues me permiten salir para lo único que considero de verdad importante. Ya me inventaré algo para el torneo de fútbol... Además, gracias al castigo quizá pueda salvar el curso. Sin distracciones e imposibilitado de salir mis actuales ocupaciones son: estudiar (casi siempre con Silvia, que se esmera, yo no); estar frente al ordenador (pero también en este caso con horarios fijados el 21 de marzo, el día de la visita a Beatrice y del consiguiente castigo); leer libros, mejor dicho, leer un libro, el enésimo que me presta Silvia, titulado *Alguien con quien correr*, y tengo que reconocer que al menos el título no está mal, aunque trate de un perro al que hay que sacar a pasear (... es una persecución); tocar la guitarra (Niko viene de vez en cuando a casa y tocamos dos canciones juntos. Entretanto, él ha dejado a Alice, o mejor dicho, Alice lo ha dejado a él por otro); y, por increíble que parezca, mirar las estrellas.

Sí, mirar las estrellas, sencillamente porque papá me ha contagiado su pasión por la astronomía. Conoce todos los nombres de las constelaciones y es capaz de reconocer las estrellas creando con la punta del índice invisibles telarañas de plata que se unen como en una infinita sopa de letras.

A lo mejor algún día me resulta útil con Beatrice. Quiero enseñarle todas las estrellas e inventar para ella una constelación con su nombre. ¿Qué forma tendrá? ¿Qué forma tiene un sueño?



Entro en el cuarto de Beatrice con mi guitarra en bandolera. Me siento como uno de esos músicos ambulantes que van por los vagones del metro, y que al final mendigan un poco de felicidad.

Beatrice sonríe: he mantenido mi promesa; está echada en la cama boca abajo, leyendo, mientras el equipo de música hace resonar en las paredes del cuarto la voz de Elisa, que trata de salir por una rendija de la ventana cerrada.

—¡Así que hoy empezamos! —dice recogiendo en su sonrisa también el verde de sus ojos, como si estuviésemos por comenzar algo que no fuera a terminar nunca.

—Quiero aprender a tocar esta canción —dice señalando con la cabeza el equipo de música.

He esperado mucho tiempo
algo que no existe,
en vez de contemplar
la salida del sol...

—Con un maestro como yo eso está chupado... Eso sí, tendré que venir todos los días...

Beatrice ríe con el corazón en sus ojos reclinando la cabeza y tapándose la boca con la mano, como si quisiera frenar un gesto que excede el que puede permitirse, ella que podría permitirse cualquier cosa.

—Me encantaría, Leo, pero sabes que no estoy en condiciones...

Saco la guitarra de la funda como si fuese The Edge.

Me siento en el borde de la cama, cerca de Beatrice, que se incorpora. Quisiera apresar el aroma de sus movimientos en una grabadora de olores, si existiera algo así. Le pongo la guitarra sobre las piernas y le enseño cómo apretar el mástil, que parece demasiado voluminoso para el cuerpo débil de Beatrice. Mi brazo la ayuda desde atrás a colocarse bien y durante un instante mi boca está tan cerca de su cuello que se pregunta qué espera el cerebro para ordenarle que la bese.

La canción de Elisa ya no se oye.

—Bien, ahora tienes que mantener la cuerda apretada contra el mástil, presionando con el pulgar desde atrás y pellizcar la cuerda con la mano derecha.

Beatrice aprieta los labios en su esfuerzo por lograr que brote un sonido que sigue sordo en el cuarto ahora silencioso, el mismo sonido de su cuerpo sin fuerzas. Su cuerpo, que tendría que llenar el mundo con una armonía jamás oída, con una sinfonía ilimitada, tan solo puede producir una nota desgarbada. Apoyo mi mano sobre la suya y aprieto con un dedo, delicadamente. Las manos se sobreponen como cuando rezaba de niño.

—Así.

Y la cuerda empieza a vibrar.

Con mi cuerpo permito que el de Beatrice se ponga a tocar.

Beatrice me mira y sonríe como si le hubiese mostrado un tesoro oculto desde hace milenios, cuando simplemente le he enseñado a pellizcar una cuerda.

Me da la guitarra, impaciente.

—Enséñame cómo lo haces tú, así aprenderé más rápido.

Cojo la guitarra mientras ella se aparta un poco, doblando las piernas y estrechando las rodillas entre los brazos.

Comienzo a rasguear los acordes de la canción de Elisa. Beatrice los reconoce, cierra los ojos en busca de algo perdido.

—¿Por qué no cantas? —me pregunta.

—Porque no conozco la letra —me apresuro a responder, pero la verdad es que me da vergüenza cantar por miedo a desentonar.

Beatrice, con los ojos cerrados, abre la boca, levemente, y una voz frágil brota de sus cuerdas vocales como un manantial nuevo.

Y milagrosamente

no puedo no esperar.

Y si hay un secreto es hacer

todo como si solo viese el sol...

Mis dedos se vuelven parte de su voz, sobre los que discurre como si se hubiesen convertido en el lecho fluvial de aquel curso de agua vocal. Su voz llena cada rincón del cuarto, también aquellos donde la luz nunca llega, y se desborda por la ventana

para recorrer la ciudad dormida, ciega en su tráfago gris y repetitivo, ablandando los ángulos rectos de la vida cotidiana y las mandíbulas contraídas por el dolor y el cansancio.

Un secreto es

hacerlo todo como si,

hacerlo todo como si

solo viese el sol,

solo viese el sol,

solo viese el sol,

y no algo que no existe...

Acompaño las últimas palabras con un arpegio de cierre.

Permanecemos en silencio, en el silencio que ha surgido del final de la canción: un silencio doble, al cuadrado, en el que el eco de las palabras resuena como una canción de cuna que ha dormido las preocupaciones inútiles y despertado lo importante.

Beatrice abre los ojos y sonríe: el verde de sus ojos y el rojo de su pelo y el oro de su sonrisa son los colores con los que pintaron el mundo.

Luego Beatrice llora, con una sonrisa mezclada con las lágrimas.

Con la mirada fija, inmóvil, pendiente en ella, me pregunto por qué el dolor y la alegría lloran al mismo tiempo.

Las tardes que estudio con Silvia, en algunos casos, constituyen el único antídoto contra el veneno de la tristeza. Estudiamos y a veces un verso de Dante o la sentencia de un filósofo nos lleva lejos. Yo le cuento mis visitas a Beatrice. Le repito todo lo que nos decimos y me siento mejor: los encuentros con Beatrice permanecen en mi interior como una piedra que hay que digerir. Pero es imposible digerir las piedras. En cierto modo, las charlas con Silvia son las enzimas que me permiten digerir aquellas losas. Silvia me escucha con atención, no comenta. Sin embargo, una vez me preguntó:

—¿Quieres que recemos por ella?

Yo me fío de Silvia, y si ella piensa que eso es bueno, lo hago. Así que a veces rezamos una oración. No es que yo crea, pero Silvia sí. La oración que rezamos por la curación de Beatrice es la siguiente:

«Dios ("si existes", pero esto lo añado yo en secreto), cura a Beatrice».

No es gran cosa como rezo, pero contiene toda la esencia. Y si Dios es Dios, no necesita demasiadas palabras. Si Dios no existe, esas palabras son inútiles; si en cambio existe, quizá se despierte de su sueño milenario para ocuparse de una buena vez de algo que merece la pena. Esto nunca se lo he dicho a Silvia, para no ofenderla, pero es lo que pienso.

Beatrice. Voy a visitarla todas las semanas. No hay un día fijo, depende de su estado, porque hay tardes en las que está demasiado cansada. No hay mejoría: tras las últimas transfusiones la situación es estacionaria. Ella o su madre me envían un mensaje cuando se encuentra mejor y yo voy pitando a su casa en transporte público (tras el accidente mi scooter falleció y dudo que se reencarne en nada; además, aunque los daños los cubre el seguro, el pacto del 21 de marzo contempla un debate sobre la posible adquisición de un nuevo medio de locomoción, no bien identificado, solo si apruebo el curso).

Siempre llevo algo que pueda distraer a Beatrice. Cuando entro en su cuarto mi objetivo es llevarle un trozo de paraíso (en sentido metafórico, pues no creo en el paraíso), pero el paraíso lo encuentro ahí, porque está Beatrice (entonces tal vez el paraíso exista, pues cosas tan hermosas no pueden desaparecer). Una vez le llevé un CD y puse mi canción preferida.

—¿Me sacas a bailar?

Me lo pide con un hilo de voz. No me lo puedo creer. Sostengo el cuerpo fragilísimo de Beatrice a la luz de su cuarto y la hago flotar lentamente como una pompa, que en cualquier momento puede perderse en el aire. El pelo le ha crecido, tanto que ya huelo su aroma. Estrecho su mano y su cintura: un vaso de cristal que puede hacerse trizas con facilidad, incluso por culpa del líquido rojo que yo quiero derramar dentro.

Mi deseo de llevármela a la cama, que era lo que antes me concitaba, queda lejos: pero no me he vuelto marica. Su cuerpo tras la ropa ligera que lleva parece ser parte de mí, como si nuestra piel no supiese qué huesos ni qué músculos cubrir. Su rostro apoyado en mi cuello es la pieza que falta en el rompecabezas inconexo de mi vida, la llave de todo, el centro de la circunferencia. Sus piernas siguen mis pasos, que inventan la coreografía para el primer baile de un hombre y una mujer. Es como si el corazón me latiera por doquier, desde el dedo gordo del pie hasta la punta del pelo, y la fuerza que encuentro en mi interior bastaría para crear el mundo entero en esta habitación.

En cambio, Beatrice solo consigue dar unos pasos, luego se abandona entre mis brazos. Ligerísima, como un copo blanco de nieve. La ayudo a acostarse de nuevo. Apago el equipo de música. Me mira con gratitud durante un instante antes de cerrar los ojos en la postración del sueño y en una sola mirada que se apaga comprendo que

tengo todo lo que ella está perdiendo: el pelo, el instituto, el baile, la amistad, la familia, el amor, las esperanzas, el futuro, la vida... pero yo no sé qué estoy haciendo con todas estas cosas.

No consigo estudiar, y mañana tengo que presentar los deberes de mates. Vuelvo a ver la mirada de Beatrice que se apaga derrotada.

La veo detrás de las rayas,

entre las rayas,

en el blanco de las rayas.

Es como si mis sentidos se hubiesen encogido y hubiesen desarrollado otra forma de percepción: todo lo que Beatrice está perdiendo he de vivirlo no solo por mí, sino también por ella. Tengo que vivirlo dos veces. A Beatrice le gustan las mates. Y ahora quiero estudiar y además bien, porque a Beatrice le molesta abandonar hasta esta misteriosa asquerosidad...

En la casa de Beatrice me transformo en personajes siempre nuevos: primero en maestro de guitarra, ahora en profesor de geografía. Quién me lo iba a decir a mí, que jamás he estudiado geografía y me limitaba a pegar sobre los nombres de los países qué industria metalúrgica o siderúrgica tenían, cuya diferencia además nunca he entendido, por no hablar de los cultivos de remolacha de azúcar, que imagino llenos de plantas con sobrecillos de azúcar del bar colgados.

Voy a ver a Beatrice y cada vez la llevo a una ciudad. Ella sueña con viajar y cuando se cure quiere recorrer el mundo, aprender idiomas, descubrir sus secretos. Ya sabe inglés y francés, quiere aprender portugués, español y ruso. Por qué querrá aprender ruso, con esas letras incomprensibles... ¿Es que no tiene suficiente con el griego?

Dice que saber idiomas sirve para ver mejor el mundo. Cada idioma tiene un punto de vista distinto. Los esquimales, por ejemplo, tienen quince palabras para decir «nieve», en función de la temperatura, el color, la consistencia, mientras que para mí la nieve es eso y nada más, luego añades un adjetivo para saber si puedes ir con el snowboard. Los esquimales ven quince tipos diferentes de blanco en el blanco que veo yo, la cosa me aterroriza...

Reúno material estudiando los usos y las costumbres de una ciudad o de un país, saco de internet las imágenes de los lugares más hermosos que hay que visitar, de los monumentos que no hay que perderse, mejor si están relacionados con historias interesantes. Preparo un PowerPoint y después lo miramos en el ordenador mientras yo finjo que llevo a Beatrice por aquellas calles, como si fuese un guía turístico experto.

Así hemos ido a visitar el Anillo de Oro en Rusia cubiertos de mil capas de lana para protegernos del frío; hemos descansado a la sombra gigantesca del Cristo que domina Rio, hemos parado en silencio frente al Taj Mahal en India, un edificio extraordinariamente blanco apoyado sobre arena roja, que un rey indio hizo construir por amor a su esposa; hemos buceado en las aguas de la barrera coralina después de pasar por el teatro de la Ópera de Sidney; hemos participado en la ceremonia del té, puede que el primero que bebo en mi vida, en un rincón inolvidable de Tokio.

Aún nos queda navegar por el Danubio y contemplar un geiser islandés; comer un *cannolo*[4] siciliano a la orilla del mar; tomar una foto en blanco y negro en el Sena; pasear mirando a todos los artistas por las Ramblas; abrazar a la Sirenita; robar polvo de la Acrópolis; comprar ropa en la Gran Manzana y ponérnosla enseguida en Central Park; pasear en bicicleta entre los canales de Amsterdam, procurando mantenernos en equilibrio para no caer al agua; tirar al menos una piedra de Stonehenge; dar un par de saltos por el borde de un fiordo noruego con el riesgo de despeñarnos y tumbarnos en un inmenso prado irlandés pensando que en el mundo solo existen dos colores: el verde y el azul... Tenemos todo el mundo por descubrir y explorar y el cuarto de Beatrice se transforma en todos los lugares gracias a nuestros paseos *super-low-cost.*

—Beatrice, ¿adónde quieres ir en verano después de la selectividad?

Beatrice guarda silencio y eleva la mirada llevándose un dedo a la nariz y la boca, como quien busca una respuesta difícil.

—A mí me gustaría ir a la luna.

—¿A la luna? Un montón de polvo blanco sin gravedad, sumido en el silencio más profundo que puede haber...

—Sí, pero ahí se conservan todas las cosas que se pierden en la tierra.

—¿De qué hablas?

—¿No conoces la historia de Astolfo en el *Orlando furioso?* Es un caballero que va a recuperar la cordura de Orlando, enloquecido por amor, para que este pueda volver a luchar.

Muevo la cabeza y me imagino como Leo furioso, que ha perdido la cabeza por amor.

—Ya la estudiarás. Pero no es más que una fantasía... —añade Beatrice, casi triste.

—¿Qué irías a recuperar?

—¿Y tú? —me pregunta Beatrice.

—No lo sé, tal vez mi primera guitarra; me la dejé olvidada en un hotel de la montaña y nunca la pude recobrar; le tenía cariño, con esa guitarra aprendí a tocar... O tal vez mi scooter viejo... no lo sé... ¿Y tú?

---

[4] Rollo dulce de requesón. *(N. del T.)*

—El tiempo.

—¿El tiempo?

—El tiempo que he desaprovechado...

—¿Desaprovechado cómo?

—Con cosas inútiles... el tiempo que no he usado para los demás: cuánto más habría podido hacer por mi madre, por mis amigos...

—Pero todavía te queda toda la vida por delante, Beatrice.

—No es verdad, Leo, mi vida ya se está parando.

—¡No digas eso, no lo sabes, todavía te puedes curar!

—Leo, la operación ha salido mal.

Enmudezco. No puedo imaginarme el mundo sin Beatrice. No puedo soportar el silencio que se haría. Inmediatamente desaparecerían todas las ciudades que tenemos que visitar, bellezas inútiles si me quedo solo. Todo perdería sentido, se volvería blanco como la luna. Solo el amor da sentido a las cosas.

Beatrice, si como los esquimales para la nieve, tuviéramos quince maneras de decir te amo, yo las usaría para ti todas.

Fuera de la casa de Beatrice la luz de mayo chorrea sobre mí como la ducha tras los partidos con Niko. Y cuando cierro el grifo ya estoy en la puerta de la casa de Silvia para el temible, infinito repaso de italiano antes del examen de todo el programa del segundo cuatrimestre.

Estudiamos hasta muy tarde. Son las once cuando la madre de Silvia entra tímidamente en el cuarto y nos pregunta si nos apetece un refresco. Así, mientras bebemos un vaso de Coca-Cola que nos despierta un poco, Silvia me propone salir al balcón a tomar un poco de aire. Da la impresión de que la Vía Láctea se ha sacado brillo por nosotros. Empiezo a explicarle a Silvia algunas constelaciones. Repito lo que me ha enseñado mi padre, añadiendo alguna cosita de mi propia cosecha... Señalo con el índice las estrellas casi invisibles en el resplandor de la ciudad, que componen mis constelaciones preferidas: Perseo, Andrómeda y Pegaso.

Cuento a Silvia, que desplaza lentamente la mirada de mi dedo al cielo, como si el firmamento lo estuviese dibujando yo, la historia de Perseo que vence a Medusa, cuya mirada transformaba en piedra, y de cuya sangre surgió, blanco como la espuma del mar, el caballo alado: Pegaso, que sigue flotando libre por la Vía Láctea. Perseo, que encuentra a Andrómeda atada a una roca, donde iba a devorarla un monstruo marino, pero aquel la libera. La libera del monstruo.

—Mi padre me ha hecho descubrir que el cielo no es una pantalla. Yo lo veía siempre como un televisor, con puntos de colores aquí y allá, repartidos al azar, sobre la superficie. Pero si lo miras bien el cielo es como el mar: es profundo, casi puedes percibir la distancia que hay entre las estrellas y te asusta tu pequeñez. Y aquella profundidad repleta de miedos la llenas de historias. Verás, Silvia, yo no lo creía, pero el cielo está lleno de historias. Antes no las veía, ahora las leo como en un libro. Mi padre me ha enseñado a ver las historias, porque si no se escapan, se esconden, se extienden como hilos invisibles de una trama entre estrellas...

Silvia me escucha observando los puntos luminosos sobre el fondo uniforme; a su lado el olor de la ciudad parece mitigarse y hasta las calles parecen perfumadas. El corazón de Silvia rezuma paz, Silvia sonríe.

—La gente es semejante a las estrellas: tal vez brillen lejos, pero brillan y siempre tienen algo interesante que contar... pero igual que la luz de las estrellas, se necesita tiempo, a veces mucho tiempo, para que las historias lleguen a nuestro corazón, como la luz a los ojos. Además, hay que saber contar las historias. Tú las cuentas bien, Leo, pones pasión. A lo mejor algún día te conviertes en astrofísico o en escritor...

—¿En astro qué? No, yo no valgo para predecir el futuro...

—¿Qué has entendido, bobo? Un astrofísico estudia el cielo, las estrellas, las órbitas celestes.

—Quién sabe... me gustaría. Pero para mí que hay que estudiar demasiadas mates. Aunque la Vía Láctea es una de las pocas cosas blancas que no me aterrorizan...

—¿Y eso?

—Será porque en realidad ese blanco está hecho de muchos puntitos luminosos, unidos entre sí... y cada una de esas uniones oculta una historia que hay que recordar...

—Claro... Solo las historias bonitas merecen tener constelaciones...

—Tienes razón. Fíjate en cómo Perseo libera a Andrómeda y en cómo Pegaso revolotea blanco y libre...

—Se necesita un poco de imaginación, pero...

Interrumpo las palabras de Silvia que flotan en el aire límpido y alcanzan las estrellas, como si pudieran oírnos.

—Yo quisiera poder liberar a Beatrice de aquel monstruo, como hizo Perseo. Y huir montado en un caballo alado...

—Sería bonito...

—¿Tú crees que podría ser escritor?

—Cuéntame una historia...

Guardo silencio. Miro una estrella más roja que las otras, centelleante.

—Había una vez una estrella, una estrella joven. Igual que todas las estrellas jóvenes, era pequeña y blanca como la nieve. Daba sensación de fragilidad, pero eso se debía a que la luz que desprendía la volvía casi transparente, todo luz. La llamaban Enana, porque era pequeña. Blanca, porque era luminosa como la nieve. Enana Blanca; Enana, por abreviar. Le gustaba dar vueltas por el cielo y conocer otras estrellas. Con el paso del tiempo, Enana creció y se volvió roja y grande. Ya no era Enana, sino Gigante. Gigante Roja. Todas las estrellas la envidiaban por su belleza y sus rayos rojos, como cabellos infinitos. Pero el secreto de Gigante Roja consistía en permanecer Enana en su interior. Sencilla, luminosa y pura como Enana, aunque parecía gigante y roja. Por eso Enana Roja sigue centelleando en el cielo, del blanco al rojo y viceversa, porque es ambas a la vez. Y no existe mayor beldad que ella en el cielo. Ni en la tierra.

Callo. Mi historia no es una historia. No hay ninguna historia, pero esto es lo que me ha inspirado aquella estrella luminosa. Señalo la estrella.

—Quiero dedicarte esa estrella a ti, Silvia.

Una sonrisa blanca y roja ilumina el rostro de Silvia, como si su cara fuese un espejo capaz de reflejar a millones, quizá a miles de millones de años luz, los destellos de su estrella.

Silvia apoya la cabeza sobre mi hombro y cierra los ojos. Y yo en silencio contemplo a Perseo, Andrómeda, Pegaso. El cielo se ha convertido en una enorme pantalla cinematográfica oscura, a punto de proyectar todas las películas que deseamos mientras, sin hacer ruido, algo pequeño y luminoso se arrincona en mi corazón, como el grano de arena que se oculta en la ostra para transformarse en perla.

—Te quiero —dicen los ojos de Silvia.

—Yo también —responden los míos.

La profe de italiano me examina y me pregunta por qué he esperado hasta ahora para empezar a estudiar. Miro a Silvia, está moviendo ligeramente la cabeza, así que me trago la respuesta que me disponía a darle a la profe, aunque sé a quién debo agradecer mis progresos. En el examen me ha salido mal solo una cosa: me equivoco en los subjuntivos.

—¿Por qué te equivocas en todos los subjuntivos, Leo? Casi parece que lo haces adrede. Te equivocas hasta en los más sencillos...

De nuevo guardo silencio y maldigo el día en que para que me aceptaran en el grupito en el que quería estar en tercero de primaria decidí no usar los subjuntivos porque ahí nadie los usaba. Para estar en un grupo puede renunciarse al subjuntivo, pero no para hablar en italiano. Así que me pone un siete en vez de un ocho.

Desde mañana repetiré frases en subjuntivo, me guste o no. Vaya, lo acabo de hacer. Me gusta, aunque tendré que corregirlo en todo lo que escriba. Si quiero convertirme en escritor debo aprender a usar el subjuntivo. Bien es verdad que el subjuntivo no es necesario para vivir, pero con el subjuntivo se vive mejor: la vida se llena de matices y posibilidades. Y yo solo tengo esta vida.

Voy a visitar a Beatrice; está escribiendo su diario. También ella, como Silvia. Me recibe con una sonrisa y me pide que la ayude a escribir. Su diario no lo lee nadie; a mí me permitiría hacerlo, con la condición de que escribiese por ella.

—Si me ayudas a escribir, te lo dejo leer —me dice, y me parece entrar en la habitación que contiene todos los secretos del mundo.

Tiene una tapa roja y las páginas son blancas. Blancas sin renglones. Lo peor que me puede pasar...

—Beatrice, yo no sé escribir sobre hojas en blanco. Puedo echarlo todo a perder...

Digo esto mirando el orden perfecto de la escritura de Beatrice. Arriba a la derecha, la fecha, y después pensamientos contados con una letra delicada, elegante, discreta. Recuerda un vestido blanco en un día de viento primaveral. Leo el párrafo que está escribiendo: «Querido Dios». ¿Cómo «Querido Dios»? Sí: «Querido Dios...».Beatrice escribe cartas a Dios. Todo su diario se compone de breves cartas a Dios, en las que le cuenta cómo son sus días y le confía sus miedos, alegrías, tristezas, esperanzas. Leo en voz alta la última parte de la carta de aquel día, porque ella me lo pide, para retomar el hilo y continuar escribiendo.

—«... Hoy estoy muy cansada. Me cuesta mucho escribirte. Sin embargo, tengo tantas cosas que contarte, aunque me consuela el hecho de que ya las conoces todas. Aun así, me gusta hablarte de ellas, me ayuda a comprenderlas mejor. Me pregunto si en el cielo podré tener de nuevo mi pelo rojo... si me lo hiciste rojo será porque te gustaba así, lleno de vida. Así que a lo mejor lo recupero.»

Poco ha faltado para que la voz se me quebrara durante la lectura, pero he podido evitarlo.

—Vale, ahora sigue escribiendo tú: «Hoy me fatigaba mucho escribirte, me dolía la mano. Por suerte me has mandado a Leo, uno de tus ángeles de la guarda...».

Nunca me he visto como guarda, ni aún menos como ángel, pero no me desagrada en absoluto. Leo, el ángel de la guarda. Suena bien. Mientras, Beatrice se ha detenido a pensar. Fija en el vacío sus ojos verdes como un fondo marino olvidado, del cual está a punto de surgir un tesoro antiguo. Interrumpo aquella mirada.

—¿Eres feliz, Beatrice?

Sigue mirando el vacío y tras una pausa dice:

—Sí, soy feliz.

Cuando alzo la vista del diario, Beatrice se ha sumido en el sueño. Le hago una caricia y tengo la impresión de acariciar su debilidad. No me siente. Duerme. Me quedo observándola media hora sin decir nada. Mirándola veo más allá, algo que me espanta, porque no consigo darle un nombre. Releo lo que hemos escrito. Esta vez he sido yo quien ha hecho visible otra alma. El alma de Beatrice, con mi letra torcida y hacia abajo... todos los renglones los he escrito hacia abajo. Solo ahora me doy cuenta. No sé escribir sobre el blanco. Es como si todas las palabras se cayeran por una pendiente hasta destrozarse...

Luego ha entrado su madre y he salido. Su madre me besa en la frente y yo, que no sé qué hacer, la abrazo. Por el modo en que ella me da las gracias comprendo que he hecho lo adecuado. Desde que trato de vivir también por Beatrice me salen mogollón de cosas adecuadas. Esto también es amor, creo, porque después me siento feliz: el secreto de la felicidad es un corazón enamorado. Hoy sacaré a Terminator a mear: ojalá tuviera que hacerlo toda la vida. Beatrice no lo puede hacer, yo sí. Esto también es vida.

Si Beatrice le escribe, Dios seguramente existe.

Pierdo tiempo escribiendo mis MNM (mensajes nunca mandados. ..) en el móvil. La verdad es que el T9 es más inteligente que yo. El T9 puede pensar setenta y cinco mil palabras y yo solamente mil. Vaya si es cierto. La de palabras que no sé, que no se me ocurren, palabras que no conozco y que el T9 me sugiere. No sé si germinación se escribe con «j» o con «g» y el T9 lo sabe. No sé si «hastío» lleva «h» y el T9 lo sabe. No sé si aceleración termina con «z» o con «c». Y cuando quiero escribir mamón a alguien, en la cuarta letra sale «puro» y entonces tengo que buscar un sinónimo menos ofensivo y pongo memo...

Pero ¿quién habrá inventado el T9? El que haya sido tiene que haberse forrado. Debo inventar algo que me haga ganar mogollón de guita. A lo mejor si me esmero más lo consigo. O quizá no. Y si escribo una novela lo haré con el T9. Pero ¿por qué me pierdo dándole vueltas a estas chorradas?

Total, resulta que he escrito —no sé ni cómo— «Querido Fin...», porque con el T9 no aparece la palabra «Dios». Y «Fin» no me parece un mal apodo para Dios. El nombre Dios me da miedo. Sigo escribiendo, igual que he hecho con Beatrice, pero en el móvil, al menos así los renglones salen rectos: «Dices que eres padre nuestro, pero pareces demasiado tranquilo en los cielos. No sé tu nombre y si no te ofendes te llamaré Fin, porque así te llama el T9. No puedo aceptar tu voluntad porque no tiene sentido lo que estás haciendo con Beatrice. Si eres omnipotente: sálvala. Si eres misericordioso: cúrala. Me has puesto un sueño en el corazón: no te lo lleves. Si me quieres: demuéstramelo. ¿O eres demasiado débil para ser Fin? Dices que eres la vida, pero te llevas la vida. Dices que eres el amor, pero vuelves imposible el amor. Dices que eres la verdad, pero la verdad es que yo no te importo y que no puedes cambiar las cosas. No me asombra que nadie te crea. Puede que sea presumido, pero si yo estuviese en tu lugar, lo primero que haría —no hay que ser Fin para entenderlo— es curar a Beatrice. Amén».

Mientras escribo, me interrumpe un mensaje y lo leo en voz alta:

—«Recuerda que siempre estoy a tu lado. Te quiero, aunque no te lo mereces...; -)S.»

Silvia es un ángel y está en contacto directo con Dios, tendría quizá que preguntarle si tiene el número del móvil de Fin, así podría mandarle el mensaje. ¡Fin, estoy seguro de que curarás a Beatrice! En tu lugar, yo lo haría, y confío en que tú seas mejor que yo...

Vuelvo a visitar a Beatrice. Cuando empezaba a preocuparme, su madre me envía un mensaje. La encuentro dormida, más delgada, apagada. Un gotero acompasa el paso de los segundos. Abre los ojos y su sonrisa parece llegar de lejos, como sonríen los viejos, con melancolía.

—Estoy cansadísima, pero me alegra que hayas venido. Quería escribir en mi diario, pero no puedo sujetar el boli. Me siento idiota.

Saco una hoja del bolsillo y a escondidas la pongo debajo de la página sobre la que voy a escribir: la hoja con rayas negras para escribir recto sobre la página en blanco. Cuando quiero me esmero, vaya que si lo hago. Escribo lo que me dicta Beatrice. De vez en cuando para, se queda sin voz, respira con dificultad. Luego se queda dormida. Yo espero y la veo irse como una barca sin motor, sin vela, sin remos, arrastrada por la corriente. Abre los ojos.

—Estoy muy cansada... cuéntame tú algo, Leo.

No sé de qué hablar. No quiero cansarla con mis tonterías. Le hablo del insti y de mis problemas, de lo que ha pasado este año, del Soñador, de Gandalf, de Niko y del torneo de fútbol que los Piratas estamos a punto de ganar... Le hablo de Silvia, de las veces que me ha sacado de líos, de la vez que hizo novillos por mí y conmigo y de que me convenció de venir a verla... Beatrice me interrumpe de repente.

—Te brillan los ojos cuando hablas de Silvia, como una estrella...

Beatrice sabe decir frases con la sencillez de un niño que pide la enésima galleta. Guardo silencio como quien es víctima de una gran injusticia, pero no puede hacer nada para defenderse. Yo no puedo amar a Silvia, puedo y quiero amar solamente a Beatrice: y precisamente ella tiene que decirme que los ojos me brillan como las estrellas cuando hablo de Silvia.

—Beatrice, ¿alguna vez te has enamorado?

Me contesta que sí con un leve suspiro y calla. Me doy cuenta de que no debo preguntarle nada más, pero también que solo ella tiene las respuestas oportunas.

—¿Y qué sentiste?

—Era como una casa a la que podía volver cuando me apetecía. Como cuando haces inmersiones submarinas. Abajo todo está quieto e inmóvil. Hay un silencio completo. Hay paz. Y a veces cuando sales a la superficie el mar está agitado.

Escucho en silencio y sospecho que las palabras que he usado en mi vida guardan alguna relación con el término «amor», aunque si ahora mismo buscara dicha palabra lo único con lo que me toparía sería «véase el término Beatrice». Mientras sigo embargado en estos pensamientos vanos, Beatrice cae en una modorra sorprendente, como si se apagase de pronto. O quizá solo tiene los ojos cerrados, pero comprendo que me tengo que marchar.

Silvia es azul, no roja. Sin embargo, mis ojos brillan en el azul.

Cuando no sabes responder a una pregunta solo cabe una solución: Wikipedia. Sin embargo, en Wikipedia no aparece si es posible que Silvia sea para mí algo más que una amiga; la pregunta me atormenta como las cigarras de verano y no consigo espantarla. Intento dividir la pregunta en dos. ¿Silvia me ama? ¿Yo amo a Silvia? Hago al menos once tests en Facebook para descubrir si una persona te ama. Resultado unívoco: Silvia hace conmigo todo cuanto hace una persona enamorada, que sin embargo no se atreve a declararse. Ahora me toca a mí. Pero no quiero descubrirlo con un test. Es demasiado importante. Debo comprobarlo personalmente.

«Silvia, ¿estudiamos juntos? Necesito una mano con los poetas griegos.»

Definitivamente, la poesía no sirve para nada, no es más que una excusa para enamorarse.

Mientras Silvia repite la traducción de algunos versos complicadísimos de Safo —«Inmortal Afrodita, la del trono pintado...»—, yo la miro sin escuchar las palabras, pero sigo el movimiento de sus labios.

«... Y tú, oh feliz diosa, me preguntabas qué de nuevo sufría y a qué de nuevo te invocaba, y qué con tanto empeño conseguir deseaba en mi alocado corazón...»

Sigo las ondulaciones de sus cabellos negros, que se agitan con las palabras que pronuncia. Alas de una gaviota que se abandona sin esfuerzo al viento.

«... Acúdeme también ahora, y líbrame ya de mis terribles congojas, cúmpleme que logre cuanto mi ánimo ansia...»

Miro sus ojos azules, llenos de vida y atentos en los míos. Por segunda vez no le miro los ojos, sino dentro de los ojos. Una zambullida en un mar azul, manso y fresco.

—¿Qué te pasa, Leo?

Me despabilo del sueño en el que me he sumido sin darme cuenta y del que no quería despertarme.

—Pareces distraído. Te brillan los ojos. ¿Estás pensando en Beatrice...? Descansemos un poco...

Me despierto de un sueño.

—No, no, sigue. Te escucho.

Silvia sonríe comprensiva.

—De acuerdo, ahora viene el fragmento que me gusta más, el de la manzana roja. Concéntrate. «Cual la manzana que se cubre de rojo en la alta rama, en la rama más alta, y los recolectores la olvidan... ¡Pero no, no la olvidan, es que a ella no pueden llegar!»

Mientras Silvia repite y sigue con su dedo las palabras en griego, yo por primera vez creo conocer esa lengua de muertos.

He aprendido de memoria estos versos y los he repetido hasta que el amanecer, que aún no conocía, me ha sorprendido enamorado, rojo perdido. Pero ¿cómo voy a

traicionar a Beatrice? ¿Cómo voy a llegar a Silvia, que es tan perfecta? Sin embargo, la misma Beatrice es quien me ha abierto los ojos, es ella quien me ha hecho ver lo que no veía. Silvia es casa. Silvia es puerto. ¿Podré llegar a ti, Silvia?

Lo malo de la vida es que no tiene instrucciones de uso. Las instrucciones de un móvil las sigues, y si no funciona para eso está la garantía. Lo devuelves y te dan uno nuevo. Con la vida no pasa eso; si no funciona no te la devuelven nueva, tienes que quedarte con la que tienes, usada, sucia y averiada. Y cuando no funciona pierdes el apetito.

—Leo, no comes nada, ¿te encuentras mal? —me pregunta mamá, a la que no se le puede ocultar nada.

—No lo sé, no tengo hambre —respondo con sequedad.

—Eso es que estás enamorado.

—No lo sé.

—¿Qué significa «no lo sé»? Lo estás o no lo estás...

—Estoy confundido, es como si tuviese un rompecabezas de un millón de piezas sin todo el dibujo para poder componerlo. Tengo que hacerlo todo solo.

—Pero Leo, la vida es así. La vida te la vas haciendo tú sobre la marcha, con tus elecciones.

—¿Y si no sabes elegir?

—Procura descubrir la verdad y elige.

—¿Y cuál es la verdad sobre el amor?

Mamá permanece en silencio. Lo sabía: no hay respuesta, tampoco instrucciones.

—Tienes que buscarlas tú en tu corazón. Las verdades más importantes están ocultas, lo que no significa que no existan. Lo único que ocurre es que son más difíciles de sacarlas a la luz.

—¿Y tú qué has descubierto en estos años, mamá?

—Que el amor no quiere poseer, el amor solamente quiere amar.

No respondo. Me pongo a comer mientras mi madre friega los platos en silencio.

El móvil está sobre la mesa, al lado de mi vaso. Lo cojo y le envío un mensaje a Silvia:

«Mañana, que es hoy, a las cinco en el banco. ¡Quiero hablarte! Asunto de vida o muerte».

Llego con media hora de adelanto para repetir de memoria las palabras que quiero decirle. Un mendigo se me acerca para pedirme algo y, como estoy generoso con el mundo porque me dispongo a declararme a Silvia, le doy un euro, o mejor dos.

—Que Dios te bendiga —me dice él.

No bien la veo acercarse me pregunto cómo he podido estar tan ciego todo este tiempo. Ella me confiesa que aquel es un lugar maravilloso y que toda persona debería tener un lugar así para proyectar sus sueños y para declarar sus secretos. La hago sentarse con la obsequiosidad que tendría con una reina y mientras me retuerzo las manos buscando las palabras, ella me detiene muy seria.

—Antes quiero decirte algo, Leo.

Ojalá me quiera decir lo mismo, así terminamos en un pispas y nos abrazamos.

—No quiero seguir guardando más tiempo este secreto que me desgarra el corazón.

Lo que me figuraba. Silvia vuelve a sacarme del apuro.

—Beatrice nunca te ha respondido a los mensajes porque yo nunca te di su número.

Miro a Silvia como alguien que acaba de venir de Marte y ve por primera vez a un ser humano. De repente, toda la belleza de sus facciones me parece rígida, de cartón piedra, como una máscara vacía.

—Lo sé, Leo, lo siento. Es mi culpa.

No entiendo.

—La vez que me pediste que te consiguiera su número, fingí que te hacía el favor.

Recuerdo que me percaté de ello, cuando Beatrice me dictó su número, que no coincidía con el que tenía. Las palabras de amor que había preparado se desvanecen como los «te amo» trazados en la arena cerca del mar. El tono de voz se endurece como el hielo.

—¿Por qué lo hiciste?

Silvia permanece callada.

—¿Por qué lo hiciste, Silvia?

Silvia responde mezclando lágrimas y palabras.

—Estaba celosa. Quería que tú me enviaras a mí esos mensajes. Pero nunca me atreví a decírtelo. He guardado meses tu carta a Beatrice imaginando que me la dirigías a mí. Me aterrorizaba perderte. Perdóname.

Guardo un silencio blanco, semejante al que hay en la luna. Ella contempla la corriente del río y no se atreve a alzar la vista. Me levanto y me marcho, dejándola ahí, como a una perfecta extraña. Silvia ya no es nadie para mí. Silvia, en quien confiaba. El amor no puede nacer de una traición.

—Quiero olvidarte cuanto antes.

Lo repito entre lágrimas. Y aquel algo que hace unas noches se arrinconó en mi corazón se seca y se vuelve un grano de sal, que sale mezclado con las lágrimas, deshecho y perdido para siempre.

Estoy cansado de que me traicionen.

Tengo tanto dolor metido en el pecho que podría abrasar el mundo. Estar encerrado en casa me aviva el fuego, ya no aguanto más. Voy al despacho de mi padre y se lo digo muy clarito.

—Papá, ya está bien. He comprendido. ¡Cono! ¡Pero ya está bien!

Me mira sin decir nada. Guarda silencio. Lo he provocado, he dicho una palabrota, pero no responde. ¡Vaya manera de reaccionar a las provocaciones!

Doy un portazo y regreso a mi cuarto. Subo la música hasta hacer temblar las ventanas, para que todos me oigan y nadie me pueda hablar. Quiero encerrarme en una casa de ruido, porque hoy esta en la que vivo no es mi casa. Terminator se pone a ladrar como hace siempre en estos casos. Ladra cuando pongo música de los Linkin Park a todo volumen y cuando mi madre guisa el pollo con pimientos. Es como si se le despertaran instintos primitivos o malos recuerdos de su infancia perruna. La verdad es que Terminator es un perro raro. Si tengo que reencarnarme espero no hacerlo en Terminator. A saber quién era Terminator en su vida anterior...

Subo la música y la letra de *Numb* está a punto de hacer trizas los cristales de las ventanas, para que todos me oigan. De pronto mamá grita:

—¡Leo, baja el volumen, no puedo hablar por teléfono!

Es justo lo que busco, pero tú no te enteras y crees que me gusta escuchar esta mierda de música a todo volumen. ¿O quieres que todo me dé igual? Lo único que pretendo es saturar con mi ruido este mundo provisto de tapones en los oídos.

Mi padre entra entonces en mi cuarto. No dice nada. Bajo el volumen.

—Salgamos a dar una vuelta...

Me ha oído. Mi padre me ha oído. De verdad ha oído lo que estaba diciendo.

No hemos hablado de nada. Pero con papá cerca me siento casi calmado, mis dudas sobre todo y sobre todos parecen disiparse. Mis heridas escuecen menos. Papá, padre. ¿Cómo se convierte uno en padre? Hay que leer mogollón de libros, tener al menos un hijo y una fuerza semejante a la de Dios. Yo nunca seré capaz.

Tumbados el uno al lado del otro con los ojos cerrados, tras cinco minutos de profundo silencio. Es un juego que me ha enseñado Beatrice. Juego de silencio: pocos minutos callados, con los ojos cerrados mirando los colores que aparecen bajo los párpados. De vez en cuando yo hago trampa y la miro, a pocos centímetros de mí, conteniendo la respiración para que no oiga que me he dado la vuelta.

—No abras los ojos —dice como si sospechara algo.

—No los he abierto.

—¿Qué has visto?

—Nada.

—Concéntrate.

—¿Y tú qué has visto? —le pregunto, intrigado.

—Todo lo que tengo.

—¿De qué color es?

—Rojo.

—¿Y qué es?

—El amor que recibo. El amor siempre es una deuda, por eso es rojo.

No entiendo. No estoy a la altura de lo que dice Beatrice. Nunca.

—¿Y tú, Leo, qué has visto?

—Blanco.

—¿Con los ojos cerrados?

—Con los ojos cerrados.

—¿Y qué es?

—¿Qué es?

—Todo lo que no tengo. El amor siempre es un crédito, que no se saldará...

—Qué bobo eres... —dice Beatrice riendo y me da un beso en la mejilla.

A partir de hoy no volveré a lavarme la cara.

Por un puñado de goles. Ha llegado el momento de la rendición de cuentas: el desafío final contra el Vándalo. El partido definitivo del torneo. Tenemos un punto menos que ellos. Solo podemos ganar. Solo debemos ganar. Y en juego hay mucho más que un triunfo: está la venganza por la nariz rota de Niko, la clasificación de los goleadores, el orgullo de los Piratas. Tengo la rabia oportuna. La rabia que estalla en disparos de fuego que queman la piel de los rivales y se traduce en entradas brutales contra las piernas del Vándalo.

Nos lo jugamos todo. Un año de esfuerzos. Si ganas el torneo todas las chicas te conocen, te conviertes en un tiarrón. «El Pirata. Ahí está, ese es el Pirata. El capitán de los Piratas...» Ya las oigo... Cómo me gustaría que Beatrice me viese jugar... Quiero dedicarle este partido, la victoria, los goles, el triunfo sobre el Vándalo. Ahora tengo únicamente que concentrarme. Falta media hora, pero estoy listo desde hace al menos tres. Va a pasar a recogerme Niko con su scooter.

Ruido de mensaje. Será Niko diciéndome que baje. «Tengo miedo... Estoy cansada, cansadísima. Estoy sola... Beatrice.»

La llamo.

—¿Qué pasa, Beatrice, qué pasa?

Tiene la voz quebrada. Llora, llora de una forma que jamás le he oído.

—¡Voy enseguida!

Bajo y cuando Niko llega no le doy tiempo de respirar.

—Acompáñame. Ahora mismo. Yo iré después. Espero llegar a tiempo...

Niko se queda sin palabras y se marcha dejándome allí solo. Lo veo alejarse veloz, su scooter hace el ruido de un amigo que se va para siempre.

Y ese ruido hace un daño atroz.

Beatrice abre los ojos rojos de llanto y se suelta de mi abrazo.

—Gracias por venir, hoy no lo habría soportado sola...

—¿Qué quieres decir?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De perderlo todo, de acabar en la nada, en el silencio, de desaparecer sin más, de no volver a tener nunca más a las personas que quiero.

No hay frases ni palabras aceptables en mi mente. Solo me sale la única verdad que queda, como esos árboles que ves solitarios en un campo verde, inmenso.

—Yo estoy aquí.

Le estrecho las manos como si pudiese arrancarla del vacío del miedo, como un trapecista del que depende la vida del compañero que está suspendido en el vacío, sin red debajo.

—Escribe...

El susurro de las palabras es confuso y tengo que inclinarme sobre sus labios y pegar el oído para entenderlas. Su respiración es cálida y sus palabras, ásperas como un hierro raspado contra una piedra. Escribo las palabras que Beatrice me susurra en un suspiro; cuando ha terminado de dictar me tiende el diario.

—Cógelo. Guárdalo. Hoy he terminado de escribir. Te lo regalo.

No puedo: muevo la cabeza y dejo el diario a su lado.

—Creía que lo escribía para mí. He comprendido que lo estaba escribiendo para ti. Es lo que puedo y quiero regalarte, Leo.

No me opongo.

—Beatrice, algún día lo leeremos juntos.

Ella me sonríe.

—Sí, ahora vete. Se ha hecho tarde. Estoy cansada.

Yo también quería hacerle un regalo, pero no había llevado nada. No podía marcharme así. Hurgo en mis pantalones. Nada, excepto... la piedra con mil matices

azules que había cogido de su salón. ¡Vaya papelón! Pero es lo único que tengo. Se la pongo en la palma de la mano como si fuese un diamante.

—Mi amuleto de la suerte, quiero que te quedes con él.

Beatrice sonríe con el cielo en los ojos.

—Gracias.

Le doy un beso en su pelo rojo y en un instante mi vida se llena de su sangre.

—Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Estrecho el diario de Beatrice contra mi pecho como si fuese mi piel. Reflexiono sobre el hecho de que lo único que le he podido regalar lo he robado en su casa. No tengo nada que regalar, como no sea el amor que recibo y que robo. Antes de salir de casa de Beatrice robo otra piedra azul. No puedo ir por ahí sin mi amuleto de la suerte...

La noche es el lugar de las palabras.

Las palabras del diario de Beatrice han encendido todas las luces de la primera noche que despierto, de la primera noche que vivo: de mi primera noche. De la noche en que los demás hacen el amor.

Si el paraíso existe, Beatrice me llevará a él.

«El dolor me obliga a cerrar los párpados, a esconder los ojos. Siempre pensé que devoraría el mundo con mis ojos, que como abejas se posarían sobre todas las cosas para destilar su belleza. Pero la enfermedad me obliga a cerrar los ojos: por el dolor, por el cansancio. Poco a poco he ido descubriendo que con los ojos cerrados veía más, que bajo los párpados cerrados era visible toda la belleza del mundo, y esa belleza eres tú, Dios. Si tú me haces cerrar los ojos es para que yo esté más atenta cuando los vuelva a abrir.»

Eso ha escrito Beatrice en su diario. Y yo hoy cierro los ojos y miro la vida con los suyos. Si la vida tuviera ojos, tendría los de Beatrice. Desde hoy quiero amar la vida como nunca la he amado. Casi me avergüenzo de no haber empezado antes.

Regreso del instituto. Mamá me abre la puerta.

—¿Qué hay de comer?

Me mira como a un niño pequeño que se ha herido.

—No, sopa no.

Le digo que he sacado un ocho, pero antes de poder precisarle que ha sido en filosofía me abraza, escondiendo mi cara en su cuello.

Huelo el perfume de mi madre, un perfume que de niño me daba tranquilidad: un perfume mezcla de rosa y limón. Tenue. Pero no me está abrazando por mi ocho, si no sus lágrimas no inundarían mi cara. Solo entonces comprendo.

Quisiera huir, pero ella no me deja y le hundo los dedos en la carne para saber si es cierto lo que mi madre me está diciendo sin una palabra.

Mi madre es la única mujer que me queda.

La única piel que me queda.

Beatrice ha muerto.

La palabra es esta. De nada sirven los rodeos, ella los habría rechazado. La gente dice «ha pasado a mejor vida, se nos ha ido, ya no está con nosotros». ¡Chorradas!

Beatrice ha muerto.

La palabra «muerto» es tan violenta que solo la puedes decir una vez y después callarte.

Silvia es la única persona con la que me gustaría hablar, pero no tengo fuerzas para perdonarle que me mintiera. La vida es una interrogación hecha para sonsacarte una verdad que no conoces y que fingirás recordar o que te inventarás con tal de no seguir sufriendo... Hasta convencerte de aquella mentira, olvidándote de que tú mismo la has inventado.

Dios, las estrellas ya no sirven: apágalas de una en una.

Desmantela el sol y embala la luna.

Vacía el océano, desarraiga las plantas. Ya nada es importante.

¡Y, sobre todo, déjame en paz!

La iglesia está de bote en bote: el colegio en pleno. Todos apretujados alrededor de una silueta de madera brillante, que oculta su cuerpo, sus ojos apagados. La Beatrice que recuerdo ya no está y la que ahora se encuentra dentro de aquella caja de madera es otra Beatrice. Tal era el misterio de aquella cosa llamada muerte. Sin embargo, lo que he amado en ella y de ella no ha desaparecido. No se ha esfumado como un soplo demasiado veloz. Aprieto su diario entre mis manos como una segunda piel.

La misa del funeral la celebra Gandalf. Una vez más. Explica el misterio de la muerte y habla de un tal Job al que Dios quitó todo y al que Job permaneció fiel, aunque tuvo el valor de reprochar a Dios su crueldad.

—Y mientras Job grita entre lágrimas, Dios le dice: «¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? ¿Quién encerró con puertas el mar? ¿Has tú mandado a la mañana en tus días? ¿Has mostrado al alba su lugar? ¿Por ventura la lluvia tiene padre? ¿O quién engendró las gotas del rocío? ¿Quién preparó al cuervo su caza? ¿Por ventura vuela el gavilán por tu industria, extiende sus alas hacia el Mediodía? Házmelo saber si tienes inteligencia».

Se hace un silencio tras la lectura de Gandalf.

—Como Job, hoy nosotros le gritamos a Dios nuestro enojo: no aceptamos lo que ha decidido hacer, no lo aceptamos, y eso es humano. Pero Dios nos pide que confiemos en él. Esta es la única solución al misterio del dolor y de la muerte: la confianza en su amor. Y esto es divino, un don divino. Y no ha de asustarnos nuestra imposibilidad de concedérsela ahora. Es más, tenemos que decírselo claramente: ¡no lo aceptamos!

¡Cuentos! No es solo que yo no confíe en Dios, sino que lo odio. Gandalf prosigue, impertérrito:

—Pero nosotros tenemos la solución que no tuvo Job. ¿Sabéis qué hace el pelícano cuando sus crías pasan hambre y no tiene comida que darles? Se hiere el pecho con su largo pico y sus crías beben de aquella sangre nutricia que brota de su herida como de una fuente. Lo mismo que hace Cristo con nosotros, y por esa razón muchas veces se lo representa como un pelícano. Venció nuestra muerte de pequeños hambrientos de vida dando su sangre, su amor indestructible, por nosotros. Y lo que nos entregó es más fuerte que la muerte. Sin esta sangre morimos dos veces.

Se hace un silencio dentro de mí. Soy una piedra de dolor suspendida en el vacío del amor. Totalmente impermeable.

—Solo este amor supera a la muerte. Quien lo recibe y lo da no muere, sino que nace dos veces. ¡Como ha hecho Beatrice...!

Silencio.

Silencio.

Silencio.

—Ahora invito a hablar a todo aquel que quiera recordarla.

Sigue un largo silencio embarazoso, luego me levanto, ante las miradas de todos. Gandalf sigue mis pasos con cierta aprensión. Teme que diga alguna tontería.

—Quería solamente leer las últimas palabras del diario de Beatrice, palabras que ella me dijo y que yo transcribí. Estoy convencido de que le hubiera gustado que todos los presentes las conocieran.

Mi voz se quiebra y bebo lágrimas incontenibles, pero aun así leo.

—«Querido Dios, hoy te escribe Leo, porque yo no puedo. Pero aunque me siento tan débil quiero decirte que no tengo miedo, porque sé que me cogerás entre tus brazos y me mecerás como a una niña recién nacida. Los medicamentos no me han curado, pero estoy feliz. Estoy feliz porque tengo un secreto contigo: el secreto para mirarte, el secreto para tocarte. Querido Dios, si me sujetas entre tus brazos la muerte ya no me da miedo.»

Alzo la vista y la iglesia me parece inundada por el mar Muerto de mis lágrimas, sobre el cual floto con una barca que Beatrice ha construido para mí. Me cruzo con los ojos de Silvia, que me está observando y con una sola mirada trata de consolarme. Bajo los ojos. Huyo del micrófono porque, a pesar de mi balsa de madera, yo también estoy a punto de hundirme entre mis lágrimas. Las últimas palabras que recuerdo son las de Gandalf:

—Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros...

También Dios derrocha su sangre: una lluvia infinita de amor rojosangre empapa el mundo cada día procurando darnos vida, pero seguimos más muertos que los muertos. Siempre me he preguntado por qué el amor y la sangre tienen el mismo color: ahora lo sé. ¡Todo es culpa de Dios!

Esa lluvia no me roza. Soy impermeable. Yo sigo muerto.

Último día de clase. Última hora. Último minuto.

Suena la campana: la última.

Un grito de liberación se eleva en medio del guirigay, como si unos presos condenados a cadena perpetua acabaran de ser puestos en libertad tras recibir el perdón de Dios sabe quién.

Me quedo solo en el aula: parece un cementerio. Las sillas y los bancos que han estado vivos un año entero, animados por nuestros miedos y nuestras locuras, heridos por nuestros bolis y nuestros lapiceros, permanecen allí, inmóviles como lápidas. Un silencio de muerte lo envuelve todo. En la pizarra han quedado los trazos rápidos del Soñador, que nos ha deseado felices vacaciones a su manera:

«Si uno espera lo inesperado, no lo encontrará; pero si uno no tiene esperanza se encuentra lo inesperado».

Una frase de Heráclito.

Para mí es solo una broma de mal gusto: me he quedado sin ninguna de mis esperanzas.

Así, el curso se apaga igual que unos fuegos artificiales. Este año ha durado una vida. He nacido el primer día de clase, crecido y envejecido en solo doscientos días. Ahora lo único que me falta es el juicio casi universal de las notas y espero que después comience el paraíso de las vacaciones... Aprobaré, con notas bastante buenas.

Sin embargo, algo he comprendido, gracias a Beatrice: no puedo consentirme desaprovechar un solo día de mi vida. Creía que lo tenía todo y no tenía nada, al revés que Beatrice, que no tenía nada y sí lo tenía todo.

Con Niko y los demás no me he vuelto a hablar. Hemos perdido el torneo por mi culpa. Nunca di explicaciones de lo que me había pasado. No me importa. No me importa en absoluto. Silvia me ha dado una carta, pero no la abro. No quiero leerla. Ya no tengo valor para sufrir más.

Barba, el conserje, se asoma y me encuentra sentado inmóvil, mirando el vacío.

—En tres años nunca te he visto salir el último. ¿Qué te pasa? ¿Repites curso?

—No, solo estaba pensando...

—¡Vaya, entonces realmente han hecho el milagro!

Reímos juntos, y una palmada en el hombro es lo que queda para volver a la vida.

En medio del pasillo, volviendo sobre mis pasos, le digo:

—¡No borres la pizarra!

El instituto es el mundo al revés: no se pone nada negro sobre blanco, sino viceversa. En el instituto todo está hecho para ser olvidado, como el poco polvo blanco de la tiza.

Barba no me ha oído y el borrador, arma de tantas batallas, pasa inexorable sobre las esperanzas de un soñador.

Después del verano

Después, llorando, solo en mi lamento
llamo a Beatriz, y digo:
«¿Ya estás muerta?»; y mientras la invoco,
me consuela.

DANTE ALIGHIERI,
La vida nueva, XXXI

El verano es el motivo por el que se vive, pero este verano ha sido distinto. No ha sido el tiempo de los gritos, sino el del silencio. No he visto ni sabido de nadie durante todo el verano. He pasado casi tres meses en la montaña, en el hotel al que vamos siempre. Es el primer año que me apetecía ir. Necesitaba silencio. Necesitaba pasear solo. Necesitaba no hacer nuevas amistades. Necesitaba no buscar como fuera una chica, solo por tener algo que contar a Niko después de las vacaciones. Necesitaba a papá y a mamá. Necesitaba el diario de Beatrice, porque contenía una rendija de felicidad. Necesitaba lo esencial y en la montaña es más fácil encontrarlo.

Y de noche en la montaña se ven las estrellas como en ninguna otra parte. Papá suele contarme historias de las estrellas. Mamá escucha, mirándonos más a nosotros que a las estrellas. Una noche papá me cuenta la historia de la estrella que le regalé a Silvia y aquella luz, aún caliente, ilumina ese rincón de mi corazón que había cerrado con mil cerrojos.

No he podido abrir la carta de Silvia, tampoco la he traído. Sigo escribiéndole SMS, que no consigo enviarle. Eso sí, los guardo todos: categoría MNM.

Como también guardo todos los que ella me ha enviado antes. No puedo borrarlos. Debo de tener más de un centenar en el móvil y a veces, cuando no sé qué hacer, cuando no pienso en nada, cuando me aburro, cuando siento la necesidad, los leo al azar. Los repaso y elijo el mensaje que más me inspira. Treinta y tres: «Eres el chico más tonto que conozco, pero al menos no eres aburrido...».

Doce: «¡Acuérdate de traer el libro de historia, tonto!». Cincuenta y seis: «Ya está bien de bobadas. Salgamos y cuéntamelo todo». Veintiuno: «¿Cuánto calzas? ¿Cuál es tu color preferido?». Cien: «Yo también».

El mensaje más bonito: lo rellenaba con lo que quería y siempre me decía «yo también». Y nunca estaba solo. Era el número cien y daba buena suerte. Podría escribir una novela solo con SMS. De momento hay pocos personajes: Silvia, Niko, Beatrice y su madre, el Soñador y yo. Sí, el Soñador: tenía su número de móvil y este verano le ha mandado un mensaje para saludarlo y para preguntarle si su amigo, aquel que había tenido el problema con el padre, estaba mejor. Me ha respondido que, gracias a las palabras de Beatrice que leí en el funeral, su amigo había empezado a curarse de su herida. Entonces le he preguntado qué sabía su amigo sobre Beatrice. ¿Acaso lo había invitado al funeral?

«En cierto modo... Gracias, Leo, estoy encantado de haberte conocido.»

Respondo: «¿Gracias por qué?».

¿Podemos hablar de lo que sea a través de los SMS? Estoy convencido de que sí.

«Por haber tenido el valor de leer aquellas palabras. Reencontraremos a quienes hemos querido y nos queda toda la vida para pedir perdón.»

He releído esa respuesta al menos ciento veintisiete veces, era demasiado filosófica, y a la ciento veintiochena he comprendido tres cosas:

1) Llamo filosóficas a todas las «cosas» que son realmente importantes y quizá para esto sirva la filosofía...

2) Tengo que responder al SMS del Soñador: «¡Gracias a Beatrice, nos veremos pronto!».

3) No veo la hora de regresar a casa para leer la carta de Silvia.

Paso la noche mirando su estrella, luego mamá se sienta a mi lado en plena noche, bajo el aroma de los abetos y con su rostro reposado iluminado por la luna.

—Mamá, ¿cómo se ama cuando se ha dejado de amar?

Mamá sigue mirando el cielo, ahora tumbada junto a mí, que estoy mirando la Enana Blanca Gigante Roja llamada Silvia.

—Leo, amar es un verbo, no un sustantivo. No es algo que se establezca de una vez para siempre, sino que evoluciona, crece, sube, baja, se hunde, como los ríos ocultos en el corazón de la tierra, que sin embargo nunca interrumpen su curso hacia el mar. A veces dejan la tierra seca, pero discurren por debajo, en las cavidades oscuras, o ascienden y brotan, fecundándolo todo.

El cielo parece la caja de resonancia de aquellas palabras dulces, que solo en una noche así no resultan retóricas.

—¿Qué debo hacer, entonces?

Mamá calla durante al menos dos minutos hasta que por fin sus palabras manan del silencio como un río que tras grandes penalidades llega al mar.

—Seguir amando. No tienes por qué dejar de hacerlo: amar es un acto.

—¿Aunque la persona que amas te haya herido?

—Eso es normal... Hay dos tipos de personas que nos hieren, Leo: las que nos odian y las que nos aman...

—No entiendo. ¿Por qué quien nos ama tiene que herirnos?

—Porque cuando amamos, a veces nos comportamos como tontos. Puede que metan la pata, pero lo que hacen es poner a prueba... Hay que preocuparse cuando quien nos ama ya no nos hiere, porque eso significa que ha dejado de ponernos a prueba o que a nosotros ha dejado de importarnos esa persona...

—¿Y si de todas formas no consigues amar?

—Te falta experiencia. Nos engañamos mucho, Leo. Creemos que el amor está decayendo, cuando en realidad lo que nos está diciendo es que quiere crecer... como la luna: vemos solo un cuarto, pero la luna siempre está ahí entera, con sus océanos y sus cumbres, solo hay que esperar que crezca, que poco a poco la luz ilumine toda la superficie oculta... y para eso hace falta tiempo.

—Mamá, ¿por qué te casaste con papá?

—¿Tú qué crees?

—¿Porque te regaló una estrella?

Mamá sonríe y la luna ilumina la línea perfecta de sus dientes enmarcados por ese rostro que es capaz de calmar todas mis tempestades.

—Porque quería amarlo.

Mamá me revuelve el pelo para liberarme de las ideas tenebrosas que aún siguen metidas en mi cabeza, como hacía cuando era un niño miedoso y me escondía entre sus brazos.

Después no queda sino el silencio de quien mira la luna y el cielo y habla con quien desea, detrás de las estrellas.

¿Dónde la habré metido? No la encuentro, no la encuentro en ninguna parte. Desastre cósmico. Las clases comienzan mañana y yo no encuentro la carta de Silvia. ¡Fin, por lo menos esta vez, ayúdame! De repente veo la luz: el libro de historia. Menos mal que no lo he vendido como los otros, solo por no hacerle un feo al Soñador, que en ese libro encuentra tantas cosas, más de las que realmente contiene...

Ahí la había dejado, pero todavía no quiero leerla. Mis sueños se cumplen en un banco, ahí es donde quiero leerla y pensar con calma.

—¡Mamá, saco a mear a Terminator!

Corro, corro, corro. Corro como jamás lo había hecho en toda mi vida. Terminator arrastra la lengua por el suelo, recogiendo todo el polvo del universo, no puede seguirme. Cualquiera diría que él me ha sacado a pasear y que trata de frenarme.

Ahí está mi banco: vacío, solitario, rojo, esperando mis sueños. Suelto a Terminator para que se mueva a sus anchas, pues él también se siente feliz y se porta muy bien.

Abro la carta y veo la caligrafía de Silvia, esa letra que yo siempre he querido tener y que no tendré nunca.

Querido Leo:

Cojo papel y pluma para contarte un episodio que me ha hecho pensar en ti y porque necesitaba escribirte. Sé que estás furioso conmigo y que no quieres hablarme. Recibe esta carta como un desahogo que solo tú puedes entender.

Hace unos días salí de excursión con un grupo de amigos de mi familia. De pronto me encontré a solas con el hijo de uno de ellos. Se llama Andrea y está colgado por mí. Cuando nos quedamos solos se me acercó e intentó besarme. Lo rechacé y Andrea se quedó de piedra, se dio la vuelta y se marchó, como hiciste tú aquel día. Pero mientras miraba la espalda de Andrea, en mi fuero interno no encontraba fuerzas para reprocharme nada. Andrea no significa nada para mí. Aquel día, cuando miré tu espalda desde tu banco, algo se rompió en mi interior. He comprendido que el mundo solo lo puedo ver contigo.

Los griegos contaban que el hombre era al principio esférico y que Zeus para castigarlo de sus fechorías lo partió en dos. Las dos mitades deambulan por el mundo y se buscan. La nostalgia las impulsa a buscarse sin parar, y cuando se encuentren la esfera querrá unirse. Esta historia tiene algo de cierto, pero falla en algo. Cuando las dos mitades se encuentren de nuevo, cada una habrá vivido su propia vida. No serán como cuando se separaron. Sus extremidades no coincidirán. Tendrán defectos, debilidades, heridas. No basta con que se encuentren y se reconozcan. Ahora además tienen que preferirse, porque las dos mitades ya no coinciden perfectamente; el amor es lo único que hace aceptar las asperezas y el abrazo es lo único que las lima, aunque haga daño. Aquel día, Leo, descubrí que nuestras mitades no coinciden perfectamente y que solo el abrazo puede hacernos coincidir. Sin tu presencia el mundo se ha vaciado. Echo de menos cuanto es tuyo: la risa, la mirada, los subjuntivos que empleas mal, los SMS, nuestras charlas... Todas esas cosas insignificantes que lo son todo para mí, porque son tuyas.

Solo quería decirte esto. Para mí tu espalda nunca será igual a la de nadie. Cuando tú me das la espalda, la vida me da la espalda. Perdóname. Y, si puedes, acéptame de nuevo con mis defectos. Abrázame así. Como yo haré contigo. Nuestros abrazos nos cambiarán. Yo te quiero como eres, hazlo tú también, aunque no sea perfecta como Beatrice. Quisiera que tu banco se volviera nuestro: dos corazones y un banco. Como ves, me conformo con poco...

Alzo la vista y el río corre indiferente a los cambios mundiales, aquel río que ha recogido siglos de lágrimas, de alegría y de dolor, y las ha llevado donde tienen que estar las lágrimas: al mar, que por eso es salado. Aprieto mi amuleto de la suerte, que brilla azul en el azul de la mañana, y noto cerca a Beatrice, tan cerca que es como si estuviese viviendo con dos corazones, el mío y el suyo, con cuatro ojos, los míos y los suyos, con dos vidas, la mía y la suya.

Y la vida es lo único a lo que no se engaña, siempre que tú, corazón, tengas el valor de aceptarla...

Ya es de noche. Una de esas noches de septiembre en que los aromas, los colores y los sonidos parecen un arco iris capaz de unir el cielo con la tierra. Beatrice me mira desde su estrella. Llevo la guitarra en la mano y un perro salchicha a los pies: Terminator era la excusa necesaria para salir a esta hora sin levantar demasiadas sospechas. Llamo al telefonillo y le pido que se asome a la ventana de su dormitorio.

—Pero ¿quién es?

Cuando saca la cabeza por el segundo piso del que ya se ha convertido en un castillo de cuentos de hadas, le cuesta distinguirme en la oscuridad de la calle poco iluminada. Pero puede oír mi voz.

—Cuando escribiste la carta por mí, te prometí que cantaría para ti...

Silencio. Mientras afino la guitarra me pierdo en el azul oscuro del cielo y ataco:

Así nacen ya verás
los cuentos de hadas que quiero
tener en mis sueños...
Y que contaré
para volar a paraísos
que no tengo.
Y no es fácil quedarse
sin hadas que raptar,
ni es fácil jugar
si tú no estás...

En la oscuridad me imagino el rostro de Silvia escuchando, escuchando mi voz, y ya no me avergüenzo de nada, porque si tengo buena voz es para regalársela a ella:

Llévame contigo,
entre misterios de ángeles
y sonrisas diabólicas.
Y todo lo transformaré
en confeti de suave luz.
Y siempre me refugiaré
en colores que quedan por descubrir...

Estoy metido en todos los cuentos de hadas y reinventándolos todos, en clave urbana, para volverlos reales. Otros rostros salen del edificio encantado, atraídos por aquella serenata. Pero a mí me da igual, como al más libre de los hombres, que no tiene miedo de enfrentarse al mundo entero con tal de no perder lo que realmente importa.

Aire, respírame el silencio,
no me digas adiós
pero levanta el mundo...

Noto mi voz libre y a la vez con peso. El peso se lo dan los hechos por los que he pasado, aunque ya se han convertido en alas y plumas que la hacen volar, tan ligera como grave. Solo ahora que tengo peso, sé volar.

Aire, abrázame.
Volaré, volaré,
volaré, volaré...

Silencio. Cuando alzo la vista ya no está. Unos silban y me hacen pedorretas. Otros ríen, tal vez envidiosos. Y otros aplauden.

El portal del castillo encantado se abre. Una sombra viene hacia mí lentamente. Miro el rostro que se acerca en la penumbra.

—Silvia está en clase de danza... Te lo he dicho desde arriba, pero no me oías... tiene que estar al caer. Eso sí, eres muy bueno. Te he escuchado bien. Eras tú al cien por cien...

La madre de Silvia sonríe. La he confundido con Silvia, pero es su madre. Por suerte, la oscuridad no deja ver el rojo que está ardiendo en mi cara, que podría estallar en cualquier momento en mil pedazos, como la peor película de terror.

—¿No quieres subir a esperarla?

—No, gracias, la esperaré aquí...

—Como quieras. Pero una cosa... cántale de nuevo...

Me siento en la escalera del portal, con la guitarra, como un gitano que pide limosna por su arte, buscando ocultar la vergüenza o algún secreto en plena noche. Terminator se acurruca a mis pies, tranquilo por primera vez en su vida.

Cierro los ojos y canto otra vez, casi susurrando, mientras mis dedos tocan la melodía como una alfombra voladora sobre la cual mi voz atraviesa libre los tejados y agarra las estrellas, como si fueran la noche de mi canción, flotando sobre la partitura infinita del cielo.

Cuando abro los ojos, un rostro me está mirando.

Aquel rostro de ojos azules, que me miran con atención, con esfuerzo, como se abre una puerta oxidada, sonríe, y de golpe de esa puerta sopla una corriente y me acomete la felicidad que, desde la muerte de Beatrice, tenía olvidada. Sopla, me envuelve, me sumerge y me susurra como si cantara:

—Y siempre me refugiaré en colores que quedan por descubrir. ..

Nos abrazamos como dos piezas de lego.

—A mí me parece que coincidimos perfectamente —le susurro al oído.

Silvia me responde abrazándome más fuerte. Gracias a aquel abrazo noto mis asperezas, mis defectos, mis espinas. Y noto que se liman, se suavizan y que encajan con suavidad en las cavidades de Silvia.

Terminator corre a nuestro alrededor formando círculos que nos protegen mágicamente de todos los brujos, como ocurre en los cuentos de hadas.

Y un beso es el puente rojo que construimos entre nuestras almas, que bailan sobre el vértigo blanco de la vida sin miedo a caer.

—Te amo, Leonardo.

Mi nombre, completo, mi verdadero nombre precedido por aquel verbo en primera persona es la fórmula que explica todas las cosas ocultas en el corazón del mundo.

Me llamo Leo, pero yo soy Leonardo.

Y Silvia ama a Leonardo.

—Voy a enseñarte un juego.

—¿No será uno de tus absurdos piques?

—No, no, es un juego que me enseñó Beatrice: se llama juego de silencio.

—¿Cuál, el que se jugaba en primaria?

—No, no, escucha. Nos tumbamos uno al lado del otro en silencio. Permanecemos callados cinco minutos, con los ojos cerrados y nos concentramos en los colores que aparecen bajo los párpados.

En el banco rojo no hay mucho sitio para dos, pero si nos apretarnos un poco cabemos, muy pegados, con la cara hacia el cielo. El amor también es esto: hacerse sitio mutuamente, ahí donde falta.

Las manos unidas, con los ojos cerrados y en silencio, corriendo ya hacia atrás los cinco minutos en el móvil.

Cuando al segundo minuto abro los ojos con disimulo y me vuelvo hacia Silvia la descubro observándome. Me hago el enfadado y mirando la pantalla del móvil le digo que todavía faltan al menos tres minutos.

—¿Qué has visto? —me pregunta.

—El cielo.

—¿Y cómo era?

—Azul... —«como tus ojos», quisiera decirle, pero las palabras no me salen.

Como si hubiese comprendido, Silvia dibuja una sonrisa perfecta, sin nubes.

—¿Y tú?

—Todos los colores.

—¿Y qué eran?

—Arlequín... y eras tú.

—Gracias... muy simpática... —digo un poco molesto.

Yo había pensado en el cielo, tal vez como el más previsible de los románticos, pero el cielo siempre es el cielo. Ella, en cambio, me veía como una máscara de carnaval pringada.

Silvia se ríe; luego se pone seria y sin apartar la mirada comienza:

—Arlequín era un niño pobre. Un día volvió a casa triste y su madre le preguntó qué le pasaba. Al día siguiente era carnaval: todos tendrían un traje nuevo mientras que él no tenía nada que ponerse. La madre lo abrazó y lo tranquilizó. Arlequín se acostó animado. La madre, que era costurera, cogió su cesto de trozos de colores, retales de otros trajes, y estuvo toda la noche cosiendo trozo con trozo. Al día siguiente Arlequín tenía el traje más hermoso y original. Todos los otros niños estaban asombrados y le preguntaban dónde lo había comprado, pero él no decía nada para guardar el secreto de su madre, que había estado la noche entera cosiendo aquellos trozos de colores: blanco, rojo, azul, amarillo, verde, anaranjado, violeta... Y comprendió que no era pobre, pues su madre lo quería más que cualquier otra madre, como demostraba aquel traje.

Silvia permanece callada unos segundos.

—Leonardo, tú eres el más hermoso de todos, porque has sabido recibir y dar amor, no te has echado atrás. Y llevas en ti las marcas.

—Quien es así eres tú, Silvia.

Me quedo mirando el cielo en silencio, con el rostro de Silvia entre mi hombro y mi cuello y sus dedos entrelazados con los míos, como un rompecabezas perfecto. Tengo la impresión de ver mi piel cubierta de mil trozos de colores.

En el fondo, toda la vida no hace más que confeccionarte un traje multicolor, a costa de infinidad de noches de insomnio, noches de retales de otras vidas cosidas unas con otras.

Justo cuando nos sentimos más pobres, la vida, como una madre, nos está cosiendo el traje más hermoso.

Primer día de clase. Me despierto cuarenta minutos antes. No porque sea el primer día de clase, sino porque he decidido ir a buscar a Silvia a su casa. Voy como una bala con mi nuevo bativespino (que es la reencarnación del anterior, pero con frenos...), en un aire de septiembre todo él azul, tan azul como mi amuleto de la suerte que llevo al cuello. Vuelo entre los coches como Estela Plateada.

Le sonrío a todo y a todos, hasta a los guardias urbanos dormidos y a los semáforos en rojo, que en vano tratan de frenar mi vuelo. Cuando llego, Silvia ya me está esperando. Tan puntual como siempre, yo no. Monta en mi corcel. Me rodea con sus brazos. Estoy en sus brazos.

Ya no tiene miedo como antes. Claro que ahora por lo menos tengo frenos. El scooter se ha convertido en un caballo blanco, que no galopa sino que vuela por el asfalto. ¡Estoy vivo! Miro el cielo y es como si la luna todavía blanca fuera la sonrisa de Dios, que aprueba lo que estoy haciendo. Sin embargo, no tardo en cambiar de opinión al ver que Niko se me acerca con la fiera mirada del pique impresa en la cara, que no puedo rechazar. Lo dejo ganar solo porque llevo detrás a Silvia, pero la sonrisa que nos cruzamos con Niko al final del pique es el más cálido apretón de manos, el más rojo abrazo. Con los hombres todo es más fácil.

Primer día de clase. Sentado al lado de Silvia las horas de clase también parecen cortas, maravillosas, llenas de vida. Es como si el universo moribundo hubiera recibido la transfusión de sangre que necesitaba para volver a respirar.

A partir de hoy empezaré a escribir. Debo escribir todas estas cosas para poder recordarlas. No sé si puedo hacerlo, pero esta vez por lo menos quiero esmerarme. Puede que sea mejor que use lápiz. No, mejor boli. Boli rojo. Rojo como la sangre. Rojo como el amor, la tinta de las páginas blanquísimas de la vida. Creo que las únicas cosas que merecen recordarse son las que se cuentan con la sangre: la sangre no comete errores y ningún profesor puede corregirlas.

El blanco de estas páginas ya no me da miedo y eso se lo debo a Beatrice: ella, blanca como la nieve, roja como la sangre.

Contemplo el azul de los ojos de Silvia: un mar en el que se puede naufragar sin morir, en cuyo fondo siempre hay paz, incluso cuando hay tormenta en la superficie. Y mientras ese mar me mece, sonrío con la sonrisa perfecta, que solo sale cuando el amor es perfecto. Mi sonrisa dice sin palabras que cuando empiezas a vivir de verdad, cuando la vida nada en nuestro amor rojo, cada día es el primero, cada día es el principio de una vida nueva.

Aunque ese día sea el primer día de clase...

Querido Leo:

Te devuelvo el manuscrito. Lo he leído de un tirón, en una noche, y me ha recordado la historia de un famoso general griego que tenía que enfrentarse, con tan solo seiscientos hombres refugiados en el monte Parnaso, a un ejército inmenso de enemigos que los cercaba en las faldas de la montaña. La derrota era segura, pero el adivino del pequeño ejército tuvo una idea: propuso que los soldados y sus armas se recubrieran de yeso.

Este ejército de fantasmas atacó a sus enemigos de noche, con el designio de matar a todo aquel que no vieran teñido de blanco. Los centinelas del ejército enemigo se aterrorizaron en cuanto los vislumbraron. Suponiendo que se trataba de algún prodigio, gritando en plena noche empezaron a huir, perseguidos por un ejército de fantasmas, cuya palidez resaltaba la luna. Las tropas estaban tan paralizadas por el terror que al cabo los seiscientos se hicieron dueños del terreno, rodeados de cuatro mil cadáveres ensangrentados. La sangre se había adherido a las armaduras y a la piel blanca del ejército fantasma, que a la claridad de la mañana parecía aún más terrorífico en aquella mezcla de blanco y rojo.

Leo, a veces tememos a enemigos que son mucho menos fuertes de lo que parecen. Únicamente el blanco que los recubre, en plena noche, los hace aparecer misteriosos y terribles. El verdadero enemigo no son los soldados recubiertos de yeso, sino el miedo.

Hace falta el blanco.

Tanto como hace falta el rojo.

Puede que no sepas que los recientes estudios antropológicos afirman que, en la mayoría de las culturas, los primeros nombres referidos a los colores distinguen entre claro y oscuro. Cuando una lengua se refina hasta comprender tres nombres de colores, casi siempre el tercer término se refiere al rojo. Los nombres que indican los otros colores no se desarrollan sino después, una vez que el término que indica el rojo se vuelve de uso común, y es frecuente que el término «rojo» esté unido a la palabra que indica la sangre.

Los estudiosos confirman lo que tú has descubierto con la vida. Las culturas y las civilizaciones se han servido a lo largo de décadas de lo que tú has aprendido en un curso escolar. Gracias por haber compartido conmigo tu descubrimiento.

Me he limitado a completar las partes en las que hablas de mí y a corregir aquí y allá algunos subjuntivos, pero aparte de eso tus líneas no las he tocado. Habría sido como tocar tu vida, que quiero que siga intacta.

Estoy orgulloso de haber tomado parte en esta aventura y también de ti.

Profe incorregible,

el Soñador

Agradecimientos

Una vez, un alumno desesperado por la enésima redacción que le mandaba me preguntó a bocajarro: «Profe, ¿usted por qué escribe?». Respondí instintivamente: «Para saber cómo acaba». Y siempre acaba así, en la escritura como en la vida: dando las gracias.

Alguien ha dicho que los malos escritores copian y que los buenos roban. Ignoro en qué categoría me situará el lector, pero de lo que no cabe duda es de que ambas son fruto de la deuda con la vida y las personas a las que se copia o roba, o —menos furtivamente— de las que se recibe. La vida tiene el mejor *copyright:* un inagotable guión que nos convierte en personajes cada vez más capaces de recibir amor y de amar.

«A ver, ¿qué se dice?», nos repetían hasta la saciedad de niños. Respondíamos con un «graciaaas» lleno de «a» que alargábamos melindrosamente, pero en absoluto sincero. Sin embargo, al crecer dar las gracias se ha convertido para mí no solo en un gesto de sentido común, sino quizá en la forma más feliz de estar en el mundo.

Y bien:

a mi familia, de la que he aprendido que el amor es posible, siempre: a mis padres, Giuseppe y Rita, que este año celebran el cuadragésimo quinto aniversario de su matrimonio; a mis extraordinarios hermanos y hermanas, que con sus puntos de vista me llenan de matices los colores del mundo: Marco, el filósofo; Fabrizio (con Marina y Giulio), el historiador; Elisabetta, la psiquiatra; Paola, la historiadora del arte, y Marta, la arquitecta y autora de mi foto que figura en la solapa. A todos ellos añado a Marina Mercadante-Giordano y a su familia; a quien ha creído en este libro y me ha ayudado a llevarlo a cabo: antes que a nadie, a Valentina Pozzoli, incomparable alumbradora de historias, sin la cual esta no habría visto la luz. Seguidamente: a Antonio Franchini, que enseguida creyó en este libro con el mismo entusiasmo que he visto en sus niños cuando escuchan cuentos de hadas en la terraza llamada «Grecia»; a Marilena Rossi, que conoce y quiere a los personajes más que yo; a Giulia Ichino y Alessandro Rivali, amigos y revisores atentos, delicados y sinceros;

en orden aleatorio, a todos aquellos que, en modos y momentos diferentes, han desempeñado un papel entre los bastidores de estas páginas: a los alumnos y profesores de cuarto de bachillerato, secciones A y B, del instituto San Cario de Milán; a todos los alumnos romanos, en especial a los de quinto de bachillerato del instituto Dante, del Junior, del instituto Visconti, del grupo teatral Eufemia, de Ripagrande. A Mario Franchina, inolvidable profesor de instituto; al padre Pino Puglisi, que, cuando estaba en segundo de bachillerato, un día no volvió más a clase. A Susana Tamaro, a Roberta Mazzoni, a Gianluca y Teresa De Sanctis, a Federico y Vanessa Canzi, a Roberto y Monica Ponte, a Angelo y Laura Costa y a sus familias, a los amigos de *Living Room* y *Delta.* A Aldo Viola, a Paolo Pellegrino, Rosy, de la librería II Trittico, Raffaele Chiarulli, Sveva Spalletti, Guido Marconi, Filippo Tabacco, Alessandra Gallerano, Paolo Virone, Antoine De Brabant, Michele Dolz,Valentina Provera, Sirio Legramanti, Paolo Diliberto, Giuseppe Corigliano, Sergio Morini, Mauro Leonardi, Armando Fumagalli, Marco Fabbri, Paola Florio, Maurizio Bettini y mis colegas del doctorado, Emanuela Canónico, Giuseppe Brighina, Lorenzo Farsi, Cario Mazzola, Marcello Bertoli, Cristian Ciardelli... y al perro de mis vecinos; a ti, lector, que sobre un sofá, bajo las mantas, por la calle, en el autobús, en un banco rojo o donde prefieras, has llegado a esta página y, por tanto, has dedicado tu precioso tiempo a mis personajes...

gracias.

P.S. La normativa que regula en Italia la donación de sangre en el caso de los menores de edad es más estricta y compleja de lo que puede desprenderse de la novela. En este sentido, las premisas narrativas se han impuesto al reflejo fiel de la realidad.

Fin